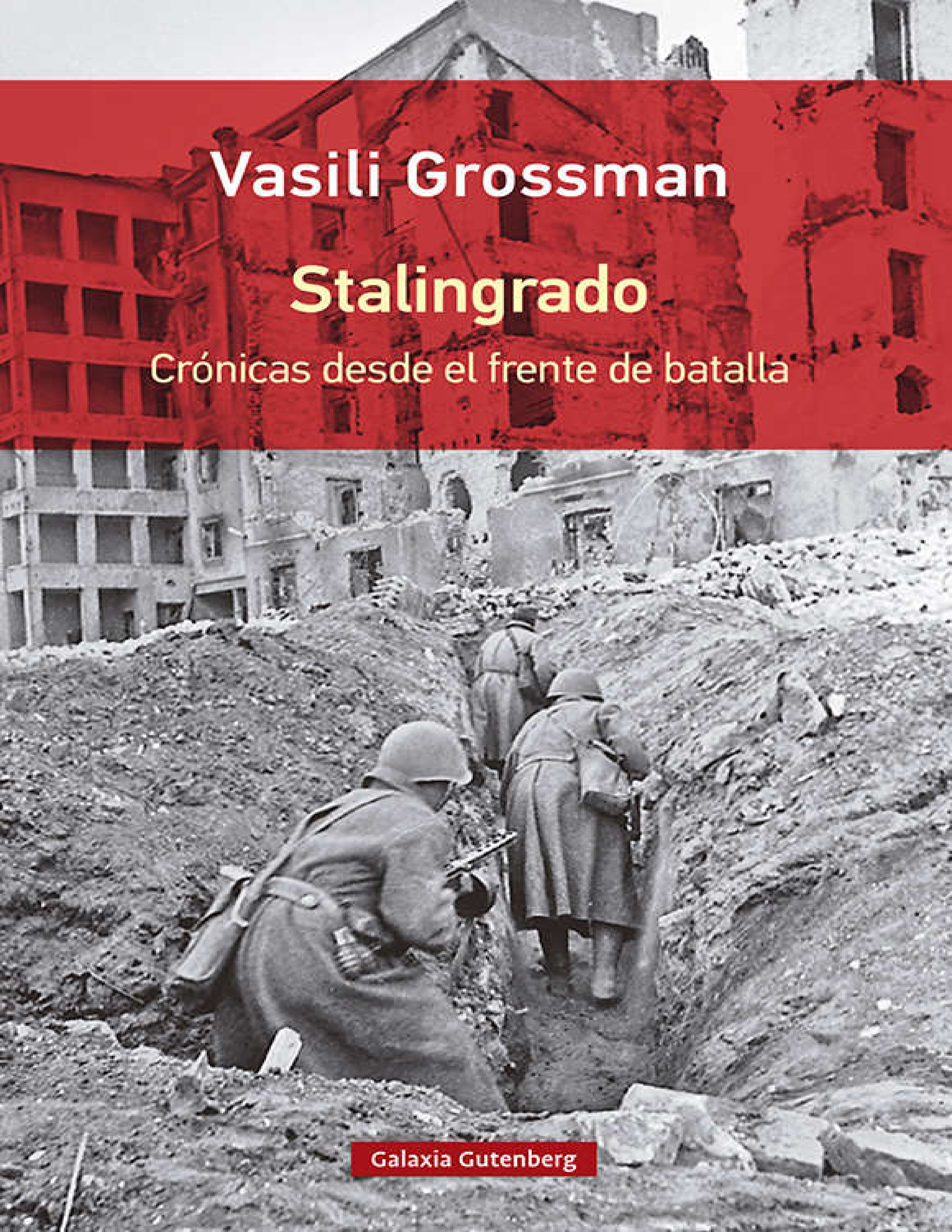

Vasili Grossman
Stalingrado
Crónicas desde el frente de batalla
Galaxia Gutenberg



V. Grossman en Stalingrado, 1942.

Vasili Grossman

(Berdíchev, 1905-Moscú, 1964). Escritor y periodista ruso, cubrió con sus crónicas la batalla de Stalingrado y fue el primero en dar noticia al mundo de la existencia de los campos de exterminio nazis. Escritores como Maksim Gorki alabaron en su día la obra literaria de Grossman. Autor de novelas y relatos, *Vida y destino* es su obra cumbre, el *Guerra y paz* de la Segunda Guerra Mundial, cuya publicación sería prohibida por el régimen soviético de Jruschov y le valdría a su autor la condena al ostracismo. Su retrato de la sociedad de la URSS con el trasfondo de la guerra había puesto en evidencia el desmoronamiento moral e ideológico del comunismo y la fortaleza del alma humana ante el terror. Tras ser recuperada milagrosamente una copia del manuscrito, la obra pudo editarse allende las fronteras de la URSS en los años ochenta –de donde salió clandestinamente microfilmada– y se convirtió en un referente literario e intelectual. Grossman no llegaría a verla publicada.

Pocas batallas han sido tan determinantes para la historia de la humanidad como la batalla de Stalingrado. Y pocas han tenido un testigo en primera línea de fuego de la calidad humana y literaria de Vasili Grossman.

El autor de la memorable novela *Vida y destino* fue corresponsal de guerra con el ejército soviético durante toda la Segunda Guerra Mundial y nadie como él supo plasmar lo ocurrido durante la batalla de Stalingrado. Los textos que componen este volumen, extraídos del libro Años de guerra, narran lo vivido por su autor en el frente de Stalingrado desde la llegada del grueso de las tropas soviéticas a la ciudad en los primeros días de septiembre de 1942 hasta diciembre de 1942, cuando la batalla empieza a decantarse claramente del bando soviético. Leídas hoy, 75 años después del final de la batalla, las crónicas de Vasili Grossman muestran lo que sólo la gran literatura puede hacer: cómo la historia, más allá de las cifras y la cronología de los acontecimientos, se encarna en miles de destinos individuales, de personas concretas, soldados y civiles, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, y nos permite de esa forma comprender la intimidad del ser humano frente a las experiencias más extremas.

Vasili Grossman

Stalingrado

Crónicas desde el frente de batalla

Galaxia Gutenberg

Este texto pertenece a la obra Años de guerra, de Vasili Grossman, publicada por Galaxia Gutenberg en 2009. La edición original de esta obra en lengua española fue publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras en Moscú en 1946.
La edición de Galaxia de la obra recuperó íntegramente esa traducción revisada y corregida.

Traducción del ruso

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2018

Imagen de portada: Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv kinofotodokumentov, Krasnogorsk

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-24-1

Volga-Stalingrado

Largo es el recorrido de Moscú a Stalingrado. Nuestro automóvil iba por los caminos del frente, bordeando ríos encantadores y ciudades llenas de exuberante verdor. Seguíamos caminos vecinales polvorientos, nivelados por las apisonadoras. Viajábamos durante el luminoso y azul mediodía, entre un polvo abrasador; al amanecer, cuando los primeros rayos del sol iluminaban fastuosamente las opulentas serbas maduradas; viajábamos por las noches, cuando la luna y las estrellas brillaban en las tranquilas aguas del Krasívaia Mechá y flotaban en la áurea y rizada superficie del naciente y rápido Don.

Pasamos por Yásnaia Poliana. En torno a la casa se extendía un tapiz de hermosas flores, por las ventanas penetraba el sol en las habitaciones, y las paredes acabadas de blanquear, reverberaban. Solamente las calvas en la tierra, no lejos de la tumba en donde los alemanes enterraron a ochenta de sus muertos, y las negras huellas del incendio en las tablas del piso de la casa recordaban los desafueros de los alemanes en Yásnaia Poliana.

La casa de Lev Tolstói ha sido reconstruida, de nuevo abren sus capullos las flores, de nuevo aparece la solemne y sencilla grandeza de la tumba. Los cadáveres de los soldados enemigos han sido retirados y enterrados en los grandes cráteres que hicieron las enormes bombas alemanas arrojadas en Yásnaia Poliana. Y en estos sitios han crecido hierbajos de pantano.

Proseguimos nuestra ruta por la magnífica tierra invadida por la guerra. Por todas partes: en los campos, durante la labranza y la trilla, tras los caballos que tiran de los arados, en los tractores y en las máquinas segadoras-trilladoras, al volante de los camiones y en los peligrosos y difíciles trabajos en los apartaderos cercanos al frente, trabaja la mujer rusa. Ella fue la primera que corrió a la casa de Yásnaia Poliana, incendiada por los alemanes; ella es la que, con la pala, allana los caminos sin fin por los que circulan los tanques, las municiones y por los que chirrían las ruedas de los convoyes militares. La mujer rusa se echó sobre los hombros la formidable carga de la cosecha: la recolectó, ató las gavillas, trilló el grano y lo transportó a los almacenes. Sus curtidos brazos trabajan de sol a sol sin saber lo que es descanso. Ella administra las tierras cercanas al frente, con la ayuda de los muchachos y los viejos. No es fácil el trabajo para la mujer. Ved cómo suda ayudando a los caballos a sacar el carro atascado en la arena, repleto de ambarino trigo. Ella, empuñando el hacha, abate los corpulentos pinos, conduce las locomotoras, vigila en los pasos de los ríos, distribuye la correspondencia, trabaja sin descanso en las oficinas de los koljoses y de los sovjoses, en las Estaciones de Máquinas y Tractores. Ella no duerme por la noche y hace guardia junto a los graneros, vigilando el trigo recogido. Ella no rehúye la pesada carga del trabajo, no se atemoriza ante las pavorosas noches del frente, observa la lejana trayectoria de las bengalas, da la voz de alerta y hace sonar la carraca. La anciana de sesenta años Biriukova se pasó una noche de guardia en los graneros armada con el mango de una sartén, y a la mañana siguiente, riéndose, me contaba: «Estaba oscuro, la luna aún no había salido, sólo los rayos de un reflector recorrían el cielo. De repente oigo a alguien acercarse al granero y hurgar en la cerradura. Al principio me asusté. “¿Qué puedo hacer yo –pensé–, pobre vieja, contra estos malditos?” Pero después, cuando recordé los sudores de sangre que les había costado a mis hijas cosechar el trigo para mis hijos, me acerqué sin hacer ruido, armada con el mango de la sartén, y grité con voz bronca, como un sereno: “¡Si das un paso más, disparo!”. Se escabulleron en el matorral como si se los llevara el viento. Apenas oí un ligero murmullo. Con mi mango de sartén los hice huir del granero».

La mujer rusa ha asumido el enorme trabajo en los campos y en las fábricas. Pero más agobiante que el del trabajo es el peso que oprime su corazón. No duerme por las noches, llora al marido muerto, al hijo, al hermano. Paciente, espera noticias de sus familiares desaparecidos. Con su magnífico y bondadoso corazón, con su claro y juicioso cerebro, soporta los duros reveses de la guerra. ¡Cuánta tristeza hay en sus palabras, cuán profunda y sabiamente ha comprendido la negra tormenta que asola el país, cuán infinitamente buena, humana y estoica es la mujer rusa!

Nuestro ejército tiene por qué luchar, tiene de qué estar orgulloso: su glorioso pasado, la Gran Revolución, y su tierra inmensa y rica. Pero también puede sentirse orgulloso de la mujer rusa; la mejor mujer de la tierra. Que nuestros combatientes recuerden a su mujer, a su madre, a su hermana, que teman más que a la muerte el perder la estimación y el amor de la mujer rusa, pues no hay en el mundo nada más elevado y honroso que este amor.

Muchas cosas vinieron a nuestro pensamiento mientras viajábamos hacia Stalingrado. El trayecto es largo. Aquí, el reloj va una hora adelantado. Y son otras las aves: los milanos, de cabeza grande, están inmóviles, aferrados a los postes del telégrafo con sus fuertes y plumadas garras; al atardecer, las lechuzas, de vuelo pesado y torpe, atraviesan el camino. El sol abrasa despiadadamente durante el día. Las culebras cruzan reptando la carretera. Y la estepa es ya otra: los exuberantes prados han desaparecido. La estepa es de color castaño y está cubierta de quemadas y raquíticas matas de polvoriento ajenjo, que se pegan a la resquebrajada tierra. Los bueyes arrastran las carretas, hay un camello quieto en medio de la llanura. Nos vamos acercando al Volga. Se siente físicamente la enormidad del territorio ocupado por el enemigo, una terrible sensación de angustia nos atenaza el corazón, no nos deja respirar. Es la guerra en el sur, la guerra en el bajo Volga, es la sensación del puñal enemigo, que ha penetrado profundamente en el cuerpo. Esos camellos, esa estepa llana y requemada, nos hablan de la proximidad del desierto, provocando en nosotros una sensación de angustia.

No se puede continuar retrocediendo. Cada paso atrás es una enorme y quizás irreparable desgracia. Un sentimiento que embarga a todos los vecinos de las aldeas del Volga, y que vive también en los ejércitos que defienden el Volga y Stalingrado.

Por la mañana temprano divisamos el Volga. El río de la libertad rusa parecía severo y triste en aquella hora ventosa y fría. Oscuras nubes bajas surcaban el cielo, pero el aire era claro y a muchas verstas se columbraba la blanca y escarpada orilla derecha y las arenosas estepas de la orilla opuesta. Las claras aguas del río se deslizaban amplia y libremente entre vastos campos, como si una gran cinta metálica uniera la ribera derecha con la izquierda. En las altas orillas, el agua formaba remolinos, haciendo girar cáscaras de sandía y desgastando los salientes arenosos; las olas se remansaban y hacían balancearse las balizas. Hacia el mediodía el viento barrió las nubes, el calor se dejó sentir; y el Volga, reflejando los rayos perpendiculares del sol, adquirió una tonalidad azul, velado por una tenue neblina. Tranquila y confiada dormitaba, arrullada por las aguas, la orilla arenosa, cubierta de un verde prado.

Produce, al mismo tiempo, contento y tristeza contemplar el más hermoso de los ríos. Barcos pintados de un color gris verdoso, cubiertos de ramaje marchito, descansan atracados en los embarcaderos; de sus chimeneas escapa un débil hilillo de humo, cual si estuvieran reteniendo su escandalosa y agitada respiración, temerosos de ser descubiertos por el enemigo. Por doquier, hasta las mismas orillas se extienden trincheras, blindajes y zanjas antitanque. Junto a las en otros tiempos animadas y ruidosas travesías en donde se agolpaba indolentemente la muchedumbre, por donde pasaban chirriando los carros cargados de melones y sandías, desde donde los muchachos lanzaban sus anzuelos, se ven ahora baterías antiaéreas, ametralladoras, refugios y unos camiones camuflados que esperan su turno para pasar. La guerra ha llegado al Volga. En ninguna parte han resonado las descargas de la artillería como en las llanuras del Volga. El tronar de los cañonazos, sin obstáculos que lo amortigüen, reforzado por el eco, retumba potente, elevándose desde la tierra hasta el cielo y descendiendo de nuevo del cielo a la tierra. Este horrísono estruendo

recuerda a la gente que la guerra ha entrado en una fase decisiva, que continuar retrocediendo es imposible, que el Volga es la línea principal de nuestra defensa. Y por las noches, en las aldeas del Volga, todas las viejas cuentan la misma historia de un general alemán prisionero, que dijo a los soldados que le capturaron: «Yo había recibido esta orden: ocupar Stalingrado y cruzar el Volga. Si no ocupamos Stalingrado, no nos quedará otro remedio que retirarnos a nuestras fronteras, pues entonces nos será imposible sostenernos en Rusia». Huelga decir que es una fábula, pero en ella, como en todas las leyendas del imaginario popular, hay más verdad que en muchas crónicas, y este pensamiento sobre el Volga y Stalingrado, sobre la batalla decisiva, inquieta a todos: viejos, mujeres, combatientes de los batallones obreros, tanquistas, aviadores, artilleros.

A finales de agosto los alemanes atacaron Stalingrado desde el aire. Ni una sola vez en toda la guerra habían efectuado un ataque de tal intensidad. El enemigo realizó más de mil vuelos, descargó su furia contra las viviendas, contra los hermosos edificios del centro de la ciudad, contra las bibliotecas, contra la clínica infantil, contra los hospitales, contra las escuelas y centros de enseñanza superior. Un enorme resplandor rojo y una espesa humareda se levantaron sobre Stalingrado, extendiéndose a más de sesenta kilómetros a la orilla del Volga. Una de las más bellas ciudades de la Unión Soviética fue objeto de un bombardeo monstruoso. Los alemanes sabían con certeza que las fábricas más importantes se encontraban ubicadas en los arrabales de la ciudad, pero se ensañaron sobre todo con el centro. Al mismo tiempo que ejecutaba los ataques aéreos, el enemigo intentaba llegar al Volga por el norte de la ciudad. Las columnas de tanques, seguidas de camiones con infantería, amenazaron directamente, durante cierto tiempo, la zona norte de Stalingrado, el sector de la fábrica de tractores. El ataque del enemigo fue rechazado por la unidad antitanque del teniente coronel Gorélik y por la unidad de antiaéreos del teniente coronel Guerman. A su lado se batieron los batallones de obreros de la fábrica de tractores y de la fábrica Barricada, gente entre los cuales había magníficos artilleros, tanquistas y morteristas. Los tanques, los cañones, los morteros entraban en el campo de batalla tan pronto salían de los portones de las

fábricas. Aquella noche de fuego las fábricas continuaron trabajando entre el fragor de las explosiones y de las llamas de los incendios. En el transcurso de los dos días de combate al noroeste de Stalingrado, el ejército recibió decenas de tanques y de cañones pesados. Los trabajadores, ingenieros y jefes de taller de las fábricas demostraron tener un coraje admirable. En las páginas de la historia de esta guerra permanecerá imborrable el nombre del alegre y temerario capitán Sarkisián, el primero que se enfrentó a los tanques alemanes con morteros pesados. Como también quedará en la memoria de todos la batería antiaérea del teniente Skakún. Tras haber perdido el contacto con el mando del regimiento, la batería estuvo luchando un día entero contra las fuerzas aéreas y terrestres del enemigo. Fue atacada por aviones en vuelo picado y por tanques pesados. La tierra y el cielo, las llamas y el humo, las atronadoras explosiones de las bombas, el aullido de las granadas y las ráfagas de las ametralladoras, todo se confundía en un espantoso caos acústico. En la batería había muchachas que servían en los aparatos de puntería, en los telémetros y en los puestos de observación, resistiendo junto a sus camaradas artilleros. «Los han aplastado, han acabado con ellos», pensaba el jefe del regimiento cada vez que callaba la batería. Pero otra vez volvía a oírse el fuego acompasado y certero de los antiaéreos. El terrible combate se prolongó durante toda la jornada y sólo a la noche siguiente se presentaron cuatro soldados supervivientes, llevando a su comandante herido. Relataron que mientras duró el combate las jóvenes no bajaron ni una sola vez al refugio, aunque hubo momentos en que parecía imposible no bajar. Y el ataque por sorpresa del enemigo fue rechazado. La situación se estabilizó.

Así se abrió la primera página de la epopeya de la defensa de Stalingrado, página escrita con sangre y fuego, con la firmeza de los combatientes, con la valentía de los trabajadores, con el amor a la Patria.

¡La defensa de Tsaritsin y de Stalingrado! Sangrientos combates se desarrollan de nuevo en aquellos lugares donde las tropas rojas defendieron Tsaritsin. De nuevo en los comunicados se oye nombrar aldeas y poblados célebres durante la defensa de Tsaritsin; las tropas marchan junto a las

antiguas trincheras, ahora cubiertas de hierbas, tan bien descritas por los historiadores de la guerra civil; no pocos de los defensores del Tsaritsin rojo –obreros, militantes del Partido, pescadores y campesinos– acuden ahora como voluntarios a defender el Stalingrado rojo.

Llegamos a Stalingrado poco después de un bombardeo. Aún flotaba en algunos sitios el humo del incendio. Un camarada de la ciudad nos mostró su casa reducida a cenizas. «Miren, ahí estaba la habitación de los niños –nos dice–. Aquí estaba mi biblioteca, y allí, en ese rincón donde se ven esas tuberías retorcidas, era donde trabajaba, allí estaba mi mesa de despacho.» Entre los montones de escombros podían verse las patas retorcidas de las camas de los niños. En los agujeros abiertos por las llamas en los tejados asomaba un cielo claro y sereno. Sobre el edificio del hospital infantil, que lleva el nombre de Lenin, enseñoreaba un águila de piedra con un ala arrancada por la metralla. Los muros y la columnata del destruido Palacio del Deporte estaban cubiertos por el humo del incendio y sobre el fondo de un negro aterciopelado se destacaban deslumbrantes las blancas esculturas de dos jóvenes atletas desnudos. En las ventanas de las casas vacías dormitaban lustrosos gatos siberianos. Las verdes macetas respiraban el aire fresco a través de los cristales rotos. Los chiquillos recogían alrededor del monumento a Jolsunov trozos de metralla y cascotes de granadas antiaéreas. En el tranquilo atardecer, la rosada belleza del ocaso, que penetraba a través de los cientos de cuencas vacías de las ventanas, inundaba el corazón de pesar. En muchos edificios se veían lápidas conmemorativas: «En este edificio el camarada Stalin pronunció un discurso en 1919». «En este edificio estuvo instalado el Estado Mayor de la defensa de Tsaritsin.» En el bulevar central se levantaba un obelisco con la leyenda: «El proletariado del Tsaritsin rojo a los combatientes de la libertad, caídos en 1919 a manos de los verdugos de Wrangel».

Stalingrado vive y vivirá. Imposible quebrantar la voluntad del pueblo que quiere ser libre. Destacamentos de obreros limpian las calles, las chimeneas de las fábricas humean y el cielo está cubierto de las redondas nubecillas de las explosiones de los proyectiles antiaéreos. La gente se ha acostumbrado enseguida a la guerra. Sobre las barcazas que efectúan el

transporte de tropas vuelan sin cesar los cazas y bombarderos enemigos. Tabletean las ametralladoras, el fuego de los antiaéreos es incesante, y los marineros, contemplando el cielo, comen jugosas tajadas de sandía. Los muchachos, con las piernas colgando de la borda de las barcazas, observan con mirada atenta los corchos de sus cañas de pescar; una mujer ya entrada en años hace calceta sentada en un banquillo. Cada día marchan al frente nuevos destacamentos de obreros. Stalingrado ha formado las filas de las fortalezas proletarias del país: Tula, Leningrado, Moscú. Estas fortalezas son inexpugnables. Entramos en una casa medio destruida. Sus habitantes están comiendo en mesas hechas de tablas y cajones, los niños soplan en los platos de sopa caliente. Uno de los camaradas militares levanta del suelo un libro medio quemado: «*Humillados y ofendidos*», lee en alta voz, mira a las mujeres sentadas sobre unos fardos a su alrededor y suspira. Una joven, comprendiendo el hilo de sus pensamientos, se le acerca y dice enfadada: «Esto no tiene nada que ver con nosotros. ¡Hemos sido ofendidos, pero no humillados! ¡Nosotros nunca seremos humillados!».

Por la noche deambulamos por las calles. En el cielo se oye el runrún de los motores. En silencio se entrecruzan los rayos de nuestros reflectores con los de los alemanes. Las rectas calles y las desiertas y anchas plazas presentan un aspecto solemne. Resuenan los fusiles de las patrullas. Los tanques se mueven con fragor y los tanquistas vigilan con atención las calles. La infantería marcha con paso rotundo y firme por el asfalto. Los rostros de los combatientes están pensativos y concentrados. Por la mañana habrá combate. Combate por el Volga, por Stalingrado. Recordamos todo el largo camino recorrido; de nuevo aparece ante nosotros la solemne y recogida Yásnaia Poliana, las abejas revoloteando sobre la tumba de Tolstói, el noble y fiel trabajo de las campesinas en los inmensos campos de la zona del frente, el Krasívaia Mechá a la luz de la luna, los cuentos de las viejas sobre el alemán prisionero que ha dicho: «Si no ocupamos Stalingrado, no nos quedará otro remedio que retirarnos a nuestras fronteras», el tronar de los cañones sobre el Volga, la estatua de bronce del piloto Jolsunov y los marineros que contemplan el cielo en la travesía del Volga. Es amargo tener que combatir en el Volga. Pero no sólo debemos pensar en su defensa. Aquí,

en el Volga, debe decidirse la suerte de la Gran Guerra por la Libertad. ¡Que caiga sobre el enemigo la espada de la victoria, forjada en las duras pruebas!

Y las tropas pasan y pasan por las oscuras calles. Los hombres marchan con rostro pensativo. Estos hombres serán dignos de su excelso pasado, de la Revolución, de aquellos que cayeron defendiendo el Tsaritsin rojo contra el ejército blanco. Estos hombres son dignos del amor de la laboriosa mujer rusa, no pueden perder su estimación.

Stalingrado,
5 de septiembre de 1942

Una compañía de jóvenes tiradores de automático

Al atardecer, recostados en un barranco de la estepa, echaban pestes del brigada. Descalzos en su mayoría, los tiradores de automático movían la cabeza consternados, se miraban las plantas de los pies rozadas y enrojecidas. El cuello les dolía a causa de la correa del automático. Algunos se habían puesto a lavar en el arroyuelo que corría al fondo del barranco. El agua cristalina se enturbiaba y adquiría una tonalidad marrón de los sucios peales que después tendían a secar en las ramas de los perales y guindos silvestres. Los muchachos, tocándose los dedos de los pies, suspiraban:

–¡Después de una marcha así, no estaría de más dar un descanso a las piernas!

Lázarev, un muchacho estrecho de hombros y con el pelo castaño claro, tan largo que le caía suavemente sobre sus hundidas sienes y nuca, decía con enfado:

–Le advertí al brigada que las botas me quedaban pequeñas, y va y me suelta: «Ya se darán, con el uso». Y ya veis, usadas están y lo que han hecho es ponerme los pies en carne viva.

–Él viaja cómodamente en la cocina, tomando el sol mientras nosotros medimos la estepa con las plantas de nuestros pies –dijo Románov, un muchacho de la ciudad de Gorki de ojos y pelo negros, y, doblando la pierna, se sopló con cuidado la ardiente e hinchada piel del pie.

–Polvo, sol, no hay salvación alguna, y lo que es peor: no se ve el fin –dijo Petrenko–. Ucrania es distinta, allí no se ven más que jardines y más jardines.

Lázarev rió.

–No hables mal de la estepa. Zheldubáiev se enfada cuando se habla mal de ella.

El kazajo Zheldubáiev era amigo de Lázarev, con una amistad nacida durante el período de instrucción en la unidad de reserva, en conversaciones en los descansos después de los ejercicios, en la larga marcha bajo el despiadado sol de la estepa, en el torbellino de polvo, tan espeso que, de pronto, el que va a tu lado desaparece, haciéndose invisible. Y Lázarev gritaba en la nube de polvo:

–¡Eh, Zheldubáiev! ¿Estás ahí? ¡No se ve nada!

Después de la marcha ambos tenían el mismo color de cara, a pesar de ser Zheldubáiev el más negro y Lázarev el más blanco de los tiradores de automático. La cara de Lázarev no se ponía morena al sol y su frente permanecía tan blanca como antes de iniciar la marcha. Pero, con el espeso polvo del camino, las caras del kazajo y de Lázarev, oriundo de Narofominsk, eran igualmente grises, y sólo los ojos, negros los del primero y azules los del segundo, relucían con húmedo brillo. Sus charlas eran breves. Estaban demasiado cansados para mantener largas conversaciones. Pero marchaban uno al lado del otro y de vez en cuando Lázarev preguntaba:

–¿Cómo va, hermano? ¿Estás cansado?

Y Zheldubáiev, tras quitarle el tapón hecho de papel de periódico, tendía a su camarada una botella de cristal panzuda, llena de agua templada y turbia.

–Tú primero –decía Lázarev.

–No, no, bebe tú, haz el favor –respondía Zheldubáiev.

Por la tarde, si no les traían a tiempo el pan, se repartían las galletas y, economizando, liaban un cigarrillo para los dos.

Se cuidaban el uno al otro. Toda la compañía vivía en estrecha amistad, familiarmente. Es posible que esto se debiera a que estaba integrada exclusivamente por jóvenes. El esbelto Drobot, jefe de la compañía; su segundo, el seco y narigudo Beresiuk; el jefe de sección teniente Shut, en una palabra, todos los tiradores tenían aproximadamente la misma edad, unos eran del 20, otros del 23. Pero algunos de ellos, como Drobot y Beresiuk, ya hacía más de un año que combatían mientras que para otros, tal era el caso de Románov y Zheldubáiev, era su bautismo de fuego.

Marchaban braceando con energía, acariciando el automático colgado al pecho. Miraban con condescendencia a los fusileros, se enorgullecían de servir en la compañía de automáticos. Durante la marcha del regimiento, su compañía iba en vanguardia, y todos aquellos con quienes se cruzaban los miraban y decían:

–Mira, ahí pasan los tiradores de automático.

Drobot, en aras de mantener el orden, era severo con ellos, les exigía que cuidasen escrupulosamente sus armas, examinaba los automáticos, les obligaba a esforzarse, pero los muchachos comprendían y apreciaban por sí mismos lo que sus armas significaban para ellos. Drobot y Beresiuk eran ucranianos, sus familias se habían quedado en el territorio ocupado (la de Drobot cerca de Bélgorod, la de Beresiuk en la región de Vínitsa), y había en ambos una obsesión y un odio que se transmitía a los combatientes. Beresiuk había sido herido en los combates de otoño y por su mejilla se extendían las marcas de una gran cicatriz sonrosada. Siempre andaba criticando a los jefes de pelotón y de sección, pero éstos no se enfadaban con él porque consideraban que no lo hacía por maldad, sino por amor al servicio. Los tiradores sentían un gran cariño por el joven teniente Shut, jefe de sección. Era, ya desde la escuela, un camarada bueno, y fiel, y cuando ascendió a su cargo arengaba a sus soldados:

–Sobre todo, muchachos, mantened la camaradería, nunca faltéis a ella, éste es nuestro primer deber.

Él, por su parte, nunca faltaba a la camaradería observada por los tiradores de automático.

Antes de incorporarse a filas Románov trabajaba en el famoso taller de Pávlovo, en el Oká, donde se fabrican los mejores cortaplumas del País Soviético. Al entrar al servicio, llevó consigo varias excelentes navajitas con diferentes útiles. Unas tenían forma de avión, otras recordaban un tanque. Románov pensaba que le serían de utilidad en un momento difícil, pues con una navajita así uno siempre podía adquirir tabaco, cerillas y lo que se le antojase. Sin embargo, la camaradería en la compañía estaba tan arraigada, le fueron tan simpáticos los muchachos, que en vez de cambiarlas las repartió entre los camaradas. Lázarev, con una melancólica sonrisa, decía a sus compañeros:

–Yo, muchachos, antes de la guerra era tornero en madera, hacía piezas de ajedrez de madera de abedul. He hecho muchísimas y sin embargo no sé jugar. –Y paseando una mirada viva e inteligente, repetía–: Ya veis, hacía juegos de ajedrez de la mañana a la noche, quería hacer más para proporcionar alegría a la gente, pero yo no he aprendido a jugar.

Mientras los peales se secaban, los tiradores aspiraban el olor procedente de la cocina y bostezaban. El hambre apretaba, pero el deseo de dormir era aún mayor después de haber realizado una marcha de más de cincuenta kilómetros.

Pero no pudieron descansar debidamente. En aquel mismo día los tanques y la infantería motorizada alemanes rompieron el frente en uno de los sectores de Stalingrado. Los alemanes ansiaban llegar al Volga, percibían el vaho húmedo del gran río, sentían la proximidad del invierno y ponían en tensión todas sus fuerzas para penetrar en aquella gran ciudad. Savinov, el comandante del regimiento, recibió la orden de atacar aquella misma noche.

Pasó junto a los batallones que descansaban en el barranco, observando los rostros fatigados de los soldados, escuchando fragmentos de las conversaciones entabladas entre los que yacían tumbados en el suelo. Al pasar al lado de los tiradores de automático observó con interés sus caras

jóvenes, demacradas, que la fatiga había convertido casi en infantiles. Muchos de ellos nunca habían entrado en combate.

«¿Cómo se comportarán? ¿Resistirán la prueba? ¿Se mantendrán firmes estos muchachos de uniforme descolorido por el sol implacable?»

Al cabo de algunas horas el regimiento entró en combate, que se prolongó más de diez días...

Durante una corta tregua, el batallón acampó de nuevo en un barranco de la estepa. El aire cálido de la tarde transportaba el ruido de nuestros aviones y de los del enemigo, en lo alto del cielo azul tableteaban las ametralladoras, disparaban los cañones, zumbaban los motores. En la tierra, mientras tanto, también se combatía. Las nubes blancas y negras de las explosiones se esparcían por la llana estepa, los disparos de los cañones semiautomáticos eran rápidos y secos; se sucedían las sordas explosiones de los pesados proyectiles alemanes. A veces resonaban prolongadamente las salvas de los morteros de la Guardia, y el horrísono estruendo de sus explosiones sofocaba los sonidos de la batalla que se desarrollaba en la tierra y en el aire. A ratos se acallaba el combate y el silencio era tal que incluso se oían los crujidos de la reseca hierba de la estepa y el canto de los grillos. En el profundo barranco los soldados se sentían tranquilos y en paz, como si estuvieran descansando en su casa y no a escasos kilómetros del enemigo. Los tiradores, echados en la tierra, acariciaban sus automáticos. Dando muestras de satisfacción, se estiraban cuan largos eran. Algunos se habían descalzado, otros se habían quitado las guerreras, y de nuevo en las ramas de los raquíticos perales y cerezos silvestres se balanceaban perezosamente los peales y las camisas amarillentas, aclaradas en el agua fría, después de una sencilla colada de soldado.

Observo los rostros jóvenes y demacrados de los tiradores de automático recién salidos de un combate que se ha prolongado varios días con sus noches. Para muchos de ellos, éste ha sido su bautismo de fuego. En sus rostros hay una extraña mezcla de alegría infantil y de la experiencia de quien ha visto de cerca la muerte.

Drobot habla con voz tranquila y meditada. Está bien que el joven comandante, descontento de sí mismo después del combate, señale serena y

concretamente las faltas que han impedido a los tiradores de automático desarrollar plenamente sus fuerzas, que examine con énfasis los errores cometidos; está bien que el joven comandante no hable ni una palabra de sí mismo, de sus sensaciones durante la batalla y de sus pruebas de valor personal; está bien que hable de los soldados con admiración y orgullo de camarada. La compañía había soportado la prueba.

He aquí cómo relataba Lázarev el primer combate:

–Nos colocaron delante de los fusileros, pues por algo somos tiradores de automático. Nuestro objetivo era llegar hasta los blindajes enemigos. Éramos cinco: Románov, el que regaló a los muchachos las navajitas, Petrenko, Belchenko, Zheldubáiev, que era mi mejor amigo, y yo. Era por la tarde, el sol se ponía y el fuego era tan nutrido que con sólo recordarlo me pone los pelos de punta: las granadas caían una junto a otra, polvo, humo, toda la tierra en derredor nuestro era removida por las minas. Las granadas no abren hoyos profundos, parece que remueven la tierra como las gallinas con sus patas. Cuando silbaban nos tumbábamos, y después del estallido proseguíamos el avance. Varias estuvieron a punto de reventarnos. Bueno, parecía que nuestra última hora había llegado, estallaban a cinco pasos, desgarraban los tímpanos. Una persona mayor en nuestro caso se habría visto perdida, pero los jóvenes tenemos fuertes las piernas: nos tirábamos a un lado, unos aquí y otros allá, sus granadas no nos alcanzaban, perdían el objetivo, nos reuníamos y avanzábamos de nuevo. ¡Haz lo que quieras!, estamos empeñados en seguir adelante y nada más. Ya estábamos cerca, faltaban unos doscientos metros, cuando, de pronto, salieron de detrás de una colina cinco tanques, derechos hacia nosotros. Románov estaba a mi lado. Los miró (era la primera vez que veía tanques alemanes) y dijo: «Bueno, es hora de morir». Nos echamos al suelo y los observamos. ¿Darían la vuelta? No, los muchachos no pensaban en eso; los tanques se detuvieron, abrieron fuego sobre nuestras cabezas y después de disparar se ocultaron de nuevo tras la colina. Nos miramos: «¡Ea, muchachos, sigamos avanzando! Es nuestro deber, no hay más remedio». Y de nuevo avanzamos, si bien, a decir verdad, la visión de los tanques había ensombrecido nuestro ánimo y no creíamos salir vivos del combate. Nos

habíamos acercado considerablemente a los alemanes. Los veíamos de frente, muy cerca de nuestra posición. Contamos veinticinco tiradores de automático. Había con ellos un oficial que llevaba abierto el capote y, bajo éste, una cartera de campaña. Andaba hacia delante y hacia atrás sin dejar de mirar hacia nuestras líneas. Veinticinco hombres, y nosotros cinco, unos y otros con fusiles automáticos. Permanecimos echados, cada uno abstraído en sus pensamientos, y nos lanzamos al combate. Nada más disparar las primeras ráfagas, Zheldubáiev me tocó y me dijo: «Le he matado». Yo dije asombrado: «¿Sí?». Me miró, sonriendo: «De verdad». Y aquella manera de decirlo, la seguridad que mostró, nos enardeció, empezamos a reírnos y se instaló entre nosotros un estado de ánimo imposible de expresar. Pero no había pasado ni un minuto cuando un francotirador alemán derribó a Zheldubáiev de un balazo en la frente. Cayó sin pronunciar una palabra y dejó de existir. Yacía muerto a mi lado, y yo estaba bañado en su sangre. Los cuatro restantes seguimos combatiendo. No puedo contaros cómo rechazamos con nuestro fuego a los veinticinco, ni diré cuántos derribamos ni cuántos huyeron, no quiero mentir; había oscurecido y sólo sé que no fuimos nosotros, sino ellos, los que abandonaron el campo. Yo me quedé con Zheldubáiev en la estepa, cavé su sepultura, me despedí de él y le enterré con mis propias manos.

Los camaradas escuchaban el relato de Lázarev y de vez en cuando intervenían para hacer alguna observación:

–Bugrov es un caso interesante, pero está muerto.

–Es cierto, cuando los tanques venían hacia nosotros pensamos: «¡Es hora de morir!».

Lázarev terminó su relato refiriéndonos cómo se despidió de Zheldubáiev muerto. Románov, el de los ojos negros, dijo:

–Yo antes pensaba: ¿qué es lo más terrible en el combate? Ahora lo sé: lo peor es perder en él a un camarada. Cuando el teniente Shut, en su agonía, se despidió de nosotros y nos dijo: «Sólo os pido una cosa, muchachos, manteneos unidos, siempre juntos, no os apoquéis», a toda la compañía se le saltaron las lágrimas. Entonces comprendí que el camarada

en el combate es más que el padre y la madre. Nunca había pensado que todos los tiradores de la compañía podrían llorar así.

La sonrosada luz del sol poniente inundaba la estepa, pero el barranco quedaba envuelto en la penumbra. De la cocina salían soldados llevando calderos, y en las oscuras ramas blanqueaban las camisas y los peales secos.

Frente del Don,
noroeste de Stalingrado,
17 de septiembre de 1942

Alma de soldado rojo

El fusil antitanque recuerda una vieja espingarda. Es igual de voluminoso y pesado; para su manejo se necesita a dos combatientes: el primero y el segundo número. En la marcha, el primer número lleva el fusil, el segundo los pesados cartuchos perforadores (similares a los proyectiles de los cañones de pequeño calibre), en número de treinta, un fusil de cinco balas y cien cartuchos para éste, dos granadas antitanque y, como es natural, el capote y el macuto. Todo esto, en conjunto, pesa más o menos lo que el fusil. Durante la marcha, el fusil antitanque aplasta con su peso el hombro y entumece el brazo. No es nada fácil saltar con él o marchar por caminos resbaladizos, pues su peso dificulta cualquier movimiento, y es difícil guardar el equilibrio llevándolo a cuestas. El paso del fusilero antitanquista es pesado y largo, cojea ligeramente de la pierna sobre la que recae la carga del fusil. Su andar se distingue fácilmente del paso ligero del oficial, del mesurado y regular del infante, del bamboleante –«a lo marinero»– de los tiradores de automático, de la acelerada marcha del enlace, acostumbrado al constante movimiento. Y hasta se le puede distinguir por su porte: los fusileros antitanquistas suelen ser hombres fornidos. Por su espíritu y por su carácter deben de parecerse a aquellos cazadores rusos que, armados de una jabalina, iban a la espesura del bosque en busca del viejo oso. Y,

francamente, cabe decir que el colmilludo y taciturno oso es una fiera inofensiva en comparación con los tanques pesados alemanes, provistos de cañones y ametralladoras de tiro rápido.

La persona ducha en la producción metalúrgica o que conoce el trabajo del minero, en cuanto llega a las naves de la fábrica o a la mina puede casi siempre, sin temor a equivocarse, reconocer al fundidor de acero o de hierro, al forjador, al cargador, o bien al entibador o al que maneja la perforadora. Cada uno de ellos se distingue enseguida por su porte, por su vestimenta, por su braceo al andar, por su conversación. A cada carácter su profesión, y la dura y noble labor elegida imprime su sello en el carácter del obrero y lo modela a su manera. Así también, la profesión militar selecciona y agrupa a los individuos por edad, fuerza, inteligencia, carácter, aficiones. Y la primera tarea de un comandante experto y de un buen comisario es contribuir a esta selección natural, ayudar a los hombres a elegir su tarea en el duro trabajo de la guerra, a que se definan los ametralladores, los exploradores, los enlaces.

Pongamos un ejemplo: a mi entender, el combatiente Grómov se ha transformado en el tipo característico del fusilero antitanquista, a pesar de que en la compañía haya gente con hombros más anchos que él, de movimientos más desenvueltos, como el cetrino Evtíjov, que tantos disgustos ha causado a los alemanes, o el sargento Ignatiev, hombre de enormes manos y grande y pesada barbilla, que mueve mucho su cuello de toro, enrojecido por el sol.

Grómov tiene treinta y siete años. Antes de la guerra trabajaba en el distrito de Narofominsk, de la región de Moscú, concretamente en un koljós. En una palabra, era labrador. Difícilmente el año pasado, cuando en las madrugadas de junio iba a la cuadra y enganchaba el pacífico caballo a la chirriante y pesada carreta, hubiera podido pensar que un año después tendría que ocuparse en destrozar los tanques pesados alemanes.

Al mirar su rostro grisáceo, no afectado por el sol y surcado de arrugas, improntas de un largo y duro trabajo, se pregunta uno sin querer: ¿es el azar el que ha hecho que este hombre sea fusilero-antitanquista y el primer número de un fusil antitanque? ¿O quizás esta misma casualidad hubiera

podido convertirle en conductor del convoy del regimiento, en mensajero del Estado Mayor, o en centinela de Intendencia encargado de controlar los pases de los soldados?

No. En su lacónica y brusca manera de hablar, en sus claros ojos pardoverdosos de severa mirada, en sus movimientos y modos, en cómo cuenta las cosas con desgana, en la forma de tratar con condescendencia a todo en el mundo, en todo se refleja el carácter de este hombre. Una fuerza interna y no la casualidad le hizo fusilero de la compañía antitanque. En sus ojos audaces, de mirada franca y exigente, en su actitud rencorosa e implacable hacia las debilidades humanas, en sus acres e irónicos juicios sobre la imperfección de la vida, se manifestaba su carácter extraordinario, recto, firme y tenaz.

Durante la marcha Grómov enfermó, «le estaba fastidiando el vientre», pero se negaba a ir al hospital. Caminaba lentamente bajo el despiadado sol de la estepa, con el fusil al hombro. El jefe de la sección, Chigarev, le dijo dos veces:

–Ve y que los de sanidad te echen un vistazo. Estás pálido como un cadáver.

–¿Y a qué tengo que ir allí? –replicó enfadado Grómov–. ¿Me van a acostar en la estufa tal vez? Sólo hay un remedio para esto: es seguir adelante.

–Bueno, por lo menos dame el fusil, yo lo llevaré –le dijo el segundo número, Valkin–. Apuesto a que te habrá desollado el pescuezo.

–¡Anda, déjame en paz, no te preocupes de mi pescuezo! –le contestó irritado Grómov–. ¡Tú sigue adelante y no te metas en camisa de once varas!

Y seguía andando y andando, entre la ardorosa polvareda blanquecina. De tarde en tarde se pasaba la lengua por los labios resecos y ásperos, exhalaba un suspiro y con ansia aspiraba ruidosamente el aire. Se sentía muy enfermo. Por la noche, a pesar del cansancio, dormía mal, con un sueño pesado e intranquilo, tenía fiebre. «Así es la guerra –pensaba–, por el día te ahogas de calor y por la noche te hielas, tiritas de frío.»

Era la primera vez en su vida que pisaba las tierras del Volga. Con sus penetrantes ojos que todo lo observaban contemplaba las inmensas extensiones esteparias; miraba los grandes y despeluzados milanos que se sostenían con sus garras en los escurridizos y blancos aisladores de los postes del telégrafo; entornaba los ojos para columbrar a lo lejos el río cubierto de rizadas ondas, agitadas por un fuerte viento. Conversaba en las aldeas con las robustas viejas del Volga, con los pescadores de barba canosa, y suspiraba al escuchar aquellos relatos sobre las riquezas del inmenso río, sobre las ricas cosechas de trigo, sobre los melonares y los viñedos.

«¡Ah! El bandido ha llegado hasta la tierra madre del Volga», pensaba por las noches cuando oía el tronar de los cañones, que retumbaba sobre la inmensidad del río. Tristes y penosos pensamientos laceraban su corazón, reflexiones que no le abandonaban durante el día en la estepa ni por la noche en el vivac. Gota a gota se iba acumulando en él una rabia incontenible, y en lo más profundo de su alma condenaba despiadadamente cualquier equivocación, cualquier falta de firmeza.

Estaba poseído de la hirviente cólera del hombre al que la guerra ha arrancado de sus campos, de su isba, de la mujer que le ha dado los hijos. Era el furor del incrédulo santo Tomás, que con sus propios ojos veía la gran desgracia del pueblo que había provocado la invasión alemana. Veía las aldeas incendiadas, a su encuentro rodaban por los polvorientos caminos las caravanas de refugiados; veía a los viejos y a las viejas, a las mujeres con los niños de pecho en los brazos, que pasaban la noche a la intemperie en las barrancadas de la estepa; veía la sangre inocente vertida; oía contar relatos horripilantes como pesadillas, pero sin un atisbo de mentira.

Ni el dolor, ni lo penoso de la marcha por los polvorientos y ardorosos caminos eran suficientes para quebrantar su voluntad, su deseo de perforar la coraza de los tanques alemanes... Este deseo había crecido y madurado lenta y tenazmente en el corazón de Grómov, del hombre que nunca olvidaba los agravios. Su rudo corazón se fue caldeando poco a poco en el fuego de la guerra, y ya estaba al rojo vivo cual hulla recalentada en el horno. Era imposible apagar aquel fuego. Miraba despreciativamente a los

infantes, a los servidores de las ametralladoras ligeras. Tenía fe en la fuerza de su formidable fusil-cañón, le perdonaba su peso y por las noches, después de un día de esfuerzos sobrehumanos, le procuraba solícitos y cariñosos cuidados. Paciente y atento, limpiaba con un trapo el cañón, blanco de polvo; con parsimonia y ternura engrasaba el cerrojo; comprobaba la fuerza del muelle de expulsión; contemplaba el acero pavonado, brillante bajo una capa de grasa. Antes de acostarse, resoplando pesadamente, ponía a dormir su fusil de modo que la humedad no lo deteriorase, que no cayera sobre él el polvo del camino, que no entrara tierra en el cañón, que no tropezara con él la gente al andar en la oscuridad. Respetaba su gran fusil, confiaba en él lo mismo que en tiempos de paz confiaba en la reja de acero del arado. En aquellos tiempos había sido un buen labrador, y ahora, en la guerra, Grómov empuñaba en sus manos un fusil que perforaba la coraza de los tanques. Aquel enorme fusil acordaba con su naturaleza, con su alma ruda, con sus ojos verdes de dura mirada, con todo el espíritu del hombre que no perdona los agravios y que recuerda el bien y el mal hasta la muerte. Antes de la guerra la vida no había sido para él un lecho de rosas. Grómov había conocido lo que era el trabajo arduo y la necesidad. Pero no podía ni pensar en un tal agravio. Y marchaba al encuentro del enemigo cojeando de la pierna sobre la que recaía el peso del fusil, lamiéndose sus labios resecos, respirando el aire sofocante, blanco de polvo, insociable, siempre incomodando a la gente, que se apartaban a su paso. Así iban antiguamente a la guerra los soldados con los pesados mosquetes, y todos les miraban con respeto, con esperanza y hasta con miedo. Y en sus palabras, en su irónica y orgullosa independencia se revelaba el alma del hombre que va a la guerra sin escatimar nada; podía, con una sonrisa, dar su último cigarrillo o arrojar despreocupadamente al compañero que le pedía fuego su última caja de cerillas. No se apiadaba de su cuerpo enfermo por la fatiga, no tenía en cuenta los tumultuosos latidos de su corazón agitado, no pensaba en la muerte, a cuyo encuentro caminaba.

–Grómov, hablo en serio, deberías ir al puesto de sanidad –le dijo el sargento Ignatiev.

–No quiero ir –contestó Grómov.

Se encontraba muy mal; soportaba sobre sus espaldas todo el rigor de la guerra, por la noche tenía escalofríos y durante el día, en la estepa, una neblina blanca le cubría a veces los ojos, y no sabía si lo que nublaba su vista era el polvo que llevaba el viento o su enfermedad.

Y aquel soldado enfermo, obstinado e iracundo seguía marchando siempre hacia delante, sin esperar ningún encomio por la mayor de las hazañas: resistir con paciencia.

Por la noche ocuparon posiciones en primera línea del frente. Para ello tuvieron que avanzar arrastrándose, y de cuando en cuando se detenían y se agazapaban en el terreno. Sobre las avanzadillas volaba con estrépito un avión fascista de los que llamaban «cafeteras». La «cafetera» colgó unos cuantos «faroles», es decir, bengalas y sobrevoló sus posiciones, observando al blanco resplandor dónde arrojar su mortífera carga de pequeño calibre. Esta «cafetera» no ocasionaba grandes daños, pero sí un ruido molesto y mucha inquietud. No dejaba dormir, como las pulgas.

Grómov no pudo conciliar el sueño casi hasta el amanecer. Estaba echado en la zanja, construida de tal manera para que en ella se pudieran esconder el fusil antitanque y quienes lo manejaban en caso de que los tanquistas alemanes consiguieran «planchar» con sus orugas las posiciones avanzadas. Valkin dormitaba apoyado en la pared de la zanja. Sentía frío y con frecuencia tiraba de los faldones del capote para cubrirse las piernas. Grómov estaba sentado junto a él, castañeteando los dientes. La «cafetera» colgó una bengala justo encima de sus cabezas y la zanja se iluminó. La desagradable claridad despertó a Valkin, quien, tras mirar a Grómov, bostezó, y en voz baja le dijo:

–Oye, toma mi capote, de verdad, yo me las apañaré sin él, ya he descansado.

–¡Sigue durmiendo! –le espetó Grómov.

Nunca se mostraba amable con el segundo número, pero en lo más profundo de su corazón apreciaba las cariñosas atenciones de su camarada. Y Valkin, al mirar a veces al sombrío Grómov, pensaba: «Éste es de los que nunca te dejarán en la estacada, aunque te quedes sin las dos piernas. No te

abandonará, si es necesario te arrancará con los dientes de las garras de los alemanes».

–¿Dónde está el Volga? –preguntó Grómov.

–Me parece que a la izquierda –dijo Valkin.

–Entonces, a la derecha, en esas colinas, están los alemanes –dijo Grómov y preguntó–: ¿Has abierto el cierre de la bolsa? Así es más fácil sacar los cartuchos.

–El depósito está preparado –dijo Valkin–. Hay de todo: cartuchos y granadas, galletas y arenques, todo lo que quieras.

Y se echó a reír, pero Grómov ni siquiera sonrió.

El combate empezó al amanecer. Pronto se vio quiénes llevaban la voz cantante: nuestros artilleros y los morteros alemanes. Dominaban a todos los otros sonidos del combate: al tableteo de las ametralladoras, los estampidos de los automáticos y los breves aullidos de las granadas de mano. Los fusileros antitanque se habían posicionado delante de nuestra infantería, en «tierra de nadie». Sobre sus cabezas se oía el triste zumbido de los proyectiles soviéticos; a su espalda estallaban las granadas alemanas, que segaban el aire con un silbido de culebra. Secamente, tamborileaban los pedazos de metralla y los pegotes de arcilla. Ante los ojos y a la espalda de los fusileros antitanque se alzaban cortinas de humo blanco y negro, y nubes de un polvo amarillo grisáceo, lo que en el argot militar se acostumbra a llamar un «infierno». Y en ese infierno Grómov estaba echado en el fondo de la zanja con las piernas extendidas y dormitaba, embargado por un insólito sentimiento de paz interior. Había alcanzado la meta. Había llegado hasta allí con su fusil, marchando con el brío con el que uno iría a la casa de la paz y del amor, como marcha el caminante enfermo hacia su hogar, temeroso de las paradas, embargado por el imperioso deseo de ver a sus seres queridos. A pesar de que varias veces durante el trayecto había creído desfallecer, que no podría seguir, sin embargo, llegó. Allí estaba, echado en el fondo de la zanja, el infierno aullando con mil voces distintas y Grómov, estiradas sus molidas piernas, dormitaba: breve y austero es el descanso del soldado.

Valkin estaba sentado en cuclillas no lejos de él y, maldiciendo por lo bajo, observaba el desarrollo de la batalla. A veces las granadas silbaban tan cerca que Valkin escondía la cabeza y miraba de reojo a Grómov; temía que el primer número advirtiera su miedo. Pero Grómov, con los ojos entornados, miraba al cielo; su rostro estaba pensativo y tranquilo. Varias veces los alemanes se lanzaron al ataque y retrocedieron ante la imposibilidad de abrirse paso a través del fuego de la infantería soviética, y la inquietud de Valkin iba in crescendo, presentía en su interior que de un momento a otro los tanques harían acto de presencia. Miró a Grómov y se intranquilizó al pensar que el primer número, enfermo, tal vez no resistiría el combate con las máquinas alemanas.

–¿Por qué no comes algo? –preguntó, y luego agregó, en un intento por entablar conversación–: Le dije al cabo de cocina que te diera un vaso de vodka, como remedio para el vientre, pero el condenado no ha querido.

Pero esta loable tentativa de conversar tampoco conmovió a Grómov. Estaba echado de espaldas, en silencio. Valkin saltó de pronto al borde de la zanja.

–¡Grómov, ya vienen! –gritó con voz aguda–. ¡Vienen, Grómov, levántate!

Y Grómov se levantó.

Una columna de tanques enormes, rápidos y cautelosos, pesados y ágiles al mismo tiempo, avanzaba entre la polvareda y el humo de las explosiones de los proyectiles. Los alemanes habían decidido abrir camino a la infantería.

Grómov respiraba agitada y ruidosamente. Con mirada ávida y penetrante observaba a los blindados avanzar en orden desplegado desde detrás de una colina no muy elevada.

Con posterioridad le pregunté qué había sentido en el primer momento de su encuentro con los tanques, si no había tenido miedo ante ellos.

–No, qué va, no me asusté. Al contrario, temía que se desviaran de nuestra posición... pero lo que es miedo, ni por asomo... Hacia nosotros se dirigían cuatro tanques. Los dejé acercarse y enfilé a uno en el visor de mi fusil. El tanque avanzaba prudentemente, como si olfateara un rastro. «Sí,

sí», pensé, «olfatea, olfatea.» Estaba ya muy cerca, lo veía entero. Entonces le largué el primero. El disparo del fusil antitanque es tremendo, produce un gran estruendo, pero apenas tiene retroceso. Sólo sentí un ligero empujón, menor que el del fusil ordinario. Pero el estampido es terrible, da lo mismo que abras la boca, de todas maneras te quedas sordo. ¡Hasta la tierra tiembla! ¡Qué fuerza! –Y acarició, suavemente, el cañón de su fusil–. En una palabra, erré el tiro. Siguen avanzando. De nuevo apunto a uno. ¡Era un momento único! Al mismo tiempo sentía contento y rabia, nunca en mi vida había vivido nada semejante. «No, no puede ser», pensaba, «que no acabes con el alemán.» Y dentro de mí sentía como si alguien se estuviera burlando de mí: «¿Y si no acabas con él?». Bien, le largué la segunda píldora. Y enseguida me di cuenta que le había acertado, me quedé sin respiración al ver que una llamita azul se había desprendido de la coraza, rápida como una chispa. Y al instante comprendí que mi balita perforadora había penetrado y que la llama azul era la prueba de ello. Y comenzó a salir humo. Los alemanes empezaron a gritar dentro. Chillaban como nunca he oído chillar a nadie y, de pronto, se oyó un estallido: todo crujía, los cartuchos empezaban a explotar, y al final, una llamarada salió disparada hasta el cielo. ¡Se acabó! Disparé contra el segundo tanque. Y a éste le atiné a la primera. La llamita azul en la coraza. El mismo humo de antes. Después los gritos. Y de nuevo el fuego y el humo. Una alegría desbordante inundó mi alma, mi enfermedad desapareció como por ensalmo. Y me sentía orgulloso como nunca. Jamás mi corazón había latido con tanto alborozo. Ahora puedo mirar a los ojos a todo el mundo, proclamar: ¡les vencí!, y desterrar de mí esa idea que me torturaba día y noche: «¿Serán más fuertes que yo?».

Conversaba con Grómov en una barrancada de la estepa. El sol se había puesto. El crepúsculo se extendía por toda la barrancada y los largos fusiles antitanque quedaban sumidos en la penumbra.

Grómov estaba emocionado por el relato de su primer encuentro con los tanques. Parecía que sus grandes ojos, brillantes en la semioscuridad, ardían con una llama verde y colérica.

Y yo miraba en silencio a aquel soldado enfermo que había vencido a los alemanes, a aquel hombre para el que no era fácil, ni mucho menos,

combatir, a aquel labrador transmutado en antitanquista no por azar, no por decisión del mando, sino por su propia voluntad, por vocación.

20 de septiembre de 1942

La batalla de Stalingrado

Hace un mes, una de nuestras divisiones de la Guardia, con sus tres regimientos de fusileros, con artillería, convoyes, servicio de sanidad y servicios de retaguardia, se acercó a la barriada de pescadores en la orilla oriental del Volga, frente a Stalingrado. La marcha fue extraordinariamente rápida, en camiones. Día y noche estos vehículos levantaban nubes de polvo por la uniforme estepa de la orilla opuesta del Volga. Los buitres expectantes en los postes telegráficos se volvían grises a causa del polvo que levantaban los cientos y miles de ruedas y cadenas; los camellos miraban inquietos a su alrededor, acaso temerosos de que la estepa estuviera ardiendo. La inmensa extensión giraba en torbellinos de polvo, se movía, rugía, el aire se hizo denso y opaco, el cielo se cubrió de una membrana cárdena y el sol, cual oscura maza, quedó suspendido sobre la tierra perdida en sombras.

La división apenas hizo paradas durante el trayecto; el agua hervía en los radiadores, los motores se calentaban, y en las breves pausas apenas si los hombres tenían tiempo de beber un trago de agua y sacudirse de las guerreras el polvo que les cubría de pesada y blanca capa, cuando resonaba la voz de mando: «¡A los coches!». Y de nuevo los batallones y regimientos motorizados rugían hacia el sur. Los cascos de acero, los rostros, las ropas, los tubos de los cañones, las ametralladoras enfundadas, los poderosos morteros del regimiento, los autos, los fusiles antitanque, las cajas con municiones, todo adquirió un color rojogrisáceo y se cubrió de una capa de polvo. En la cabeza de todos resonaba el estrépito de los motores, la competencia de los aullidos roncos de bocinas y sirenas: los chóferes

tocaban continuamente el claxon, ante el temor de que se produjera alguna colisión en la carretera envuelta en una nube de polvo. El vértigo del movimiento se apoderó de combatientes, chóferes y artilleros. Sólo el general Rodímtsev juzgaba que su división se movía con exasperante lentitud, acaso consciente de que en aquellos días los alemanes, después de romper nuestra línea de defensa en Stalingrado, habían avanzado hacia el Volga, ocupado una cota dominante sobre la ciudad y el río, y progresaban por la calle central de la ciudad. Y el general apresuraba la marcha acelerando el furioso ritmo del movimiento, acortando si cabe las ya breves paradas. La tensión de su voluntad se transmitió a millares de personas, convencidas de que toda su vida consistía en una marcha vertiginosa e ininterrumpida, ya fuera de día o de noche.

La carretera dobló al suroeste y, enseguida, comenzaron a verse arces y sauces de rojas y esbeltas ramas y de estrechas hojas de plata gris; alrededor se extendían grandes huertos de bajos y frondosos manzanos. Y conforme la división se iba acercando al Volga, vio una oscura y alta nube que no se podía confundir con el polvo. Era siniestra, veloz, ligera y negra como la muerte: era el humo del incendio de los depósitos de gasolina, que se elevaba sobre la zona septentrional de la ciudad. Grandes flechas clavadas en los troncos de los árboles indicaban la dirección del Volga con la siguiente inscripción: «Travesía» y esta inscripción provocaba la alarma en el espíritu de los soldados en tanto que creían que la negra franja provenía del humo de muerte que se elevaba sobre la ciudad incendiada. La división llegó al Volga en un momento crítico para Stalingrado. No se podía esperar la noche para cruzar el río; los hombres descargaban apresuradamente de los camiones las cajas con armas y cartuchos, levantaban las tapas y, al mismo tiempo que el pan, sacaban granadas, botellas de líquido inflamable, azúcar, embutidos.

No es fácil trasladar rápidamente toda una división de una orilla a otra del Volga, ni en unas maniobras. Pero efectuar el traslado de una división cuando sobre el Volga luce un sol resplandeciente, cuando el aire es diáfano, cuando en el cielo zumban avispas amarillas –los Messerschmitt– y cuando los aparatos alemanes de bombardeo en picado acribillan la orilla y

los morteros y automáticos disparan desde la altura sobre el río, que se extiende amplio y despejado, no sólo no es tarea fácil, sino que se antoja poco menos que imposible.

Pero el espíritu del movimiento vertiginoso que había presidido la división durante la marcha así como la impaciencia de tomar contacto con el enemigo, permitieron cumplir esta tarea. La travesía se efectuó con tanta rapidez y de un modo tan audaz que hubo pocas bajas. Los hombres embarcaban en las balsas, en las lanchas. «¿Preparados?», preguntaban los remeros. «A toda marcha, adelante», gritaban los capitanes de las lanchas motoras, y la móvil franja gris del agua oscilante comprendida entre el bote y la costa comenzaba de pronto a crecer, a extenderse. El agua batía suavemente la proa del barquichuelo y centenares de ojos se fijaban en el agua, en la baja orilla cubierta de follaje ya amarillento, o allá donde entre la blancuzca neblina se alzaba la ciudad incendiada, que desafiaba valerosamente su cruel y heroico destino.

Allí, montados en gabarras meciéndose sobre las olas, los hombres de la división de fusileros estaban asustados de tener que enfrentarse a un enemigo que parecía estar en todas partes, en el cielo y en la orilla, sin sentir la tranquilizadora seguridad de la tierra firme bajo los pies. El aire era insoportablemente puro y transparente; insufriblemente límpido era el cielo azul; el sol se mostraba implacable en su brillo; y pérfidamente traidora la turbulenta corriente del agua. Y nadie se alegraba de que el aire fuera puro, de que se respirara el frescor del río, ni de que el suave y húmedo aliento del Volga acariciara los ojos irritados por el polvo. Los hombres callaban en las balsas, barcazas, lanchas motoras y botes. ¡Oh, por qué no estaría el río cubierto por una sofocante y densa polvareda! ¡Por qué era tan diáfano y tenue el humo azul del camuflaje! Las cabezas se volvían inquietas hacia el cielo.

–¡Pican los malditos! –gritó alguien.

A cincuenta metros de la balsa, de pronto, emergió del agua una alta y fina columna blancoazulada, de caprichoso capitel. La columna se desmoronó, bañando a los hombres e inundando la cubierta. E inmediatamente, más cerca, se derrumbaron otras columnas idénticas. En

aquel crítico instante, los morteros alemanes abrieron fuego graneado contra la división, que se encontraba en plena travesía. Los proyectiles explotaban sobre la superficie del Volga, que se cubrió de espumeantes y desgarradas heridas; los cascos de metralla golpearon la borda de las barcazas; en voz baja gemían los heridos, tan quedamente como si trataran de ocultar sus lesiones a los amigos, a los enemigos, a sí mismos. Y para completar el concierto las balas de los fusiles dejaron oír su silbido.

Hubo un momento terrible, cuando una granada de grueso calibre golpeó la borda de una pequeña balsa. Brillaron las llamas, un humo oscuro envolvió la frágil nave, se oyó el ruido de la explosión prolongada y un grito humano prolongado, interminable, como nacido de esta explosión. E inmediatamente, miles de hombres vieron cómo entre las astillas que se balanceaban sobre el agua verdeaban los pesados cascos de acero de los náufragos, que nadaban. Veinte soldados de la Guardia, de los cuarenta que iban en la barcaza, perecieron.

Y verdaderamente fue terrible cuando toda una división de la Guardia, fuerte como Iliá Múromets,[1] no pudo prestar ayuda a los veinte heridos que se tragaba el agua.

Por la noche la travesía continuó, y quizá jamás, desde que existen la luz y las tinieblas, los hombres se alegraron tanto de las tinieblas de la noche otoñal.

El general Rodímtsev la vivió en una actividad febril. A este hombre le ha tocado atravesar muchas pruebas durante el tiempo que llevamos en guerra. Su división luchó en Kiev, arrojó de Stalinki a los regimientos de SS que habían penetrado en este enclave, y más de una vez esta división rompió el anillo del cerco, pasando de posiciones defensivas a lanzar ataques furibundos. Temperamento, una gran voluntad, espíritu sereno, capacidad de reacción, saber atacar cuando otros creen que ni siquiera se puede soñar en la ofensiva, experiencia, táctica militar y cautela, todo ello unido a un gran valor personal y táctico: he aquí los rasgos del carácter militar del joven general Rodímtsev. Y el carácter del general es el carácter de su división.

Con frecuencia he tropezado en el ejército con grandes patriotas de su regimiento, de su batería, de su brigada de tanques. Pero quizás en ninguna parte haya visto tanto cariño a su unidad, tanto patriotismo como aquí. Consigue emocionar y a veces tiene incluso un carácter algo cómico. En la división, naturalmente, se enorgullecen en primer lugar de sus hazañas combativas, de su general, de su material de guerra. Pero si uno oye a los jefes, resulta que en ninguna otra unidad hay un cocinero que sepa con tanta maestría hacer empanadillas, ni peluquero como Rubínchik, que no sólo afeita de un modo maravilloso, sino que también toca el violín como un virtuoso. «¡Oh, nuestra división!», se oye constantemente en todas las conversaciones. Cuando quieren avergonzar a alguien, suelen decir: «Pero por Dios, ¿qué haces? ¡Estás en nuestra división!...». Y también es frecuente oír: «Se lo diré al general... el general estará contento... el general se disgustará». Los veteranos, «los fundadores», como se autodenominan, al hablar de las grandes hazañas de la unidad agregan inevitablemente: «Nuestra división siempre lucha en los sectores de mayor responsabilidad». Los heridos, en los hospitales, se sienten preocupados por si les destinan a otra unidad, escriben cartas a los camaradas, y una vez restablecidos a menudo realizan largos y arduos recorridos para reincorporarse a su división.

Quizá la noche en que las últimas unidades embarcaron en dirección a Stalingrado, el general pensaba que el vínculo de amistad entre sus hombres sería de ayuda para combatir en aquella situación tan singular y compleja.

En efecto, sería difícil concebir un cuadro más complicado y menos favorable de comienzo de batalla. La división, al entrar en Stalingrado, se fraccionó en tres partes: en primer lugar, la retaguardia y la artillería pesada quedaban en la orilla oriental, separadas de los regimientos por el Volga; en segundo lugar, los regimientos que ya habían entrado en la ciudad tampoco podían mantener una línea continua de frente, porque los alemanes se habían posicionado entre dos de los regimientos: entre el que se había dirigido a la zona fabril y el que había desembarcado más abajo, siguiendo la corriente en la parte central de la ciudad.

Estoy convencido de que precisamente este sentimiento de «patriotismo divisionario», el cariño, la costumbre que liga a los jefes, cierta unidad de estilo militar, la correspondencia del carácter de la división con el de su jefe, ayudaron en gran medida a las unidades aisladas, separadas de la retaguardia por el Volga, a no proceder por su cuenta, sino formando un todo armónico, a establecer contacto y actuar en cooperación y, por último, después de resolver brillantemente en común la tarea de combate, crear una línea continua de frente de los tres regimientos, organizando de un modo ejemplar el abastecimiento de munición y víveres. Este espíritu de comunidad fue como un pilar de la pericia en el combate, de la valentía y tenacidad de los jefes y combatientes de la división.

La situación en la ciudad era grave: los alemanes consideraban que la ocupación de Stalingrado era cuestión de un día, quizá de horas. La fuerza principal de la defensa, como suele ocurrir en los episodios más críticos, era nuestra artillería. Pero los alemanes luchaban contra ella enérgicamente y con bastante éxito con armas automáticas: las condiciones de la ciudad permitían el desarrollo de esta guerrilla urbana, aproximarse a los cañones sin ser vistos y, con una ráfaga súbita, liquidar a los servidores de las piezas. Los alemanes estaban dispuestos de un momento a otro a irrumpir en la orilla y echarnos al Volga. Pero no fue en vano que los camiones marcharon noche y día entre torbellinos de polvo, no en vano la estepa se cubrió como si fuese de un espeso humo amarillento.

Por la mañana el general Rodímtsev se trasladó a Stalingrado en una lancha motora.

La división se había concentrado, dispuesta para el combate.

¿Cuál sería el cometido de aquella división que acababa de engrosar las filas de las tropas que defendían Stalingrado? ¿Una división cuya retaguardia se hallaba detrás del Volga, cuyo puesto de mando se encontraba a cinco metros del agua, y uno de cuyos regimientos había sido «aislado» por los alemanes de los restantes? ¿Ocupar la línea de defensa, atrincherarse urgentemente, fortificarse en las casas? No, eso no. La situación era hasta tal punto grave, que Rodímtsev recurrió a otro medio fulminante que él mismo ya había experimentado en las cercanías de Kiev:

¡pasó a la ofensiva! Ofensiva llevada con todos los regimientos, con todos sus poderosos medios de fuego, con todo el vigor de su pericia, con toda impetuosidad. Pasó a la ofensiva armado con la fuerza de la indignación y del amargo furor de los miles de hombres que a la roja luz del amanecer vieron cruelmente mutilada por los alemanes la ciudad, casas blancas, magníficas fábricas, amplias calles y plazas.

El sol del amanecer, como enorme ojo inyectado en sangre por un acceso de dolor e ira, miraba al Jolsunov de bronce, al águila con un ala extendida sobre el edificio derruido de la clínica infantil, a las blancas figuras de los atletas desnudos que se destacaban sobre el fondo de negro aterciopelado del edificio del Palacio del Deporte, cubierto del humo del incendio, a cientos de cegadas casas silenciosas. Y con los mismos ojos inyectados en sangre por el dolor y la ira, aquellos miles de hombres que habían atravesado el Volga contemplaban la ciudad mutilada por los alemanes. El enemigo no esperaba la ofensiva. Estaban hasta tal punto convencidos de que si obligaban a retroceder metódicamente a nuestras tropas hacia la orilla acabarían por arrojarlas al Volga, que no habían fortificado sólidamente la zona ocupada. El regimiento de la Guardia comandado por Elin y otros dos atacaron las zonas de la ciudad en poder alemán. No se habían planteado como objetivo fundamental actuar conjuntamente, sino batir al enemigo, arrebatarle aquello que establecía condiciones ventajosas para las posiciones alemanas: la posibilidad de observar la orilla y el Volga y vigilar la travesía central. El regimiento de Elin se lanzó al ataque sin ver a sus otros camaradas-regimientos, pero aun así sentía, confiaba que no era el único que hacía frente a su crudo destino. Percibía próximo, cerca de sí, el aliento de los otros dos regimientos de la Guardia. Oía su paso firme, el estruendo de su artillería retumbando en sus oídos cual voz fraterna, el humo y el polvo del combate, que ascendía en lo alto, todo le hablaba del avance de la Guardia. Los aviones en picado, como cornejas asustadas, acosaban de la mañana a la noche a los batallones de la Guardia que atacaban.

El regimiento de Elin tomó por asalto unos inmensos edificios, que servían de puntos de apoyo de los alemanes.

Jamás hubo combates semejantes. Allí todas las nociones universalmente admitidas cambiaron, se desplazaron, como si en la ciudad del Volga hubieran penetrado bosques, barrancos de la estepa, pendientes y desfiladeros, montículos de la llanura. Allí se reunieron las peculiaridades de todos los teatros de la guerra, desde el mar Blanco hasta las montañas del Cáucaso. En el transcurso de un día, una sección pasaba de los árboles y de los arbustos que recordaban los pequeños bosques de Bielorrusia a desfiladeros montañosos donde, entre la penumbra de los muros cortados a pico del estrecho callejón, era preciso abrirse paso por entre los enormes bloques de piedra del muro de enfrente, desmoronado; y unas horas más tarde, este mismo destacamento salía a una enorme plaza asfaltada, cien veces más llana que la estepa del Don, y al anochecer se veía obligado a arrastrarse por huertas, entre terrenos labrados y cercas derruidas y medio quemadas, lo mismo que en una lejana aldea de la región de Kursk. Estos bruscos cambios exigían al comandante de sección, de destacamento, un sobresfuerzo, estar constantemente en vilo y en tensión para adaptarse rápidamente a las necesidades del combate. A veces, los tenaces asaltos a las casas se prolongaban durante varias horas, los combates se desarrollaban en habitaciones y pasillos semiderruidos, enterrados bajo ladrillos, donde a los soldados se les enredaban los pies en los cables arrancados, en los retorcidos armazones de las camas de hierro y los utensilios domésticos. Estos combates no tenían la menor semejanza con ningún otro escenario de guerra desde el mar Blanco hasta el Cáucaso.

En un edificio, los alemanes se hicieron tan fuertes que fue preciso hacerles saltar por los aires juntamente con los pesados muros. Bajo un terrible fuego del enemigo, que percibía próxima su muerte, seis zapadores transportaron a hombros ciento sesenta kilos de explosivos. El teniente de zapadores Chermakov, los sargentos Dubovi y Bugáiev, y los zapadores Klimenko, Shújov y Maserashvili se arrastraron bajo fuego alemán a lo largo de muros derruidos, llevando cada uno su carga mortal de más de veinticinco kilos, con el rostro sudoroso y sucio y las guerreras destrozadas. El sargento Dubovi gritó:

–¡No se os ocurra desertar, zapadores!

Shújov, torciendo la boca y escupiendo polvo, le contestó:

–¡A buena hora!

Al imaginarse este magnífico cuadro, a uno le invade un sentimiento de noble orgullo. ¡Qué hombres más bravos!

Y mientras el regimiento de Elin ocupaba triunfalmente edificio tras edificio, otros dos regimientos asaltaban el túmulo, un lugar estrechamente ligado a la historia de Stalingrado, conocido desde los tiempos de la guerra civil. Aquí jugaban los niños, paseaban los enamorados, en invierno se esquiaba y se montaba en trineo. Este lugar está rodeado de un grueso círculo, tanto en los mapas rusos como alemanes. Cuando éstos lo ocuparon, seguramente el general Todt comunicó la buena nueva en un alegre radiograma a su Cuartel General, ya que los alemanes lo señalaban como «cota dominante, desde la cual se divisa el Volga, sus dos orillas y toda la ciudad». Y en la guerra lo que se divisa se bate. Son dos palabras terribles: «cota dominante». Pero los regimientos de la Guardia se lanzaron a su asalto.

Un número incontable de hombres magníficos perecieron en estos combates. A muchos no los volverán a ver las madres y los padres, las novias y las mujeres. A muchos los recordarán los camaradas y los familiares. Toda Rusia verterá lágrimas abundantes y amargas por los caídos en los combates por el túmulo. Esta batalla les costó cara a los soldados de la Guardia. Será llamado el túmulo rojo. Será llamado el túmulo de hierro: todo él está cubierto de la escama espinosa de los cascos de las granadas y los proyectiles, de los estabilizadores de las bombas de aviación alemanas, de vainas ennegrecidas por el humo de la pólvora, de desgarrados y picudos cascotes de granadas, de los pesados cuerpos de acero de los destrozados tanques alemanes. Pero llegó el momento glorioso en que el combatiente Kentia arrancó la bandera alemana, la arrojó al suelo y la pisoteó.

Los regimientos de la división se unieron. Aquella ofensiva increíblemente difícil, que se había iniciado en la orilla del Volga, casi, casi en el agua, se vio coronada por el éxito. En cierto modo terminaba así el primer período de combates de la división en Stalingrado, un período que

aportó grandes momentos de triunfo. El frente que habían ocupado era continuo, sólido y muy ventajoso para sus posiciones. En estos combates, los hombres adquirieron una rica e intangible experiencia, que ninguna academia del mundo hubiera podido darles, ya que desde que el mundo es mundo no se ha conocido una batalla semejante a la librada: tropas con tanques, regimientos de artillería y de morteros, con el apoyo de poderosas unidades de aviación, combatían en las calles y plazas de una enorme ciudad. Centenares, miles de hombres, soldados y oficiales, conocieron lo que es luchar por una casa de muchos pisos; los soldados de transmisiones aprendieron a tender los cables no a rastras por el suelo, sino en líneas separadas, a lo largo de los muros de los edificios, con un circuito de reserva; en estos combates se comprendió la relevancia del enlace por radio; los zapadores conocieron a fondo cómo es preciso minar y limpiar de minas las calles y callejas. Sin duda, el combatiente Jachetúrov, que bajo el fuego consiguió inutilizar ciento cuarenta y dos minas alemanas, podría ejercer una cátedra de ingeniería. Los combatientes y los comandantes pudieron medir en toda su amplitud el valor de los morteros, de los cañones antitanque, de las granadas de mano y de los fusiles antitanque en los combates callejeros. Aprendieron a enmascarar en las casas y sótanos las poderosas máquinas de guerra de la división. Según palabras de un comandante de regimiento, el mayor Dolgov, «los de la Guardia les tomaron afición a las botellas de líquido inflamable».

Comenzó la segunda fase de la dura batalla: la guerra defensiva con decenas de golpes sorpresa, vigorosos ataques de los tanques alemanes, crueles incursiones de los aparatos en picado, contraataques de nuestras unidades, guerra de francotiradores..., una guerra en la cual participaba toda clase de armas, desde el fusil hasta el cañón de largo alcance y el bombardero en picado. Una fase nueva con su sorprendente y extraña existencia, distinta de todo. No se trataba de horas solamente, sino de días y semanas de vida en este infierno de humo, donde los cañones y morteros no callaban ni un solo minuto, donde el zumbido de los motores de los tanques y aviones, las bengalas de toda gama de colores, las explosiones de las minas, se hicieron tan corrientes para la ciudad como antes lo era el tintineo

del tranvía, las sirenas de los coches, los faroles de las calles, los múltiples ruidos de la fábrica de tractores, las apremiantes voces de los barcos del Volga. Y aquí los combatientes viven su vida: beben té, preparan la comida, tocan la guitarra, discuten, se interesan por la existencia de sus vecinos, conversan. Aquí viven hombres cuyo carácter, costumbres y forma de ser y de pensar son carne y sangre del pueblo que envió a sus hijos a acometer esta difícil gesta.

A las nueve de la noche nos dirigimos al puesto de mando de la división. Las oscuras aguas del Volga eran iluminadas por bengalas de diferentes colores que, alzadas en tallos invisibles, se inclinaban sobre el destrozado muelle; y el agua ora parecía verde-sedeña, ora cárdeno-azul, o de pronto se enrojecía, como si toda la sangre de la Gran Guerra desembocara en el Volga. Se oía el seco disparo de los automáticos y las descargas de los cañones iluminaban con un blanco fulgor las negras chimeneas; en algunos momentos parecía que la producción no se hubiera interrumpido, que una brigada nocturna de remachadores golpeaba con sus martillos, que la llama azulada de la soldadura autógena iluminaba las naves y las chimeneas de la fábrica. Soplaba el fino y penetrante aire nocturno, hendido por las balas, y los proyectiles alemanes aullaban y mugían repugnantemente. Toda la inmensa llanura del Volga era profanada por el estruendo de las explosiones. A la luz de los cohetes se veían los edificios destruidos, la tierra surcada de trincheras, los blindajes apoyados apenas en los escarpes y quebradas, las profundas zanjas protegidas de la inclemencia del tiempo con trozos de hojalata y tablas.

–Oye, ¿han traído la comida? –pregunta un combatiente sentado a la entrada del blindaje.

Una voz le responde desde la oscuridad:

–Hace tiempo que fueron a buscarla, pero aún no han vuelto. A lo mejor están tumbados por ahí, o tal vez no lleguen nunca. Hay un fuego terrible cerca de las cocinas.

–Esos hijos de perra alemanes no respetan que ya es hora de comer –gruñe el otro bostezando.

El puesto de mando de la división está enclavado en un profundo sótano que recuerda una galería horizontal de una mina de carbón; la galería está revestida de piedra, reforzada con troncos y, al igual que en una verdadera mina, el agua susurra en su fondo. Aquí, donde no existe noción de nada, donde un avance de metros equivale a un avance de muchos kilómetros en campo abierto, aquí, donde a veces la distancia que nos separa del enemigo atrincherado en una casa se mide por dos decenas de pasos, ha cambiado también, naturalmente, el emplazamiento de los puestos de mando de la división. El Estado Mayor se halla a doscientos cincuenta metros del enemigo, y en gradación correspondiente se encuentran los puestos de mando de los regimientos y batallones. Un oficial del Estado Mayor dice bromeando: «En caso de ruptura, basta con pegar un grito a viva voz para mantener contacto con los regimientos. Y desde allí, también a viva voz, pueden transmitir la orden al batallón». Pero el ambiente en el puesto de mando es el habitual, nunca cambia, se halle donde se halle: en el bosque, en un palacio o en una isba. Aquí, en el subterráneo, donde todo salta por las explosiones de las minas y de los proyectiles, los oficiales de Estado Mayor están inclinados sobre los mapas; y aquí el telefonista, que es ya una figura tradicional en todas las crónicas de los frentes de guerra, grita: «Luna, habla Luna»; y aquí también, escondiendo modestamente en la manga un cigarrillo y procurando no echarle el humo a los jefes, sentados en un rincón de la pieza, se encuentran los enlaces. Y en este subterráneo alumbrado por quinqués, se siente inmediatamente que los hilos de los cables de las casas destruidas, de las fábricas, de los molinos ocupados por la división de la Guardia, tienden todos a un hombre, que todas las cuestiones planteadas por los comandantes van dirigidas y son expuestas a un solo hombre un tanto irónico, de hablar pausado y atento, que es quien determina el régimen de vida de los combatientes de la Guardia. La voz de los hombres es tranquila, a veces incluso pausada, los movimientos son reposados, con frecuencia uno ve la sonrisa en los rostros y muchas veces se oyen carcajadas. Los hombres, con la voluntad entrenada en el combate, se comportan como si la vida les sonriera; como si estuvieran bromeando, sin ningún esfuerzo, realizan la tarea más dificultosa, la más pesada que

puede haber en la tierra. Sin embargo, en el subterráneo es penoso respirar: cuando llega allí una persona que viene del exterior, inmediatamente gruesas gotas de sudor perlan sus sienes y su frente, su respiración se torna rápida, entrecortada. En el subterráneo, como en los cimientos de una presa que sujeta el terrible empuje de las fuerzas enemigas que tratan de irrumpir en el Volga, el suelo, las paredes, el techo, todo tiembla de la tensión, de la pesada onda explosiva de las bombas y del estampido de los proyectiles; tintinean los teléfonos, oscila la llama de las lámparas y enormes sombras confusas se mueven convulsivamente en las húmedas paredes de piedra. Pero los hombres están tranquilos, han estado aquí ayer, han estado un mes atrás, estarán mañana. Hace algunas noches los alemanes llegaron hasta aquí y lanzaron desde el terraplén granadas de mano, volaron al subterráneo cascotes, tierra, polvo, desde la oscuridad llegaban voces de mando en un idioma extraño, insólito en esta orilla del Volga. Y en esta trágica hora, el comandante de la división, Rodímtsev, siguió siendo el mismo de siempre: tranquilo, un tanto irónico; cada pausada palabra suya era como una dura piedra que viniera a reforzar la presa rota por la fuerza enemiga. Y la fuerza enemiga retrocedió.

La división se ha acostumbrado ya al ritmo de la batalla. La respiración de los hombres, los latidos del corazón, las breves horas de sueño, las órdenes de los jefes, las descargas de los cañones, de las ametralladoras, de los fusiles antitanque: todo se ha adaptado ya a los ritmos del combate. Durante ataques imprevistos de los bombarderos en picado, durante los asaltos nocturnos de la infantería fascista o en pleno día, durante las impetuosas arremetidas de docenas de tanques que se presentan de improviso, ora al amanecer, ora a las tres de la tarde, o en la adormecedora y engañosa calma del crepúsculo vespertino, lo más difícil es –así lo creo– encontrar el sentido del ritmo. ¡El ritmo de la tempestad! ¡El ritmo del combate en Stalingrado!

Rodímtsev me cuenta cómo no hace muchas noches los zapadores alemanes participaron en un asalto nocturno.

Habla con voz reposada, en actitud pensativa, y sobre una mesa de fabricación casera baila una cucharilla, salta, como si estuviese sobrecogida

de espanto y quisiera escapar de este estruendoso subterráneo con revueltas sombras que se agitan por las paredes. Oímos nítidamente el estampido de un disparo de automático.

–Es un alemán –asevera Rodímtsev.

Va relatando reposadamente, sin prisa.

–Aquí la guerra es dúctil, flexible –dice–. Ya de noche, ya de día, ya sea un ataque de una columna de tanques. A veces la aviación, la artillería, los tanques y los morteros concentran su ataque contra un solo punto. Los alemanes cambian ex profeso de táctica. Pero nosotros en un mes hemos aprendido a luchar en estas condiciones. La mayor parte de las veces actuamos formando pequeñas agrupaciones. En la toma de una casa participan habitualmente dos grupos: uno de asalto y otro de consolidación del punto ocupado. La gente del grupo de asalto va provista de granadas, de botellas con líquido inflamable, de ametralladoras ligeras. Mientras los de asalto acaban con el enemigo, el grupo de consolidación se ocupa de llevar municiones, proyectiles y víveres no menos que para seis días, pues es frecuente quedar cercados. Hoy, por ejemplo, se han presentado dos combatientes que durante catorce días lucharon en un edificio rodeado por las casas «de los alemanes». Y así, con toda tranquilidad, ambos pidieron pan, municiones, azúcar y tabaco, cargaron con todo y se marcharon, diciendo: «Allí han quedado otros dos, guardan la casa, tienen unas ganas terribles de fumar». En general, los combates en las casas tienen algo sui géneris. La particularidad de esta lucha en Stalingrado es la flexibilidad, pues bruscamente, en apenas un abrir y cerrar de ojos la táctica cambia, incluso todo el carácter del combate: ora se lucha por una casa, ora, como no hace mucho le sucedió a Panijin, dos regimientos de infantería alemana y setenta tanques caen súbitamente sobre un regimiento, y así, diez, doce ataques al día.

Le pregunté si no se sentía fatigado por estos intensos combates de veinticuatro horas ininterrumpidas, por el continuo estruendo durante jornadas enteras, por los centenares de ataques de fuerzas alemanas como los que hubo anoche y todo el día de ayer, como los que habrá mañana.

–Estoy tranquilo –me dijo–, y así tiene que ser. Por fortuna estoy hecho a todo. En una ocasión, un tanque alemán aplastó el puesto de mando y no contentos con eso después un soldado con fusil automático, para mayor seguridad, lanzó una granada, pero yo la volví a arrojar afuera. Y aquí me tiene, lucho y lucharé hasta la última hora de la guerra.

Me lo contó sin alterarse, con voz queda. Después empezó a preguntarme sobre Moscú. Hablamos, como es natural, de los teatros.

–Aquí también hemos tenido dos conciertos: el peluquero Rubínchik tocó el violín en nuestra madriguera.

Y todos los que nos rodeaban sonrieron, recordando el concierto.

Mientras duró nuestra conversación los teléfonos sonaron unas diez veces: el general volvía apenas la cabeza y decía dos o tres palabras al oficial de guardia del Estado Mayor. Y en estas breves palabras, pronunciadas con rápida soltura, en un tono habitual, vocablos de órdenes de combate, vibraba la fuerza imponente del hombre que ha dominado el ritmo de la tormenta de la guerra, del hombre que dicta este terrible y preciso *tempo* de batalla, que se ha convertido él mismo en el ritmo, en el estilo de las divisiones de la Guardia, el estilo de todas nuestras divisiones en Stalingrado, de todos los hombres soviéticos que luchan en esta ciudad.

El ayudante del general, el coronel Borísov, dio las últimas disposiciones antes del asalto de una de las casas en poder de los alemanes. Este edificio de cinco pisos tenía una importancia crucial, ya que desde sus ventanas los alemanes divisaban el Volga y una parte de la orilla.

El plan del asalto me sorprendió por su gran cantidad de detalles, por su compleja elaboración. En el dibujo, hecho cuidadosamente, estaban representadas tanto la casa como las construcciones vecinas. Signos convencionales indicaban que en el segundo piso, en la tercera ventana, había un fusil ametrallador, francotiradores en dos ventanas del tercer piso, y en otra una ametralladora pesada; en una palabra, toda la casa había sido objeto de un exhaustivo reconocimiento: sus pisos, ventanas, entradas interiores y principales. En el asalto tomaron parte destacamentos de morteros, lanzaminas, francotiradores y automáticos. También participó la artillería del regimiento y los poderosos cañones apostados en la otra orilla

del Volga. Cada arma tenía su cometido, rigurosamente vinculado al objetivo común; la coordinación y la dirección se realizaba mediante un sistema de señales luminosas, por radio y por teléfono. La idea dominante resultaba sencilla y compleja a un tiempo: el objetivo era comprensible incluso para un niño, pero los medios para alcanzarlo eran tan complicados que sólo un experto conocedor de los problemas y cuestiones militares podría llegar a dominarlos.

Y este asalto fue una nueva muestra de las particularidades de los combates que se libraban en Stalingrado. Aquí tuvo lugar la enorme colisión de dos Estados, de dos mundos que luchaban a vida o muerte, con la matemática precisión del combate por un piso de una casa, por el cruce de dos calles; aquí se combinó el carácter de cada pueblo con la pericia en la batalla, el pensamiento, la voluntad; aquí se libró una batalla que iba a decidir los destinos del mundo, una batalla en la que se pusieron de manifiesto todos los puntos fuertes y débiles de dos pueblos: el uno se lanzó al combate en nombre de un régimen feudal de dominación del mundo, el otro por la libertad del mundo, contra la esclavitud, la mentira y la opresión.

Era ya muy entrada la noche cuando marchamos a lo largo de Stalingrado en una lancha motora. Seis kilómetros de trayecto, unas decenas de minutos por las anchas aguas del Volga.

El río hervía, las azules llamas de las explosiones de los proyectiles alemanes se encendían sobre las aguas, ululaban los cascotes portadores de la muerte, rugían sombríamente en el cielo nuestros bombarderos pesados. Desde las baterías antiaéreas alemanas centenares de líneas rizadas y luminosas, de azul, rojo y blanco, tendían hacia ellos. Los bombarderos vomitaban contra los reflectores alemanes las blancas ráfagas de sus ametralladoras. Parecía que la región del Volga sacudía el universo entero con el poderoso tronar de sus cañones pesados, con toda la fuerza de nuestra potente artillería. En la orilla derecha la tierra temblaba por las explosiones; los inmensos resplandores de los bombardeos se encendían sobre las fábricas; la tierra, el cielo, el Volga, todo estaba en llamas. Y el

corazón sentía que aquí se estaba luchando por el destino del mundo, que aquí, entre llamas, imponente y estoico, estaba luchando nuestro pueblo.

Stalingrado,
20 de octubre de 1942

Tsaritsin-Stalingrado

> ¡Obreros y campesinos, honrados ciudadanos trabajadores de toda Rusia! Estamos ante las semanas más difíciles. El pan escasea en las ciudades y en muchas provincias del país extenuado. La población proletaria está preocupada por su destino. Los enemigos del pueblo se aprovechan de la penosa situación, que ellos mismos han propiciado, para sus propios fines criminales, siembran la confusión, forjan las cadenas e intentan arrebatar el poder de manos de los obreros y campesinos. Los antiguos generales, los terratenientes, los banqueros levantan la cabeza. Tienen la esperanza de que el pueblo, en su desesperación, les permitirá adueñarse del poder en el país.

Con estas palabras empieza uno de los documentos más inspirados y enérgicos de la Revolución, firmado por Lenin y Stalin y publicado el 31 de mayo de 1918 en *Pravda*.

Un cuarto de siglo nos separa de aquel tiempo en que la joven República, nacida entre el humo y el fuego de la guerra mundial, luchaba por su vida. El ejército alemán lanzó la ofensiva un 18 de febrero de 1918. A principios de mayo, los invasores ocuparon Ucrania, Crimea y Bielorrusia. El mariscal de campo Eichhorn instalaba su residencia en Los Tilos, el más bello lugar de una de las más bellas ciudades de Europa, Kiev.

En el Don gobernaba el general Krasnov. Denikin, que comandaba el ejército voluntario, se dirigía al Kubán, hacia Ekaterinodar. En Georgia mandaban los mencheviques, y los alemanes, a instancias de aquéllos, mangoneaban en Tiflis y tendían a apoderarse de Bakú.

En el verano de 1918, las ciudades de Novo-Nikolaevsk, Cheliabinsk, Omsk, Ufá, Penza, Samara, Simbirsk y Ekaterinoburgo se encontraban en manos de los destacamentos checoslovacos sublevados. En Siberia se

organizó un gobierno de guardias blancos. En Iaroslav se produjo un levantamiento contrarrevolucionario. Un estado de agitación imperaba en las aldeas. El hambre y las epidemias se habían aliado con las tropas contrarrevolucionarias para atacar las regiones centrales del País Soviético. Parecía que la tierra en llamas se estremecía y resquebrajaba. El pueblo, extenuado por una guerra de tres años, en la que había derramado ríos de sangre, y atormentado por las devastaciones y la miseria, de nuevo se alzaba en lucha por su honor, su libertad y su tierra.

Las enormes y pesadas tenazas de la contrarrevolución parecían a punto de cercar completamente Moscú y Petrogrado. Los enemigos avanzaban desde los cuatro puntos cardinales. Si estas tenazas se hubiesen cerrado, el País Soviético, privado de sus fuentes de aprovisionamiento, se hubiera visto obligado a defenderse en un frente circular, rodeado de fuerzas contrarrevolucionarias. Y la última fortaleza del poder soviético que se interponía en el camino de los invasores alemanes y de las tropas del general Krasnov, armadas con material alemán, era la ciudad del Volga: Tsaritsin.

En Tsaritsin debía cerrarse el pesado anillo del cerco enemigo. Así lo comprendieron muy bien los grandes estrategas de la Revolución. Tsaritsin, además, estaba ubicado en la ruta del imperialismo alemán, que aspiraba a salir al mar Caspio y Bakú, y se hallaba en el camino a Mesopotamia, Arabia e Irán.

Era un caluroso mes de agosto. Por las noches, cada vez se distinguían con mayor claridad los disparos de la artillería. Las tropas de Krasnov avanzaban sobre Tsaritsin. A mediados de mes la situación llegó a un punto crítico. Los soldados de Krasnov salieron al Volga por el norte y el sur de Tsaritsin, envolviendo la ciudad en un anillo. Se combatía en los arrabales de la ciudad, en Gumrak, en Voropónovo, en Sadóvaia. La luz de los reflectores iluminaba las calles por las noches. Las sirenas de las fábricas aullaban incesantemente de un modo angustioso. Los obreros de la fábrica Dimeau y de la fábrica de armas, los de la enorme aserraduría de los hermanos Maksímov, de la refinería de petróleo Nobel, se agolpaban a miles para defender su ciudad natal. Porque el núcleo de acero de la defensa

de Tsaritsin fueron los obreros. Junto al proletariado de Tsaritsin combatieron los soldados de la división comunista integrada por obreros de la cuenca del Donetsk: mineros y metalúrgicos, llegados hasta Tsaritsin después de una penosa ruta, combatiendo día y noche contra los guardias blancos. Con su sangre reconstruyeron bajo el fuego de la artillería el puente sobre el Don y se unieron a los obreros de Tsaritsin para compartir con ellos la cruda tarea de la defensa de la ciudad. Más tarde llegó el regimiento obrero de Rogozhsko-Símonovo, reclutado en las fábricas Goujon y Dinamo. Allí se encontraban Stalin y Vorochílov.

El 15 de agosto de 1918 fue un día crítico en la defensa de la ciudad. Muchos juzgaban que la situación era desesperada y sin salida. A las siete de la tarde del 15 de agosto el Consejo Militar, bajo la firma de Stalin y Vorochílov, declaró:

> El Consejo de Comisarios del Pueblo y todos los pueblos revolucionarios vecinos, prestando toda la ayuda posible, siguen con viva atención la lucha heroica del Tsaritsin rojo por los intereses vitales de toda la Rusia Soviética así como por su liberación de las bandas invasoras de Krasnov.
>
> La salvación de la ciudad roja depende de la ulterior firmeza, de la disciplina, del grado de consciencia, de la resistencia y de la iniciativa imparable de los círculos soviéticos.
>
> La ciudad continúa en estado de sitio.

Los refuerzos que se esperaban de Astrakán no llegaron, ya que allí se había producido un levantamiento contrarrevolucionario. En Tsaritsin se había preparado una insurrección contrarrevolucionaria, prevista a las dos de la madrugada del 18 de agosto. Pero la Cheká descubrió el complot. El diario del Ejército Rojo *El Combatiente de la Revolución* recogía en el número extraordinario del 21 de agosto lo siguiente:

> En Tsaritsin ha sido descubierto un gran complot de los guardias blancos. Los principales dirigentes del mismo han sido detenidos y fusilados. A los conspiradores les ha sido encontrada la suma de nueve millones de rublos. El complot ha sido completamente desbaratado por las medidas del Poder Soviético. ¡Temblad, traidores! ¡Una muerte implacable espera a todos y a cada uno de los que atenten contra el Poder Soviético de los obreros y campesinos!

Las huestes de Krasnov hicieron lo imposible por apoderarse de la ciudad, para que el poder saltara desde dentro. Pero la ciudad seguía en pie. A costa de gran número de víctimas, de noches de insomnio, de ríos de sangre, del penoso trabajo de los obreros, de la férrea voluntad staliniana, el primer asalto de las fuerzas enemigas fue rechazado, roto el cerco, restablecidas las vías de comunicación. Gloriosamente combatieron los regimientos obreros de Lugansk y las unidades al mando de Sivers, el tren blindado de Aliábiev aparecía impetuosamente ya en el sector norte ya en el sector sur del frente. Litros de sangre derramaron los obreros de Tsaritsin, los jóvenes comunistas, los comunistas. Día y noche, la artillería roja destrozaba al enemigo. El 22 de agosto nuestras tropas ocuparon las aldeas de Pichuga y Ersovka. En la noche del 26, nuestras unidades irrumpieron en la estación Kotlobán, recogieron un rico botín y aniquilaron el Estado Mayor de Mámontov. Ese mismo día Stalin telegrafió a Parjómenko en Moscú: «La situación en el frente ha mejorado. Traiga inmediatamente todo lo que haya recibido». Naturalmente, no es posible describir aquí con detalle todos los acontecimientos del primer y del segundo cerco de Tsaritsin en 1918 y la campaña de Denikin y Wrangel contra Tsaritsin en 1919.

Cuando se piensa en la vida de esta ciudad, en su duro y noble sino, ligado a los jóvenes y arduos años del Estado soviético, se perfilan con suma nitidez los rasgos fundamentales del carácter y del destino de Tsaritsin. Las ciudades, lo mismo que los hombres, tienen su destino. Hay hombres para quienes su más alto destino son las penalidades y asperezas de la guerra. Y cuando se ve a uno de estos hombres en la sala de un teatro, en una exposición de pintura, en el ambiente familiar, en zapatillas, en mangas de camisa o en traje claro de verano, sin querer uno adivina en sus rápidos y bruscos movimientos, en su mirada que en algunos momentos se hace severa, en su hablar reposado y autoritario, que el destino, tarde o temprano, le deparará las penosas privaciones de la guerra, con sus marchas, con la reseca galleta del soldado. Y uno se imagina a este hombre entre el humo y el fragor del combate.

Tsaritsin-Stalingrado –la ciudad enclavada en la importante línea del Volga, entre el norte y el sur, ciudad a cuya espalda se encuentran las arenas y las estepas del Kazajstán, ciudad cuyo amplio pecho mira hacia el oeste, hacia las riquezas trigueras del Don y del Kubán– eligió para sí el orgulloso sino de ser el baluarte de la Revolución en la hora fatídica en la que se decidía la suerte del pueblo.

Veinticuatro años han transcurrido desde que Tsaritsin, habiendo resistido la presión enemiga, impidió la unión de las fuerzas del mal, que avanzaban desde el norte y el sur, y se alzó como pesada maza contra los alemanes que se abalanzaban desde el oeste hacia el este.

Transcurrieron veinte años de construcción pacífica. Se cubrieron de hierba las trincheras de Gumrak, Voropónovo y Béketovka. Crecieron árboles allí donde chirriaban los convoyes. Dejaron este mundo los viejos obreros participantes en la defensa de Tsaritsin. Encanecieron los obreros voluntarios, jóvenes en aquel entonces. Y aquellos chiquillos descalzos que corrían por entre las humeantes cocinas de campaña de los soldados, que recogían las vainas vacías y jugaban a la guerra allí donde la guerra se hacía, se convirtieron en personas mayores, en padres de familia, en personajes importantes del gran Estado soviético.

Impetuoso fue el crecimiento de los hombres de Stalingrado, impetuosa la progresión de la propia ciudad durante los años de la pacífica vida soviética. En las fábricas gigantes –la de tractores Dzerzhinski, Octubre Rojo, Barricada– trabajaban decenas de millares de personas. Surgieron los astilleros y la central eléctrica, se reconstruyeron las viejas empresas, aparecieron decenas de fábricas nuevas.

La ciudad, donde a principios de siglo había dos institutos de segunda enseñanza, una sola biblioteca, un único asilo para huérfanos y cuatrocientas tabernas, al cabo de veinte años de pacífica vida soviética contaba con magníficas facultades donde enseñaban célebres profesores de mecánica, de medicina y de pedagogía, en cuyas aulas estudiaban quince mil alumnos; se crearon además decenas de escuelas profesionales, cientos de centros de primera enseñanza, bibliotecas, museos.

La ciudad de las tormentas de arena y polvo fue asfaltada. Alrededor de la misma creció una verde franja de veinte kilómetros de extensión, cientos de hectáreas de jardines y huertos, avenidas de castaños y arces.

La ciudad de las chatas casas de uno y dos pisos, de torcidas calles, se transformó en una urbe de altos y magníficos edificios blancos, en una metrópoli de amplias plazas de trazado clásico, adornadas con monumentos, embellecidas por el verdor de los árboles y por el abigarrado arabesco de las flores.

Cientos de manos cuidadosas barrieron, limpiaron, regaron las calles de Stalingrado. La ciudad de las tempestades de arena se transformó en la ciudad del límpido aire del Volga, en la ciudad del sol y de la salud.

Por la noche, desde el Volga, Stalingrado parecía una enorme guirnalda de sesenta kilómetros de esplendorosa luz eléctrica. Brillaban bellamente los anuncios de neón de los almacenes, teatros, cines, circos, restaurantes. Lejos, más allá del Volga, se oía la música que difundían los altavoces. Nos enorgullecíamos de la ciudad, la queríamos. En efecto, Stalingrado se había convertido en una de nuestras ciudades más bellas: en una ciudad de trabajo y ciencia, de ardiente sol, de amplio espacio, en la ciudad del Volga.

Los habitantes de Stalingrado estaban encariñados con su ciudad, por la que sentían un amor singular, leal y verdadero, nacido durante el formidable trabajo, en los sacrificios y privaciones del período de la construcción. Aquéllos fueron los grandes decenios. Ahora, en tiempo de guerra, algunos consideran aquellos años de paz un idilio tranquilo y sin nubes. Naturalmente, esta percepción es inexacta. Las circunstancias de aquella época fueron duras, el trabajo fue rudo e intenso, nuestro país sufrió no pocas borrascas, no fue tarea fácil cumplir el colosal plan de colectivización e industrialización.

Los habitantes de Stalingrado recuerdan también los duros tiempos de la construcción de la fábrica de tractores, la primera fábrica gigante del primer Plan Quinquenal. Desde el extranjero seguían con mirada fría y hostil su construcción. ¡Cuántas dificultades! ¡Qué esfuerzo de voluntad sobrehumana, qué tensión mental!

Todo el país seguía con atención la construcción de Stalingrado, se alegraba de sus éxitos, se entristecía de sus fracasos. El 17 de junio de 1930 se inauguró la fábrica. Comenzó el período de adaptación de la compleja técnica de la producción en cadena, nunca aplicada hasta entonces en Rusia. Nuevas y graves dificultades, nueva tensión de la lucha. La prensa extranjera predijo el hundimiento de la nueva fábrica. Escribía: «Debido al fracaso de la fábrica de tractores de Stalingrado, la Unión Soviética se ha visto obligada de nuevo a adquirir tractores fuera de sus fronteras». Las interrupciones en la producción de la grande y la pequeña cadena eran constantes, los talleres no entregaban la piezas en los plazos previstos. En el primer año la fábrica produjo en total 1.002 tractores, en 1931, 18.410, en 1932, 28.772 unidades, ¡y bien pronto se alcanzó la cifra de 50.000! Las dificultades habían sido superadas. La favorita del pueblo, la primera fábrica gigante del primer Plan Quinquenal trabajaba a pleno rendimiento.

Cuando los barcos de turismo se acercaban a la bella ciudad blanca sobre el Volga, los viajeros que descansaban sobre cubierta no veían solamente miles de ventanas brillando al sol y verdes jardines, no sólo oían la música, el ruido de los tranvías, las bocinas de los automóviles. Veían también el negro humo que se alzaba sobre tres gigantes: Tractores, Octubre Rojo y Barricadas. Veían cómo tras los ventanales ahumados de los talleres se vertía en chispas el acero, oían un atronador estruendo semejante a tempestuosa resaca. Tsaritsin rojo-Stalingrado recordaba a los hombres su destino de fortaleza rusa sobre el Volga y que estaba dispuesto de nuevo a aceptar el duro y orgulloso sino en la hora fatal del destino del pueblo, que no había olvidado las trincheras de Gumrak, Voropónovo, Sadóvaia y Béketovka, cubiertas de hierba...

El 23 de agosto de 1918, por orden de Vorochílov, los regimientos de obreros y de mineros de las divisiones Comunista y Morosov-Donetsk pasaron a la ofensiva en el sector central del frente, en Voropónovo; entregaron su sangre y su vida para rechazar al enemigo que estrujaba sus garras sobre la ciudad. Esto ocurrió el 23 de agosto de 1918, y el 23 de agosto de 1942 a las cinco de la tarde, justamente veinticuatro años después, ochenta tanques pesados alemanes y columnas de infantería

motorizada irrumpieron en la fábrica de tractores, la niña de sus ojos de los habitantes de Stalingrado, al tiempo que cientos de bombarderos enemigos atacaban con saña las barriadas pobladas de Stalingrado. Éste fue el primer ataque de las hordas fascistas en la línea del Volga.

La ciudad quedó envuelta en fuego y humo, enormes llamaradas se elevaron al cielo. Y parecía como si no hubieran transcurrido esos veinte años de trabajo pacífico, como si este intervalo de tiempo entre la primera ocupación alemana de Ucrania y el Don y esta segunda invasión de los alemanes jamás hubiera existido. Y de nuevo entre el estruendo y el humo de la batalla se alzó el Tsaritsin rojo-Stalingrado, la ciudad de magnífico y amargo sino.

No se puede comparar siquiera la fuerza de la presión alemana en agosto de 1942 con la ofensiva de las tropas de Krasnov en 1918. Las arremetidas de las divisiones de tanques, el terrible fuego de millares de morteros y cañones, los feroces ataques de las escuadras aéreas... Es dudoso que en la historia, incluso en la de la última guerra, haya habido agresiones de semejante calibre. Todo ha cambiado en la manera de hacer la guerra durante estos últimos decenios. Es otro el aspecto del campo de batalla, otra la manera de dirigir el combate, otros los medios existentes para realizar los ataques de fuego. Los tanques y las fuerzas motorizadas maniobran impetuosamente. Hay combates aéreos como nadie podía imaginarse en 1918. El cielo y la tierra actúan conjuntamente, cantidades ingentes de hombres y de metal son trasladadas en avión de un sector del frente a otro. Todo ha cambiado. Todo ha adquirido unas proporciones enormes, de mayor fuerza y empaque. Sólo algo permaneció invariable, como si no fueran hombres de otra generación los que emprendieron la defensa de Stalingrado: el valeroso corazón del gran pueblo. ¡Los corazones de Yákov Erman, de Nikolái Rúdniev, de Aliábiev, no cesaron de latir! En el terrible momento, cuando una columna de ochenta tanques alemanes se acercaron inesperadamente a los alrededores de la fábrica de tractores y centenares de aviones incendiaban las barriadas de la ciudad, los obreros de ésta y los de Barricadas continuaron trabajando: en una sola noche produjeron ciento cincuenta cañones y se repararon ochenta tanques desde el 23 hasta el 26 de

agosto. En la primera noche, centenares de obreros, armados de automáticos, ametralladoras pesadas y fusiles ametralladores, ocuparon la línea de defensa en los alrededores septentrionales de la fábrica. Lucharon junto al destacamento de morteros pesados del teniente Sarkisián, que fue el primero en detener el avance de la columna alemana de tanques. Lucharon junto a las fuerzas antiaéreas del teniente coronel Guerman, que empleaba la mitad de sus cañones contra los aparatos alemanes que volaban en picado y con la otra mitad de sus efectivos disparaba contra los tanques enemigos.

Había momentos en que el estruendo de las explosiones de las bombas englutía todos los sonidos, y era entonces cuando el teniente coronel Guerman creía que la batería avanzada del teniente Svistún había sido aplastada por la presión de la aviación y de los tanques alemanes. Pero pasados algunos momentos se oía de nuevo el acompasado fuego de las piezas antiaéreas. Durante veinticuatro horas la batería se sostuvo desligada por completo del mando del regimiento. Al anochecer del 24 de agosto, cuatro combatientes sacaron al teniente Svistún herido. Fueron los únicos supervivientes. Pero el primer ataque del enemigo fue rechazado. Los alemanes habían fracasado en su intento de tomar la ciudad sobre la marcha. Y así comenzó la lucha en los accesos, en las calles de la ciudad, en las plazas, en las barriadas obreras, en el territorio de las fábricas gigantes de Stalingrado.

Han transcurrido ya setenta días de lucha en el propio Stalingrado, cien si se cuenta desde el inicio de los combates en los accesos lejanos a la ciudad. Con letras de oro deben quedar grabados para la eternidad en la historia del País de los Sóviets los nombres de dos célebres francotiradores, Chéjov y Záitsev, los nombres de los treinta y tres héroes que consiguieron rechazar el ataque de la columna de tanques pesados, los nombres de los obreros voluntarios Tókarev y Poliakov, el nombre del comisario de la unidad antitanque Krilov y de infinidad de pilotos, tanquistas, morteristas, fusileros, el nombre de la obrera Olga Kovaliova, fundidora de acero, el nombre del sargento Pávlov, que desde hace ya cincuenta días defiende con su pelotón una casa en una de las plazas más céntricas de Stalingrado, «La casa de Pávlov», se denomina este edificio en los partes oficiales.

Stalingrado se sostiene con la sangre de esos hombres, con su voluntad, con su valor.

Las bajas del ejército alemán son enormes, el número de los alemanes muertos y heridos se acerca ya a los doscientos mil. Mil tanques, más de mil cañones y aviones han quedado reducidos a un montón de chatarra. Pero si es posible reponer las pérdidas de material de guerra, si es posible llevar al matadero nuevos rebaños de soldados alemanes, no hay en el mundo fuerza capaz de devolver a los alemanes lo perdido en tres meses, no existe medio alguno de restablecer el ritmo de la fracasada ofensiva de verano. Los éxitos tácticos de esa ofensiva alemana no se han visto refrendados con resultados estratégicos de relevancia. Se ha detenido el avance hacia el este y el sur. La fortaleza del Volga ha soportado duras pruebas. La ciudad que eligió para sí el noble y severo sino de ser la fortaleza de la Revolución rusa, la ciudad que durante el primer año de la República supo contener la presión enemiga, ahora, veinticinco años después desempeña de nuevo un papel decisivo en el curso de la Gran Guerra Patria.

Y hela aquí, en ruinas, ora humeantes y templadas, como un cuerpo todavía no enfriado, ora heladas y sombrías. Por la noche, la luna ilumina los edificios derruidos, los troncos astillados de los árboles segados por los proyectiles. Las solitarias y asfaltadas plazas brillan a la luz verdosa y fría de la luna cual lagos cubiertos de una fina capa de hielo, y como pozos negrean en ellas los enormes embudos abiertos por las bombas explosivas. Enmudecen los talleres de las fábricas, demolidos por los proyectiles, no humean las chimeneas; en los patios de las fábricas, los macizos de flores semejan tumbas.

¿Está muerta la ciudad? No, ¡vive! Hasta en los breves momentos de calma, en cada casa destruida, en cada taller de la fábrica late intensa la vida. Los ojos avizores de los francotiradores buscan al enemigo; por las trincheras de comunicación, entre las ruinas, se trasladan proyectiles, minas, municiones; los observadores, que ocupan los pisos altos de los edificios, vigilan el menor movimiento del enemigo. Los oficiales están inclinados sobre los mapas; en los sótanos, los escribientes copian los informes; los

delegados políticos pronuncian conferencias ante los combatientes; se oye el ruido de las hojas de los periódicos al ser pasadas; los francotiradores ejercen con celo su obra peligrosa.

Parece que las ruinas estén muertas, desiertas, desoladas. Pero de pronto, tras la esquina aparece cauteloso y lento un tanque enemigo e, inmediatamente, el fusilero antitanquista, que no duerme ni de día ni de noche, lanza una descarga contra el blindado alemán. El ametrallador hitleriano, tratando de cubrir el avance del tanque, comienza a disparar desde la ventana de una casa contra el refugio de ladrillos desde el que el fusil antitanque vomita su fuego. Nuestro francotirador, apostado en el segundo piso de una casa vecina, defiende a su fusilero antitanquista y dispara contra el nido de la ametralladora del enemigo. El alemán, por lo visto, ha resultado herido o tal vez muerto, porque la ametralladora ha enmudecido. Seguidamente resuenan las explosiones de las granadas alemanas, vuelan cascotes rojos de ladrillo de los muros de la casa donde se oculta el francotirador: es la venganza por la muerte del ametrallador. Nuestro observador comunica datos referentes a la batería enemiga, y los cañones soviéticos, que hasta entonces habían permanecido mudos en las ventanas y en las puertas de las casas, abren fuego. El tanque alemán retrocede apresuradamente, vuelve a doblar la esquina de la calle. Con rapidez, en los raros momentos de tregua, el francotirador, el fusilero antitanquista y los ligeros cañones de campana cambian de posición.

Pero la mayor parte del tiempo en las casas, calles, plazas y fábricas, hay tronar de explosiones y fuego. No es fácil ahora vivir en Stalingrado.

Ante mí tengo un papel escrito a lápiz. Es un informe del jefe de una compañía, recibido hace poco en el Estado Mayor del batallón. El texto dice así:

> Hora: 11.30. Al teniente primero de la Guardia, Fedósiev. La situación es la siguiente: el enemigo trata de cercar mi compañía, envía a mi retaguardia tiradores de automático, pero todas sus tentativas han fracasado. Los de la Guardia jamás retroceden. Caerán como valientes los jefes y los combatientes, pero el enemigo no pasará nuestra defensa. ¡Que todo el país conozca a la 3.ª compañía de tiradores, que, mientras viva su jefe, cerrará el paso a la canalla fascista! El jefe de la 3.ª compañía se encuentra en una situación difícil y su propio estado físico es pésimo, no oye,

está débil. Tiene vértigos y con frecuencia se desvanece, padece hemorragias nasales. A pesar de todas las dificultades, los soldados rojos de la Guardia de la 3.ª compañía no retroceden. Moriremos como héroes por la ciudad de Stalin. ¡La tierra soviética será la tumba del enemigo! Confío en mis soldados y en mis oficiales: por encima de mi cadáver no pasará ni una sola alimaña fascista.

KALEGÁNOV

¡No, la gran ciudad no está muerta! El cielo y la tierra se estremecen por el estruendo de nuestra poderosa artillería. Los combates se desarrollan con la misma fuerza de hace dos meses. Millares de corazones laten acompasadamente y con ímpetu en las casas de Stalingrado: son los corazones de los obreros de Stalingrado, de los mineros del Donetsk, de los obreros y campesinos de Gorki, de los Urales, de Moscú e Ivánovo, de Viatka y Perm. Contra estos corazones de hierro se estrellaron los ataques alemanes. Estos corazones son los más fieles del mundo.

Jamás fue Stalingrado tan magnífico y grande como ahora, cuando, en ruinas, es glorificado solemnemente por los pueblos del mundo amantes de la libertad. Stalingrado vive. Stalingrado lucha. ¡Viva Stalingrado!

Stalingrado,
5 de noviembre de 1942

Con los ojos de Chéjov

Durante muchos días y muchas noches estos ojos que todo lo ven atisban la ciudad desde el quinto piso de una casa medio derrumbada. Estos ojos ven la calle, la plaza, decenas de edificios con los suelos hundidos, casas vacías, muertas, en las que reina un silencio engañoso. Estos ojos redondos, de color castaño, a veces dorados, a veces verdes –uno no acaba de comprender si son claros u oscuros– observan las lejanas colinas, cubiertas por los blindajes alemanes, cuentan por el humo el número de hogueras y

cocinas, el de camiones y carros que se dirigen a la ciudad desde el oeste. A veces se hace un profundo silencio y entonces se oye cómo en la casa de enfrente, en donde se ocultan los alemanes, se desprenden pequeños pedazos del estucado, a veces se oyen conversaciones en alemán y el crujido de las botas alemanas. Otras veces, por el contrario, el bombardeo y el fuego son tan intensos que hay que inclinarse al oído del camarada y gritar a pleno pulmón; pero el camarada se encoge de hombros para dar a entender: «No oigo».

Anatoli Chéjov aún no ha cumplido veinte años. Su vida no ha sido muy alegre. Hijo de un obrero de una fábrica de producción química, este joven de clara inteligencia, corazón bondadoso y facultades nada comunes, que adora los libros, conocedor y devoto de la geografía, que sueña con los viajes, querido de los compañeros, de los vecinos, y que ha conquistado el inexpugnable corazón de los viejos obreros por estar siempre dispuesto a defender a los ofendidos, desde la edad de diez años conoció las penalidades de la vida. Su padre se emborrachaba a menudo, y trataba cruel e injustamente a su mujer y a sus hijos. Dos años antes de la guerra Anatoli Chéjov dejó la escuela, aun cuando obtenía calificación de sobresaliente en todas las asignaturas, y empezó a trabajar en una fábrica de Kazán. Rápidamente y con facilidad aprendió diversos oficios, se hizo electricista, soldador de autógena, técnico de acumuladores, y llegó a ser un maestro imprescindible y querido por todos.

El 29 de marzo de 1942 recibió un aviso del Comisariado Militar y pidió ingresar en la escuela de francotiradores.

–De pequeño nunca había disparado, ni tan sólo con un tiragomas, me daba lástima todo ser viviente –dice–. Y a pesar de que en la escuela de tiro sacaba sobresaliente en todas las materias, mi primer ejercicio de tiro fue lamentable: nueve blancos sobre cincuenta posibles. El teniente me dijo: «En todo sobresaliente, pero en tiro un desastre. No tiene materia para ser un buen francotirador».

Pero Chéjov no se descorazonó, bien al contrario: a las horas de instrucción diurnas añadió las largas horas de la noche. Se pasaba diez horas seguidas estudiando la teoría del tiro y las armas de fuego. Estimaba

en mucho la teoría y tenía fe en el poder de los libros, estudió a fondo numerosos principios de óptica y era capaz, como un verdadero físico, de hablar sobre las leyes de la refracción de la luz, sobre las imágenes reales y falsas, dibujar la complicada trayectoria del rayo luminoso a través de las nueve lentes del visor óptico. Comprendía los principios internos, los presupuestos de todos los mecanismos. Y Chéjov aprehendía la imagen aumentada en cuatro veces, en extensión y profundidad, no sólo con los ojos del tirador, sino también con los del físico.

El teniente erró en su apreciación. En los ejercicios de tiro con armas de guerra sobre objetos móviles Chéjov dio «en la cabeza» de la pequeña y movible figura con los tres cartuchos que le correspondían. Salió de la escuela de francotiradores con la calificación de sobresaliente, el número uno de su promoción, y, a pesar de que le propusieron quedarse como instructor para enseñar tiro con armas de precisión y ordinarias y el manejo del fusil automático y de las diferentes clases de granadas, solicitó ir como voluntario a una unidad. Así fue siempre, tanto en la escuela y en la fábrica como en el servicio militar asimiló a la perfección el manejo de los diferentes instrumentos.

Este muchacho, al que todos querían por su bondad, por su amor a su madre y a sus hermanas, que nunca había disparado con un tiragomas, pues «le daba lástima todo ser viviente», quiso desde el primer momento ir a la línea de fuego.

–Quería ser el hombre que aniquila al enemigo con sus propias manos –me decía Chéjov.

Durante las marchas se entrenaba en apreciar las distancias sin la ayuda de aparatos ópticos. Anatoli calculaba los metros que había hasta un árbol y después lo comprobaba con pasos. Al principio se equivocaba en sus apreciaciones, pero poco a poco llegó a calcular a ojo grandes distancias con un error no mayor de dos o tres metros. Y esta ciencia en nada compleja le fue de inestimable ayuda en la guerra no menos que los enrevesados conocimientos de óptica y las leyes de la refracción del rayo luminoso a través de la combinación de un sistema de nueve lentes bicóncavas y biconvexas. Aprendió a considerar el paisaje más idílico como un conjunto

de puntos de orientación: los abedules, los matorrales de escaramujo, los molinos de viento se presentaban ante él como lugares en los que podía aparecer el enemigo, y le ayudaban a calcular el alza rápida y exactamente.

Los primeros días de su llegada al frente de Stalingrado, Chéjov estuvo al mando de un pelotón de infantería y después de una sección de morteros. Resolvía las tareas más diversas con ingenio y precisión, para lo cual tenía que poner en juego no sólo la fuerza de sus jóvenes piernas y ágiles brazos, así como la penetración de sus ojos claros, sino también discurrir con un pensamiento intenso, rápido y complejo, como nunca había tenido que hacerlo para resolver los más difíciles problemas de álgebra o física con los cuales el maestro se complacía en atemorizar a los estudiantes.

Desde los primeros encuentros aprendió a considerar el combate no como un caos de fuego y estruendo, sino como el arte de adivinar lo que trata de hacer el adversario.

¿Tuvo miedo en los primeros días? No. Tenía la sensación de que enseñaba a los soldados a camuflarse, a disparar, a atacar, como si esto no fuera efectivamente la guerra.

En el frente suele discutirse sobre la valentía. Generalmente, esta discusión acaba en una acalorada disputa. Unos dicen que la valentía es el olvido de sí mismo, y que esto sobreviene con el combate. Otros, con toda franqueza, cuentan que al realizar hazañas heroicas sintieron un miedo inenarrable y que solamente la fuerza de voluntad y su capacidad para saber dominarse les conminó a levantar la cabeza, a cumplir con su deber e ir al encuentro de la muerte. Los terceros sostienen: «Soy valiente porque tengo la convicción de que no me matarán».

El capitán Koslov, hombre de probado arrojo, que muchas veces ha conducido su batallón de motociclistas a peligrosos ataques, me decía que él, por el contrario, es valiente porque está convencido de que han de matarlo y por eso le da lo mismo morir hoy que mañana. Muchos consideran que el origen de la valentía es la costumbre del peligro, la indiferencia ante la muerte como consecuencia de enfrentarse constantemente al fuego del combate. La mayoría fundamenta la valentía y el desprecio a la muerte en el sentimiento del deber, el odio al enemigo, el

deseo de vengarse de los invasores por sus terribles crímenes. Los más jóvenes afirman que si ellos desempeñan actos heroicos es por el hambre de gloria; otros dicen que son valientes porque creen que en el combate les están observando sus amigos, sus parientes, sus novias. Un jefe de división, hombre ya maduro, de gran valentía, cuando su ayudante le recomendó mantenerse alejado del fuego, le dijo riéndose:

–Quiero tanto a mis dos hijos que es imposible que me maten.

Yo particularmente creo que no tiene sentido discutir sobre la valentía con los hombres del frente. Cada uno es valiente a su manera. El árbol de la valentía es inmenso y frondoso, sus mil ramas se entrelazan y elevan al cielo la gloria de nuestro ejército, de nuestro gran pueblo.

Pero si cada valiente lo es a su manera, la egoísta cobardía sólo tiene un modo de ser: la esclava sumisión al instinto de conservación del propio pellejo. El individuo que hoy huye del campo de batalla, mañana escapará de su casa en llamas, dejando abandonada a su vieja madre, a su mujer y a sus pequeños.

Conocer a Chéjov me ha permitido apreciar otra de las variantes de la valentía, la más simple, si se quiere, pero la más sólida, la más «completa». De un modo innato, por naturaleza, le es ajeno el sentimiento de terror ante la muerte como al águila le es ajeno el vértigo de las alturas.

Chéjov recibió el fusil de francotirador al atardecer. Durante largo rato estuvo reflexionando en qué lugar situarse: ¿en los sótanos, agazaparse en el primer piso, o esconderse entre un montón de ladrillos caídos de los muros de una casa de varios pisos, destruida por una bomba de aviación? Observaba detenidamente las casas de nuestra primera línea de defensa: ventanas con jirones de cortinas quemadas, pendientes armazones de hierro, retorcidas y entrelazadas vigas encorvadas entre cada dos pisos, restos de barandillas, camas de matrimonio niqueladas que las llamas habían deslustrado. Los ojos escrutadores, de vista perfecta, captaban y fijaban todos los detalles. Veía bicicletas colgando de las paredes sobre el abismo de cinco pisos derrumbados, veía los brillantes pedazos de color verdoso de las copas de cristal, trozos de espejo, amarillentas y requemadas hojas de palmera en el alféizar de las ventanas, trozos de hojalata retorcidos por el

calor del incendio y desparramados como si fueran ligeras hojas de papel, cables ennegrecidos sobresaliendo de la tierra, las gruesas tuberías de conducción, los músculos y los huesos de la ciudad. Al fin Chéjov tomó una decisión: entró por la puerta de un edificio de cinco pisos y comenzó su ascensión por la escalera, aún en pie, al quinto piso. En algunos sitios los peldaños estaban destrozados, en los descansillos de la escalera, a través del rectángulo de las puertas quemadas, se veían cajas vacías, los pisos se distinguían solamente por la pintura de las paredes: las del segundo piso eran de color rosa, las del tercero azul oscuro, las del cuarto verdes con paneles marrón. Chéjov subió hasta el descansillo del quinto piso.

Era exactamente lo que a él le convenía. El muro derruido descubría una amplia vista: enfrente y un poco de través se veían las casas ocupadas por los alemanes; a la izquierda se encontraba una calle recta y ancha; algo más allá, a seiscientos o setecientos metros se veía una plaza. Todo aquello estaba ocupado por los alemanes. Chéjov se situó en el descansillo de la escalera, en un pronunciado saliente del muro, se colocó de modo que la sombra del saliente cayera sobre él, y quedó completamente invisible en aquella sombra cuando a su alrededor todo estaba iluminado por el sol. Apoyó el fusil en la barandilla de hierro de la escalera. Miró hacia abajo. Como era su costumbre, determinó los puntos de orientación, que no eran pocos. Vio a dos soldados alemanes caminando por la calle desierta. Se detuvieron a cien metros de su posición. Chéjov estuvo cuatro minutos observándoles sin mover un solo músculo. Esta extraña sensación de indecisión es conocida por todos los francotiradores antes de su bautismo de fuego. A Chéjov se lo había contado el célebre Pchelíntsev, cuando fue de visita a la escuela de tiro y relató sus recuerdos sobre su primer disparo contra un soldado fascista.

Pronto llegó la noche. El cielo color cobalto se hizo azul oscuro. Los altos y requemados edificios se erguían como grises y silenciosos espectros. Salió la luna. Se alzaba en el cenit, grande, brillante, como el grueso espejo de acero del tanquista, que refleja indiferente la escena del encarnizado combate. La luna tenía un tono dorado, de miel, como si estuviera madura, y su luz, como la cera seca y blanca que se desprende de la miel, parecía

ligera, sin gusto, sin olor, incolora. Esta blanca luz cérea se extendía cual tenue manto sobre la ciudad muerta, sobre los cientos de casas sin ojos, sobre el asfalto de las calles y las plazas, que relucía como el hielo. Chéjov recordó los libros que describían las ruinas de las ciudades antiguas y un dolor terrible y amargo oprimió su joven corazón. Le parecía que se ahogaba, tan agudo y penoso era el deseo de ver a la ciudad de nuevo libre, animada, ruidosa, alegre; de que sus miles de muchachas volvieran de la estepa, en donde, arrebujadas en sus abrigos, esperaban en las carreteras a los camiones que quisieran llevarlas. Deseaba que volvieran aquellos niños y niñas que con seriedad de ancianos acompañaban con la mirada a las tropas que se dirigían hacia Stalingrado, aquellos viejos que se envolvían en mantones de mujer, aquellas viejecitas de la ciudad que se ponían encima de sus chaquetas los abrigos y los capotes de sus hijos.

Una sombra se deslizó por la cornisa. Sin ruido, pasó un gran gato siberiano con la peluda cola levantada. Miró a Chéjov y sus ojos brillaron con una chispa azul, eléctrica. Allá, al final de la calle, ladró un perro, al que otros corearon; se oyó la irritada voz de un alemán y un tiro de pistola; el desesperado aullido de un perro y de nuevo el ladrido alarmado, furioso, unánime. Los canes, fieles a su hogar, impedían a los alemanes merodear durante la noche por las viviendas destruidas. Chéjov se incorporó para ver mejor: en la sombra de la calle se movían figuras oscuras y rápidas, los alemanes sacaban de una casa talegos y almohadas. Disparar era una opción poco recomendable, el fogonazo del disparo le hubiera descubierto en el acto. «Diantres, ¿a qué esperan los nuestros?», pensó con angustia Chéjov, y apenas este pensamiento había surgido en su cerebro cuando se oyó el apresurado y férreo parloteo de una ametralladora soviética. Chéjov se levantó y, con cuidado, tratando de que no crujieran los pedazos de cristal que brillaban a la luz de la luna, empezó a descender por la escalera. En los sótanos del edificio estaba alojada una sección de infantería. El sargento dormía en una cama niquelada, los soldados estaban tendidos sobre mantas y edredones medio quemados. Echaron té a Chéjov en un bote de lata. La tetera acababa de hervir y los bordes del bote le quemaban los labios. Chéjov no tenía hambre y rechazó el plato de mijo hervido que le ofrecían,

se sentó sobre un montón de ladrillos y se puso a escuchar a un combatiente de Stalingrado que, en un oscuro rincón del sótano, recordaba cómo era la vida de antes: qué cines había, qué películas proyectaban, la piscina, la playa, el teatro, el elefante del parque zoológico muerto durante un bombardeo, los bailes, las magníficas muchachas. Y Chéjov, mientras le escuchaba, veía ante sí el cuadro del Stalingrado muerto, iluminado por la luna llena. Ya en su más tierna infancia él había conocido las penalidades de la vida. «Mi padre escandalizaba a menudo, yo era incapaz de leer y estudiar las lecciones tranquilo, no tenía un rincón para mí», me contaba amargamente. Pero aquella noche comprendió por vez primera, y en toda su profundidad, la terrible fuerza del mal que los alemanes habían causado a nuestro país, comprendió que las pequeñas amarguras y contratiempos personales no eran nada en comparación con la formidable desgracia de todo un pueblo. Y su corazón, joven y bueno, ardía, le abrasaba.

Los muelles del somier crujieron. Era el sargento, que se había despertado y le preguntaba:

–¿Qué cuentas, Chéjov? Para empezar, ¿a cuántos alemanes has matado hoy?

Chéjov seguía ensimismado. De pronto dijo a los soldados que acababan de llegar de su turno de guardia y que se disponían a tocar el gramófono:

–Muchachos, por favor, no toquéis hoy el gramófono.

Por la mañana se había levantado antes del amanecer. Sin comer ni beber nada, llenó la cantimplora de agua, se metió en los bolsillos unas cuantas galletas y se dirigió a su puesto. Se tendió sobre las frías baldosas del descansillo de la escalera y se puso a esperar. Amanecía, alrededor todo se iluminaba, y tan grande era la fuerza vital del sol naciente que parecía como si hasta la infeliz ciudad esbozara una suave y triste sonrisa. Sólo bajo el saliente de la pared donde estaba echado Chéjov se extendía una sombra gris y fría. Por la esquina de una casa apareció un alemán llevando un cubo esmaltado. Luego Chéjov averiguó que a esta hora los soldados alemanes iban siempre cargados con cubos como aquél con agua para la higiene de los oficiales. Chéjov preparó el alza, enfiló al soldado en la cruz del visor,

apuntó cuatro centímetros por encima de la nariz del alemán y disparó. Por debajo del gorro brotó una especie de nubecilla oscura, la cabeza cayó hacia atrás, el cubo se le escapó de las manos y el soldado se desplomó. Chéjov temblaba. Al cabo de un minuto apareció por la misma esquina otro alemán; en las manos llevaba unos prismáticos. Chéjov apretó el gatillo. Después apareció otro, que quiso acercarse al del cubo, pero que no pudo llegar hasta él. «Tres», dijo Chéjov y se tranquilizó.

En el transcurso de ese día los ojos de Chéjov vieron muchas cosas. Precisó el camino que los alemanes tomaban para dirigirse al Estado Mayor, situado tras la casa de enfrente, en la esquina; hasta allí corrían los soldados con un papel blanco en la mano: el parte. Precisó el camino por el cual llevaban las municiones, la casa de enfrente, donde estaban los tiradores de automático y las ametralladoras. Precisó el camino que tomaban para llevar la comida y el agua para beber y lavarse. Los alemanes comían en frío. Chéjov sabía el menú del desayuno y de la comida: pan y conservas. A la hora de comer los alemanes abrieron un intenso fuego de mortero que se prolongó durante unos treinta o cuarenta minutos y después gritaron a coro: «¡Ruso, es hora de comer!». Esta proposición de tregua enfureció a Chéjov. A él, muchacho jovial y alegre, le resultaba intolerable que los alemanes hicieran broma en una ciudad trágicamente destruida, infeliz y muerta. Esto era un ultraje para su alma pura, y cuando llegaba la hora de comer se mostraba implacable. Bien pronto aprendió a distinguir los soldados de los oficiales. Estos últimos llevaban pelliza y gorra, no usaban correaje e iban calzados con borceguíes. A los soldados los distinguía por las botas altas, el cinto y el gorro. No quería que los alemanes anduvieran por la ciudad erguidos, que bebieran agua fresca, que almorzasen, que comiesen. El joven Chéjov, amante de los libros y de la geografía, soñador de lejanos viajes, hijo cariñoso y hermano tierno, se convirtió en un hombre temible: en un exterminador de invasores.

Hacia el final de la primera jornada, Chéjov vio a un oficial que marchaba con paso decidido. De todas las casas salían precipitadamente soldados con fusiles automáticos para cuadrarse ante él. Y de nuevo Chéjov preparó el alza, le enfocó en la cruz del visor y el oficial echó la cabeza

hacia atrás y se desplomó sobre un costado, con los zapatos hacia donde estaba Chéjov.

Chéjov observó que le era más fácil tirar sobre un hombre en movimiento que quieto: el tiro impactaba directa y exactamente en la cabeza.

Hizo un descubrimiento que le permitía ser poco menos que invisible para el enemigo. Como al francotirador se le descubre comúnmente por el fogonazo del disparo, Chéjov disparaba siempre teniendo por fondo la pared blanca, de manera que la boca del cañón estuviera a catorce o veinte centímetros del borde de la pared. De esta manera, sobre el fondo blanco, el disparo pasaba desapercibido.

Sólo deseaba ya una cosa: que los alemanes no anduvieran por Stalingrado con el cuerpo erguido, ansiaba hacerles morder el polvo, clavarlos en tierra. Y lo consiguió: hacia el fin del primer día los alemanes ya no caminaban, sino que corrían; al final del segundo día se arrastraban por tierra. Por las mañanas, el soldado ya no iba a llevar agua al oficial. El camino por el que los alemanes iban por agua de beber estaba desierto: ya no bebían agua fresca y se conformaban con el agua insalubre de los depósitos. Al atardecer del segundo día, Chéjov exclamó al apretar el gatillo: «Diecisiete». Aquella noche los tiradores de automático alemanes se quedaron sin cena. Chéjov bajó a los sótanos. Los muchachos tocaron el gramófono, escuchando, mientras cenaban, «El pañuelito azul». Después cantaron a coro la canción: «Se extiende el mar bravío». Los alemanes abrieron un fuego desaforado: disparaban los morteros, los cañones, las ametralladoras. Con especial tenacidad tableteaban los estruendosos automáticos de los tiradores hambrientos. Ya no gritaban: «¡Ruso, es hora de comer!»...

Durante aquella noche se oyeron los golpes de picos y palas, señal inequívoca de que los alemanes estaban cavando una zanja de comunicación en la tierra helada. Al tercer día por la mañana, Chéjov descubrió varios cambios notables: los alemanes habían construido dos trincheras a lo largo de la cinta asfaltada de la calle. Habían renunciado al agua fresca, pero pretendían proveerse de munición por aquellas trincheras.

«¿Qué os parece, habéis visto cómo os he clavado en la tierra?», pensó Chéjov. De pronto se dio cuenta de que había una tronera en el muro de la casa de enfrente que no estaba el día antes. Chéjov comprendió al instante: «Un francotirador alemán». «Observa», murmuró al oído del sargento, que había venido a ver cómo operaba, y apretó el gatillo. Se oyó un grito, seguido de un taconeo de botas: los tiradores de automático se llevaban al francotirador que no había tenido tiempo de efectuar un solo disparo contra Chéjov. Éste se ocupó entonces de las trincheras, en concreto de una de ellas, por donde los alemanes se acercaban a rastras hacia el asfalto, cruzaban corriendo la calle y saltaban a la otra. Chéjov empezó a disparar sobre ellos en el momento en que hacían su aparición sobre el asfaltado. El primer alemán se escondió de nuevo en la trinchera:

–Bien, ya te he clavado en la tierra –dijo Chéjov.

Al octavo día Chéjov tenía bajo su control todos los caminos que conducían a las casas de los alemanes. Tuvo que cambiar de emplazamiento, pues los alemanes habían desestimado aquel paso y dejado de disparar. Echado en el descansillo de otra escalera, aquel muchacho al que le «daba lástima disparar contra todo ser viviente» con un tiragomas y que se había convertido en un hombre temible, en un vengador, por la férrea y sagrada lógica de la Guerra Patria, contemplaba con sus jóvenes ojos el Stalingrado ultrajado por los alemanes.

Frente de Stalingrado,
16 de noviembre de 1942

El eje de la fuerza principal

Los regimientos siberianos de la división al mando del coronel Gúrtiev ocuparon de noche sus posiciones de defensa. El aspecto de una fábrica es siempre imponente y austera, pero ¿sería posible encontrar en el mundo un escenario de mayor severidad que el que hallaron los integrantes de la

división aquella madrugada de octubre de 1942? Las moles oscuras de las naves, raíles oxidados aquí y allá, que brillaban de humedad, un amontonamiento de vagones de mercancías destrozados, montañas de cañones de acero diseminados sin orden ni concierto por el patio, vasto como una plaza, de la fábrica, colinas de escoria rojiza, de carbón, las enormes chimeneas de la fábrica, perforadas por los obuses alemanes. En el pavimento asfaltado negreaban los embudos abiertos por las bombas de aviación, había cascotes de metralla que la onda expansiva había diseminado como si fueran finos trozos de tela.

La división debía situarse delante de esta fábrica y defender la posición a toda costa. A la espalda estaba el frío y oscuro Volga. Durante la noche los zapadores levantaron el asfalto y en la capa rocosa cavaron unas trincheras con los picos, abrieron troneras en los gruesos muros de los talleres, levantaron refugios en los sótanos del edificio destruido. Los regimientos de Markélov y Mijaliov defendían la fábrica. Se instaló uno de los puestos de mando en una tubería de cemento armado que pasaba por debajo de la nave principal. El regimiento de Sergueienko protegía la zona de una profunda barrancada que se extendía a través del barrio de la fábrica hacia el Volga. Sí, a su espalda fluía el Volga, helado y oscuro; a su espalda estaba el destino de Rusia. La división debía permanecer allí, luchando a vida o muerte. La pasada guerra mundial costó a Rusia grandes sacrificios y mares de sangre, pero entonces las fuerzas tenebrosas del enemigo estaban divididas entre el frente occidental y el oriental. En la guerra actual, Rusia ha recibido sobre sí todo el peso del golpe de la invasión alemana. En 1941, los ejércitos alemanes avanzaron en un frente de mar a mar. Ahora, en 1942, los alemanes han concentrado toda su fuerza en la dirección sureste.

Todo aquello que en la guerra de 1914-1918 estuvo distribuido en dos frentes, todo lo que el año pasado había presionado únicamente sobre Rusia en un frente de tres mil kilómetros, fue concentrado el verano y el otoño de este año, igual que una maza, contra Stalingrado y el Cáucaso. Y por si fuera poco, aquí, en Stalingrado, los alemanes incrementaron más si cabe su fuerza ofensiva. Acentuaron sus esfuerzos en el centro y en el sur de la ciudad, concentraron toda la potencia de fuego de sus innumerables baterías

de morteros, de sus miles de cañones, de sus unidades aéreas en la parte septentrional de la ciudad, contra la fábrica Barricada, que se eleva en el centro de la zona industrial. Los alemanes esperaban que el organismo humano no sería capaz de soportar una presión de esta magnitud, creían que no habría en el mundo corazones ni nervios capaces de aguantar sin desmoronarse este salvaje infierno de fuego, de metal chirriante, de tierra conmocionada, de frenesí enloquecido. Aquí se reunió todo el arsenal diabólico del militarismo alemán: tanques superpesados y carros lanzallamas, morteros de seis cañones, bandadas de bombarderos en picado provistos de ululantes sirenas, bombas expansivas y de metralla. Aquí, los soldados provistos de automáticos recibieron balas explosivas, los morteristas y los artilleros fueron aprovisionados de proyectiles de termita. Aquí se concentró artillería alemana de todos los calibres, desde las piezas antitanque semiautomáticas de pequeño calibre hasta los cañones pesados de largo alcance. Aquí se arrojaron minas semejantes a inofensivas pelotas verdes y rojas y los torpedos aéreos abrieron simas de la profundidad de una casa de dos pisos. Aquí, la noche se hizo día, todo estaba iluminado por los incendios y las bengalas; aquí, el día se ensombrecía a causa de la humareda de los edificios en llamas y de las cortinas de humo tras las cuales se escondían los alemanes. Aquí, el estruendo era tan compacto como la tierra, y los breves minutos de silencio eran más siniestros y más espantosos que el estruendo de la batalla. Si el mundo inclina la cabeza ante el heroísmo del ejército ruso, si en el propio ejército ruso se habla con emoción de los defensores de Stalingrado, aquí, en el mismo Stalingrado, los combatientes de Shumílov exclaman con respeto:

–¡Pero si esto no tiene ningún mérito! ¡Los hombres de la fábrica sí que resisten! Espanta y asombra al mismo tiempo: día y noche penden sobre ellos nubarrones de fuego y humo, bombarderos en picado alemanes, pero Chuikov se mantiene firme.

Para un militar estas palabras crueles y atroces suenan gravemente: «Eje de la fuerza principal». No hay expresión más terrible en la guerra, y, naturalmente, no por azar la división siberiana del coronel Gúrtiev se ocupó de la defensa de la fábrica en una oscura mañana de otoño. Los siberianos

son hombres de gran fortaleza, austeros, acostumbrados al frío y a las privaciones, silenciosos, amantes del orden y la disciplina, bruscos en sus palabras. Los siberianos son hombres resistentes y seguros como las rocas. En un imponente silencio picaban la tierra pedregosa, abrían troneras en los muros de los talleres, construían parapetos, trincheras, pasos de comunicación. Preparaban una defensa a vida o muerte.

El coronel Gúrtiev, un hombre enjuto de cincuenta años, dejó en 1914 el segundo curso del Instituto Politécnico de Petersburgo para alistarse como voluntario a la guerra ruso-alemana. Entonces era artillero, combatió contra los alemanes en Varsovia, en Baránovichi, en Chartorisk.

El coronel había consagrado veintiocho años de su vida a la ciencia militar, había combatido e instruido a cuadros de mando. Dos hijos suyos, tenientes, marcharon a la guerra. La mujer y una hija estudiante quedaron en el lejano Omsk. Y, en ese día solemne y lleno de peligros, el coronel evocó a los hijos tenientes, a la hija, a la mujer, a las decenas de jóvenes mandos instruidos por él, y evocó también toda su larga y modesta vida espartana, con el trabajo como único fin. Sí; había llegado la hora en que todos los principios de la ciencia militar, de la moral, del deber, que enseñó con rígida perseverancia a sus hijos, a sus alumnos, a sus compañeros de armas, debían ser puestos a prueba, y el coronel contemplaba con emoción el rostro de los soldados siberianos, de los hombres de Omsk, de Novosibirsk, de Krasnoiarsk, de Barnaul, camaradas que el destino había escogido para rechazar junto a él los ataques del enemigo. Los siberianos se acercaron, magníficamente preparados, hacia la gran línea de defensa. La división se había educado en una gran escuela antes de llegar al frente. El coronel Gúrtiev entrenó a sus hombres con amor e inteligencia, severa e implacablemente. Sabía que, por muy dura que fuese la instrucción militar, los asaltos nocturnos de entrenamiento, o soportar el paso de los tanques estando en las trincheras y las largas marchas, la guerra en sí era mucho más dura y rigurosa. Tenía fe en la firmeza y en la fuerza de los regimientos siberianos. Lo había comprobado en el largo trayecto, salpicado únicamente por un incidente extraordinario: a un soldado se le cayó el fusil desde el tren en marcha; saltó, recogió el arma y corrió tres kilómetros hasta la estación

para alcanzar el convoy que se dirigía al frente. En las estepas de Stalingrado tuvo ocasión de comprobar la firmeza de los regimientos el día en que, por primera vez, hombres no fogueados rechazaron con firmeza el súbito ataque de treinta tanques alemanes. Comprobó la resistencia de los siberianos durante la última etapa de la marcha hacia Stalingrado, cuando los hombres tuvieron que recorrer doscientos kilómetros en dos días. Y, pese a todo, el coronel seguía contemplando con emoción el rostro de los combatientes que ocupaban la línea principal, en el eje de la fuerza principal.

Gúrtiev confiaba en los mandos de su división. El joven coronel Tarásov, comandante del Estado Mayor, un hombre que desconocía la fatiga, era capaz de estar día y noche en un refugio sacudido por continuas explosiones, planeando, inclinado sobre los mapas, alguna incursión compleja. Su recto e implacable criterio, su hábito de mirar cara a cara a la vida, de buscar la verdad militar por amarga que ésta fuese, residía en su fe de hierro. Porque en este hombre delgado y porte juvenil, de baja estatura, con cara, hablar y manos de campesino, habitaba una fuerza indomable de espíritu y de pensamiento. Svirin, el adjunto al comandante de la división en cuestiones políticas, poseía una voluntad firme, un pensamiento agudo y una modestia ascética; sabía permanecer tranquilo, sereno y distendido allí donde el hombre más alegre y de carácter templado se olvidaba de sonreír. Los comandantes de los regimientos, Markélov, Mijaliov y Shámov, eran el orgullo del coronel. Confiaba en ellos como en sí mismo. Todos en la división hablaban con cariño y entusiasmo de la serenidad de Shámov, de la voluntad indesmayable de Markélov, de las magníficas cualidades espirituales de Mijaliov, muy querido por el regimiento, siempre preocupándose paternalmente de sus subordinados, un hombre afable y simpático que ignoraba lo que era el miedo. Y, a pesar de todo, Gúrtiev miraba, conmovido, el rostro de sus oficiales, porque sabía cuál era el auténtico significado de ser el eje de la fuerza principal, mantener la gran línea de la defensa de Stalingrado. «¿Aguantarán, se mantendrán?», pensaba el coronel.

La división apenas había tenido tiempo de atrincherarse en la tierra pedregosa de Stalingrado, apenas se había retirado el mando de la división a una profunda galería excavada en los arenales de la orilla del Volga, apenas habían tenido tiempo de tender los hilos telefónicos, apenas empezaban a repiquetear los radiotelefonistas que comunicaban los puestos de mando con la artillería emplazada más allá del Volga, apenas se habían disipado las tinieblas de la noche, cuando los alemanes abrieron fuego. Los Junkers-87 estuvieron ocho horas consecutivas picando sobre el dispositivo de la división, ocho horas sin un solo minuto de interrupción estuvieron llegando, ola tras ola, los aviones alemanes, ocho horas estuvieron ululando las sirenas y silbando las bombas, ocho horas se estuvo estremeciendo la tierra, ocho horas estuvieron saltando en pedazos los restos de los edificios de ladrillo, ocho horas permanecieron en el aire las nubes de humo y polvo, aullaron mortíferamente los cascos de metralla. Quien haya escuchado el gemir del aire abrasado por una bomba de aviación, quien haya sufrido la tensión de un asalto impetuoso de diez minutos de la aviación alemana, comprenderá lo que son ocho horas de ataque intenso de los bombarderos en picado.

Durante ocho horas los siberianos dispararon con todas las armas a su alcance contra los aviones alemanes, y, probablemente, a los alemanes debía de embargarles un sentimiento parecido al de la desesperación, cuando en esta tierra ardiente de la fábrica, envuelta en polvo negro y en humo, seguían crepitando porfiadamente las salvas de los fusiles y las ráfagas de las ametralladoras, los disparos breves de los fusiles antitanque, el rítmico e iracundo fuego de los antiaéreos. Parecía que todo ser viviente debía de haber sido abatido, aniquilado, pero la división siberiana, incrustada en la tierra, no se doblegaba, no se abatía, sino que seguía, tenaz e inmortal, manteniendo el fuego. Los alemanes pusieron en acción la artillería y los morteros pesados. El silbar angustioso de las granadas y el rugir de los proyectiles se unían al aullido de las sirenas, a las explosiones de las bombas de aviación. Así continuó hasta la noche. En un penoso y severo silencio los soldados rojos enterraron a sus camaradas caídos. Esto fue el primer día, el día de inauguración del nuevo alojamiento. Los

morteros y los cañones alemanes no callaron en toda la noche, y muy pocos fueron los hombres de la división que lograron conciliar el sueño.

Aquella noche el coronel Gúrtiev se encontró en el puesto de mando con dos viejos amigos, a quienes no había visto desde hacía más de veinte años. Hombres que se habían separado jóvenes y solteros se encontraban con el pelo cano y el rostro lleno de arrugas. Dos de ellos comandaban divisiones; el tercero, una brigada de tanques. Se abrazaron y aquellos que los rodeaban –los jefes de sus Estados Mayores, sus ayudantes, los mayores de la sección de operaciones– vieron lágrimas en los ojos de estos hombres canosos. «¡El destino nos ha reunido!», decían. Y, en efecto, había algo conmovedor y majestuoso en el encuentro de estos amigos de la juventud en aquella trágica hora, entre la nave de la fábrica en llamas y los escombros de Stalingrado.

Estaba claro que habían seguido el camino justo, ya que el reencuentro se había producido en el cumplimiento de un alto y difícil deber.

La artillería alemana tronó toda la noche. Apenas había salido el sol sobre la tierra removida por el hierro alemán, cuando aparecieron cuarenta aviones que efectuaron bombardeo en picado, y de nuevo comenzaron a zumbar las sirenas, de nuevo una oscura nube de polvo y de humo se levantó sobre la fábrica, ocultó la tierra, los talleres, los vagones destrozados, incluso las altas chimeneas se hundieron en la negra neblina. Aquella mañana el regimiento de Markélov no permaneció bajo tierra. Adelantándose al presumible ataque decisivo de los alemanes, salió de sus escondrijos, de sus refugios, de sus trincheras, abandonó sus madrigueras de cemento y de piedra y pasó a la ofensiva. Los batallones avanzaban a través de las montañas de escorias, a través de las casas en escombros, rozando el edificio de granito de las oficinas de la fábrica, a través de las vías férreas, a través de los jardincillos del arrabal urbano. Pasaron al lado de miles de horribles fosas abiertas por las bombas y sobre sus cabezas se cernía todo el infierno de las fuerzas aéreas alemanas. Un viento férreo les fustigaba la cara, pero ellos seguían avanzando, y, seguramente, una suerte de miedo supersticioso se apoderó del enemigo: ¿eran hombres los que iban al ataque, eran mortales?

Sí, lo eran. El regimiento de Markélov avanzó un kilómetro, ocupó nuevas posiciones y se fortificó en ellas. ¡Sólo aquí sabe la gente qué representa un kilómetro! ¡Un kilómetro son mil metros, un kilómetro son cien mil centímetros! Por la noche los alemanes atacaron al regimiento con fuerzas muchas veces superiores. Avanzaban batallones de infantería alemana y tanques pesados, las ametralladoras cubrían de plomo las posiciones del regimiento. Soldados borrachos, provistos de automáticos, se arrastraban con tenacidad lunática. Sobre cómo luchó el regimiento de Markélov hablan los cadáveres de los combatientes, los amigos que oyeron cómo durante la noche y el día siguiente y de nuevo por la noche tabletearon las ametralladoras rusas, los hombres que oyeron cómo estallaban las granadas rusas. Sobre este combate hablan también los tanques alemanes destruidos e incendiados, los cementerios llenos de interminables hileras de cruces con cascos alemanes formados por secciones, por compañías, por batallones.

Sí, los siberianos eran simples mortales y pocos de ellos sobrevivieron, ¡pero cumplieron con su deber!

Al tercer día, los aviones alemanes se cernieron sobre la división no ya ocho horas, sino doce. Siguieron en el aire después de haberse puesto el sol, y, desde la alta oscuridad del cielo nocturno, surgía la voz ululante de las sirenas de los Junkers; como martillazos pesados y frecuentes, golpeaban las bombas sobre la tierra envuelta en humeantes llamas rojas. Cañones y morteros dispararon desde el alba hasta el crepúsculo contra la división. En la zona de Stalingrado, los alemanes operaban con cien regimientos de artillería. A veces, organizaban ataques repentinos de fuego, por las noches ejecutaban un metódico fuego agotador y, simultáneamente, actuaban las baterías de morteros. Éste era el eje de la fuerza principal.

De pronto, varias veces al día los cañones y los morteros alemanes callaban; de súbito la fuerza opresiva de los aviones de bombardeo en picado desaparecía. Se hacía un extraño silencio. Entonces los observadores gritaban: «¡Atención!», y en las avanzadillas se empuñaban las botellas de líquido inflamable. Los fusileros antitanquistas abrían los sacos de lona de los cartuchos, los soldados limpiaban con la palma de la mano sus

automáticos, los lanzadores de granadas se acercaban las cajas de las bombas de mano. Este breve lapso de silencio no suponía ningún descanso. Precedía al ataque.

Enseguida se oía el chirrido de centenares de orugas, el sordo roncar de los motores anunciaba el avance de la columna de tanques, y el teniente gritaba:

–¡Atención, camaradas! ¡Por la izquierda se infiltran unos automáticos!

A veces, los alemanes llegaban a treinta o cuarenta metros de su posición, lo que permitía a los siberianos ver sus caras sucias, sus capotes hechos jirones, les oían proferir amenazas y burlas en un deficiente ruso, y después, tan pronto como los alemanes se replegaban, de nuevo caían sobre la división con furia renovada los bombarderos en picado y la oleada del fuego de la artillería y los morteros. Nuestra artillería prestó un gran servicio en el rechazo de los ataques alemanes. El comandante de uno de los regimientos de artillería, Futenfírov, los jefes de las agrupaciones artilleras y de las baterías se encontraban en las posiciones avanzadas con los batallones, con las compañías de la división. Se comunicaban con las posiciones de fuego por medio de radiotransmisores; decenas de poderosos cañones de largo alcance vivían en la orilla izquierda con el mismo aliento, con la misma inquietud, con las mismas alegrías y las mismas penas que los soldados de a pie. La artillería actuó notablemente: cubría con una barrera de acero las posiciones de la infantería, arrugaba como si fuesen de cartón los blindados superpesados contra los que nada podían hacer los antitanques. Segaba, igual que una espada, a los automáticos que se protegían tras el blindaje de los tanques. Ora se desplomaba en la plaza, ora en los puntos de concentración secretos. Volaba los polvorines y hacía saltar por los aires las baterías de morteros. Jamás, en toda la guerra, la infantería había sentido tal amistad, tal poderosa ayuda de la artillería como en Stalingrado.

En el transcurso de un mes, los alemanes realizaron ciento diecisiete ataques contra los regimientos de la división siberiana. Hubo un día terrible en el que la infantería y los tanques alemanes lanzaron veintitrés ataques. Y los veintitrés fueron rechazados. Durante todo el mes, a excepción de tres

días, la aviación alemana estuvo sobrevolando de diez a doce horas diarias sobre la división. En total, en todo el mes, trescientas veinte horas. La sección de operaciones calculó la cifra astronómica de bombas que los alemanes arrojaron sobre la división: cifras con cuatro ceros. De índole similar son las cifras que determinan el número de incursiones aéreas alemanas. Y todo concentrado en un frente de kilómetro y medio a dos kilómetros de longitud. Con este estruendo se hubiera podido ensordecer a toda la humanidad, con este metal y este fuego se habría podido incendiar y destruir un Estado. Los alemanes creían que de este modo conseguirían quebrar la fuerza moral de los regimientos de Siberia, pensaban que habían sobrepasado los límites de resistencia del corazón y los nervios humanos. Pero, hecho asombroso, los hombres no sólo no se doblegaron, no sólo no enloquecieron, no sólo no perdieron el dominio de su corazón y de sus nervios, sino que incluso se hicieron más fuertes, más serenos. La gente callada y recia de Siberia adoptó una actutud más severa, más callada, las mejillas de los soldados rojos se hundieron, los ojos miraban sombríos. Aquí, en el eje de la fuerza principal de las tropas alemanas, durante las breves pausas de tregua no se oían canciones, ni música de acordeón, ni palabras alegres y ligeras. Bien al contrario, los hombres mantenían una tensión sobrehumana. Hubo períodos en que no durmieron durante tres y hasta cuatro días seguidos, y el comandante de la división, el canoso coronel Gúrtiev, hablando con sus soldados, escuchó con dolor lacerante las palabras de un combatiente que le decía en voz baja:

–Tenemos de todo, camarada coronel: novecientos gramos de pan por día, nos traen sin falta comida caliente en termos dos veces al día..., pero no tenemos apetito.

Gúrtiev estimaba y quería a sus hombres, y sabía que cuando el soldado «no tiene apetito» es que, verdaderamente, se encuentra en una situación límite. Pero ahora Gúrtiev estaba tranquilo. Comprendía que no existiría fuerza capaz en el mundo de mover de su posición a los regimientos siberianos. Los combates fueron enriquecedores en cuanto aportaron una experiencia grande y terrible a soldados y jefes. La defensa se perfeccionó, se hizo más eficaz. Ante las naves de la fábrica surgió un laberinto de

construcciones de cemento: parapetos, trincheras de comunicación, pozos de tirador. Las construcciones defensivas fueron llevadas hasta muy lejos delante de las naves. Los hombres aprendieron pronto a maniobrar bajo tierra, a concentrarse, a desplegarse, a pasar de los talleres a las trincheras de comunicación o en sentido contrario, variando su posición dependiendo de dónde descargara sus golpes la aviación enemiga y según dónde atacaran los tanques y la infantería alemana. Se construyeron «bigotes» bajo tierra, «tentáculos» a través de los cuales los cazadores de tanques se acercaban furtivamente a los blindados alemanes que se detenían a cien metros de los talleres. Los zapadores minaron todos los caminos que conducían a la fábrica; tuvieron que llevar las minas de dos en dos, debajo del brazo, como si fueran panes. El camino desde la orilla a la fábrica tendría de seis a ocho kilómetros y estaba por completo bajo fuego alemán. Colocaban las minas en la más profunda oscuridad, durante la madrugada, antes del amanecer, a veces a una distancia de treinta metros de las posiciones fascistas. Así se pusieron cerca de dos mil minas bajo las vigas de las pequeñas casas destruidas por el bombardeo, bajo las montañas de cascotes, en los embudos abiertos por proyectiles y granadas. Los hombres aprendieron a defender edificios grandes, haciendo un fuego nutrido desde el primer piso hasta el quinto, establecieron puestos de observación ante las mismas narices del enemigo, disimulándolos con extraordinario arte, aprovechando para la defensa los hoyos abiertos por las bombas y el complejo sistema de tuberías subterráneas de la fábrica para la conducción de gas, aceite y agua. Cada día que pasaba se iba perfeccionando el enlace entre la infantería y la artillería, y a veces parecía que el Volga ya no separaba los cañones del regimiento, sino que los cañones veían y en un abrir y cerrar de ojos reaccionaban ante el menor movimiento del enemigo, que se encontraban al lado de las secciones o de los puestos de mando.

Con la experiencia, creció también el temple de los hombres. La división se convirtió en un auténtico cuerpo único, maravillosamente organizado. Los propios hombres de la división no percibían, no podían comprender o apreciar los cambios psicológicos que se habían efectuado en ellos durante el mes de permanencia en el infierno, en las avanzadillas de la

gran línea del frente de Stalingrado. Ellos no advertían ningún cambio destacable: en los escasos minutos libres se lavaban en los baños subterráneos, les traían la comida caliente en termos, y Makarévich y Karnaújov, con las largas barbas de dos pacíficos carteros rurales, les traían a las avanzadillas, bajo las balas, en sus bolsas de cuero, periódicos y cartas de las lejanas aldeas de Omsk, de Tiumén, de Tobolsk, de Krasnoiarsk. Seguían acordándose de su trabajo en la carpintería, en la fragua, en el campo. A los morteros alemanes de seis cañones los llamaban en broma «tontainas» y a los bombarderos en picado provistos de sirena, los «chillones» y los «músicos». Y cuando oían las amenazas que les proferían a voz en grito los soldados alemanes desde las ruinas del edificio vecino, «¡Eh, rus, bul-bul, entrégate!», se reían y se decían unos a otros: «¿Por qué será que los alemanes siempre beben agua pútrida, acaso no les gusta el agua del Volga?». A ellos les parecía que seguían siendo los mismos, pero los que venían de la orilla baja miraban con asombro respetuoso a aquellos hombres que no conocían el miedo, para quienes las palabras «vida» y «muerte» ya no tenían ningún sentido. Solamente ojos foráneos podían apreciar en su justa medida la férrea fortaleza de los siberianos, su indiferencia ante la muerte, la serena voluntad de unos hombres que debían soportar hasta el fin el duro destino de ocupar una línea de defensa donde había que resistir hasta la muerte.

El heroísmo se hizo hábito, se convirtió en el estilo de la división y de su gente, el heroísmo pasó a ser cotidiano, una costumbre de cada día. Heroísmo en todo y en todos. El heroísmo estaba en el trabajo de los cocineros que mondaban patatas bajo el fuego de los proyectiles de termita. Había un noble heroísmo en la labor de las sanitarias –Tonia Egórova, Zoia Kalgánova, Viera Kaliadá, Nadia Kasterián, Liolia Nóvikova y muchas otras amigas suyas–, todas ellas estudiantes de Tobolsk, que vendaban a los heridos y les llevaban agua en el fragor del combate. Sí, visto desde fuera, el heroísmo habitaba en cada gesto ordinario de los hombres de la división. Estaba en la calma con que el jefe de la sección de transmisiones, Jamitski, se sentaba tranquilamente en un alto delante del fortín a leer novelas, mientras una decena de aviones de bombardeo en picado embestían,

mugiendo, la tierra; estaba en el cuidado con que el oficial de enlace Batrakov se limpiaba las gafas y, después de guardar los partes en la cartera, emprendía los doce kilómetros de ruta a través del «barranco de la muerte» con la misma serenidad con que daría su paseo habitual de los domingos; estaba en la sonrisa que se dibujaba en el rostro del tirador de automático Kólasov, enterrado hasta el cuello entre los escombros de un fortín derruido por una explosión, cuando se dirigió al comisario Svirin; estaba en la sencillez con que la mecanógrafa del Estado Mayor, Klava Kopilova, una siberiana gordezuela de mejillas rojas, comenzó a copiar a máquina la orden del día en un blindaje antes de que una bomba la sepultara. Al ser salvada, fue inmediatamente a un fortín para seguir escribiendo hasta que una nueva explosión la volvió a enterrar entre los escombros. Pese a todo, concluyó su tarea de copiar la orden en un tercer blindaje, presentándola, por fin, al comandante de la división para su firma.

He aquí la gente que se encontraba en el eje de la fuerza principal.

Nadie mejor que los alemanes conoce su indoblegable tenacidad. Por la noche llevaron un prisionero al blindaje de Svirin. Sus manos y su rostro, cubiertos de unas cerdas canosas, estaban completamente negras de mugre, y una bufanda de lana hecha un guiñapo le envolvía el cuello. Aquél era un alemán de las unidades de élite del ejército que servían de ariete para romper el frente. Era un miembro del partido nazi que había tomado parte en todas las campañas. Después del interrogatorio de rigor, le tradujeron la pregunta de Svirin:

–¿Cómo califican los alemanes la resistencia en el distrito de la fábrica?

El prisionero estaba de pie con la espalda apoyada en la pared de piedra del blindaje

–¡Oh! –dijo, y de pronto estalló en sollozos.

¡Sí, en el eje de la fuerza principal había verdaderos hombres, cuyos nervios y corazón se mantuvieron firmes!

Tras veinte días de asedio los alemanes lanzaron el asalto definitivo a la fábrica. El mundo jamás había conocido hasta entonces una preparación tan exhaustiva de una ofensiva. La aviación, los morteros pesados y la artillería estuvieron atacando ochenta horas seguidas. Durante tres días y tres noches

todo se convirtió en un caos de humo, de fuego y de estruendo. El silbido de las bombas, el agudo alarido de las minas de los «tontainas» de seis bocas, el aullido de los proyectiles pesados, el prolongado grito de la sirena podían ensordecer a los hombres, pero solamente precedían al tronar de las detonaciones. La súbita llamarada de las explosiones resplandecía en el aire, el aullido del metal desgarrado se extendía por el espacio. Y esto se prolongó durante ochenta horas. A las cinco de la mañana, en cuanto cesaron las operaciones de la artillería, empezó el ataque de los tanques pesados y medios, las hordas borrachas armadas de automáticos, los regimientos de infantería. Los alemanes consiguieron abrirse paso hasta la fábrica, sus blindados jadearon junto a los muros de los talleres, fragmentaron nuestra defensa, aislaron las posiciones avanzadas de los puestos de mando de la división y de los regimientos. Parecía que, privada de dirección, la división perdería su capacidad de resistencia, que los puestos de mando, bajo el golpe directo del enemigo, serían aniquilados. Pero ocurrió algo sorprendente: cada trinchera, cada parapeto, cada pozo de tirador, las ruinas fortificadas de las casas, se convirtieron en fortalezas con su propia dirección, con sus propios enlaces. Los sargentos y los soldados de filas pasaron a ser jefes que rechazaban con habilidad e inteligencia los ataques. Y en esta hora angustiosa y difícil, los comandantes y el personal del Estado Mayor transformaron los puestos de mando en fortificaciones y ellos mismos, como soldados de filas, repelieron la ofensiva enemiga. Shámov rechazó diez ataques. El jefe del tanque que defendía el puesto de mando de Shámov, un tipo enorme de pelo rojizo, después de disparar todos sus proyectiles y cartuchos, saltó a tierra y empezó a apedrear a los automáticos alemanes que se aproximaban. El propio comandante del regimiento disparaba un mortero. El comandante de regimiento Mijaliov, el preferido de la división, murió bajo una bomba que cayó en el puesto de mando. «Han matado a nuestro padre», lamentaban los soldados. El mayor Kuchnariov, sustituto de Mijaliov, trasladó su puesto de mando a una conducción de cemento armado que pasaba bajo las naves de la fábrica. Durante varias horas Kuchnariov, su jefe de Estado Mayor Diátlenko y seis jefes más lucharon a la entrada de esa conducción. Disponían de algunas

cajas de granadas y con ellas rechazaron todos los ataques de los alemanes armados con automáticos.

Este combate, extraordinario por su encarnizamiento, se prolongó durante varias jornadas sin interrupción. Ya no se peleaba por casas o por naves aisladas; se luchaba por cada rellano de escalera, por un recodo en algún pasillo estrecho, por un torno, por los espacios entre las máquinas, por los tubos de conducción de gas. Ningún hombre de la división retrocedió en este combate. Y si los alemanes ocupaban alguna posición, era señal inequívoca de que allí ya no quedaban defensores con vida. Todos lucharon como el gigante tanquista de pelo rojizo, cuyo apellido ni el propio Shámov conocía; como el zapador Kosichenko, que arrancaba con los dientes el seguro de las granadas porque tenía roto el brazo izquierdo. Era como si los caídos en la batalla transmitiesen su fuerza a los supervivientes, y hubo momentos en que diez bayonetas bien utilizadas mantuvieron con éxito la defensa que correspondía a un batallón. Las naves de la fábrica pasaron muchas veces de manos siberianas a manos alemanas; pero nuevamente los siberianos las ocupaban. En este combate los alemanes conquistaron varios edificios y talleres de la fábrica. En este combate los alemanes llevaron sus ataques hasta la máxima tensión. Fue su ofensiva más poderosa en el eje de la fuerza principal de defensa. Como si, al levantar este peso excesivo, se hubiese roto algún resorte interno que accionara su ariete demoledor.

La curva de la presión alemana empezó a descender. Tres divisiones alemanas –la 94.º, la 305 y la 389– luchaban contra los siberianos. En el curso de estos ciento diecisiete ataques de la infantería, las fuerzas alemanas perdieron cinco mil vidas. Los siberianos resistieron esta tensión sobrehumana. Ante la fábrica quedaron esparcidas dos mil toneladas de metal de los tanques convertidos en montones de chatarra. Mil toneladas de proyectiles, minas y bombas de aviación cayeron sobre los patios y talleres de la fábrica, pero la división resistió el empuje del enemigo. No se retiró de la zona de muerte, ni una sola vez volvió la vista atrás. Sabía que a su espalda estaba el Volga, el destino de todo el país.

Involuntariamente, uno no puede dejar de pensar en cómo se fraguó esta demostración extrema de tenacidad. Aquí salió a relucir el carácter nacional, la conciencia de la enorme responsabilidad, la recia y sombría tenacidad siberiana, la espléndida preparación militar y política, la rigurosa disciplina. Pero yo aún quisiera añadir otro rasgo que desempeñó un papel relevante en esta grande y trágica epopeya: la sorprendente pureza moral, el firme afecto que une a todos los hombres de la división siberiana. Este espíritu de sencillez espartana es patrimonio de todos los mandos de la división. Este espíritu se manifiesta en las pequeñas cosas de cada día, en la actividad sensata y silenciosa. He visto el amor que une a los hombres de la división en la pena con que hablan de los camaradas caídos. Lo he visto en las palabras que utilizó un soldado del regimiento de Mijaliov para contestar a una pregunta sobre cómo vivían:

–¡Qué puedo decir! Nos hemos quedado sin padre.

Lo he visto en el recibimiento conmovedor del viejo coronel Gúrtiev a la sanitaria Zoia Kalgánova, que regresaba al batallón después de haber sido herida por segunda vez. «¡Hola, mi pequeña!», dijo en voz baja Gúrtiev y, rápidamente, con los brazos tendidos, se dirigió hacia la delgada muchacha de pelo cortado. Únicamente un padre puede recibir así a su entrañable hija. Esta fe y este amor mutuos ayudaron a que, en el terrible combate, los soldados pudieran reemplazar a los jefes caídos, ayudaron a que los jefes y quienes trabajaban en el Estado Mayor empuñaran las ametralladoras, las granadas de mano, las botellas con líquido inflamable a fin de detener a los tanques alemanes que avanzaban imparables hacia el puesto de mando.

Las mujeres y los niños nunca olvidarán a sus maridos y padres, caídos en la gran frontera del Volga. Imposible olvidar a estos hombres magníficos y fieles. Sólo hay una manera de que nuestro Ejército Rojo pueda honrar dignamente la sagrada memoria de todos aquellos que sucumbieron en el eje de la fuerza principal del enemigo: una ofensiva liberadora para la que

no existan obstáculos. Abrigamos el firme convencimiento de que la hora de esa ofensiva está próxima.

Frente de Stalingrado,
20 de noviembre de 1942

Por los caminos de la ofensiva

El hielo flota por el Volga. Los témpanos hacen ruido al rozarse, chocan, se destrozan o se amontonan uno sobre el otro. Este sonido seco, que recuerda el crujido de la arena, se percibe a cierta distancia de la orilla. Casi todo el río está cubierto de hielo. Sólo aquí y allá pueden verse en esta ancha cinta blanca, que flota entre las orillas oscuras que no han sido amortajadas por la nieve, unas manchas de agua. El hielo blanco del Volga arrastra árboles y maderos. Un cuervo grande y sombrío sirve de remate a una colina blindada de hielo. Su plumaje es tan negro que se destaca sobre el fondo del oscuro ajenjo.

Ayer pasó flotando por aquí un marino rojo muerto, vestido con una camiseta a rayas. Lo recogieron los marineros de un barco de carga. Estaba pegado al hielo y lo arrancaron con dificultad. Parecía no querer abandonar el Volga, en el que había combatido y perecido.

Los barcos y barcazas que navegan entre el hielo tienen un aspecto muy extraño. El humo negro que sale de las chimeneas de los barcos es arrastrado por el viento y se extiende sobre el río, se aferra a lo que encuentra en su camino y se desgarra en jirones al chocar contra los témpanos de contorno caprichoso. Las proas obtusas de los barcos machacan pausadamente la cinta blanca, y tras la popa la sombría agua vuelve a cubrirse del hielo procedente de Stalingrado. Jamás han navegado los barcos del Volga en temporada tan tardía. «Es nuestra primera navegación polar», dice el capitán del remolcador.

No es cosa fácil navegar entre el hielo. Las maromas se rompen con frecuencia, los marineros cortan los pesados cables y, balanceándose, saltan de un témpano resbaladizo y vacilante a otro. El capitán, de largos bigotes canosos y tez de color ladrillo, curtida por el viento, grita con voz ronca en la bocina. El barco cruje por la tensión mientras se acerca a la barcaza, presa entre los hielos. No obstante, este paso del río funciona día y noche: las barcazas llevan municiones, tanques, pan y caballos. Y si el paso temible, el paso de fuego que hay allí arriba, cerca de la ciudad, asegura la defensa de Stalingrado, éste de abajo, el paso de hielo, asegura la ofensiva de Stalingrado.

El grueso de las fuerzas alemanas asaltó las casas y las calles, las fábricas y las huertas de Stalingrado durante noventa días. Durante noventa días las divisiones que defendían la ciudad rechazaron el empuje sin precedente de miles de cañones, tanques y aviones alemanes. Los combatientes al mando de Rodímtsev, Górojov, Gúrtiev y Batiuk resistieron centenares de ataques furiosos. Gracias a su voluntad, a su corazón de hierro y a la sangre derramada generosamente, Stalingrado rechazó la avalancha enemiga. El anillo que cercaba nuestra defensa se hacía cada vez más estrecho; cada vez era más difícil el contacto con la orilla cubierta de hierba y más tenaces los asaltos. Agosto fue un mes muy duro en la defensa de Stalingrado. Más aún lo fue septiembre; y octubre presenció la máxima furia del empuje alemán. Parecía que las fuerzas humanas no podrían resistir el fuego desencadenado sobre la ciudad. No obstante, los combatientes rojos lo resistieron. Quizá para ello hicieron falta fuerzas sobrehumanas. El hecho es que en la hora temible nuestro pueblo encontró esas fuerzas. El enemigo no logró cruzar la línea de defensa del Volga.

Ojalá nuestra ofensiva sea digna de la defensa de Stalingrado, ojalá sirva como monumento vivo, temible y llameante a los que cayeron defendiendo el Volga, defendiendo Stalingrado.

Mientras cruzábamos el Volga navegaron a nuestro encuentro unos barcos que llevaban a remolque gabarras con prisioneros rumanos. Éstos vestían unos miserables capotillos verdes llenos de agujeros y unas gorras blancas y altas. Brincaban y se frotaban las manos heladas en un intento de

quitarse el frío. «Por fin han visto el Volga», decían nuestros marineros. Los rumanos miraban taciturnos el agua, el hielo crujiente, y en sus rostros se leían sus pensamientos, tan poco alegres como aquella negra agua invernal.

Todos los caminos que llevan hacia el Volga hormiguean de prisioneros. En la extensa estepa, uniforme y oscura, se les ve desde lejos. Sus gorras blancas se balancean al compás de su movimiento. Van en columnas de doscientos a trescientos hombres, o en pequeñas partidas de entre veinte y cincuenta. Una columna que se extiende a lo largo de varios kilómetros se desplaza lentamente, reflejando con su movimiento todas las sinuosidades del camino vecinal de la estepa. Esta enorme multitud de más de tres mil prisioneros rumanos va escoltada por unos pocos combatientes. Un destacamento de doscientos prisioneros es escoltado habitualmente por dos o tres soldados rojos. Los rumanos marchan con cierto orden, algunos de ellos hasta guardan la alineación y marcan el paso, y esto les parece ridículo a los que se tropiezan con ellos. Algunos prisioneros hablan bastante bien el ruso y gritan: «¡La guerra no es necesaria, hay que marchar a casa, muerte a Hitler!». Los combatientes de la escolta dicen sonriendo: «Apenas nuestros tanques salieron a su retaguardia e interceptaron todos los caminos, se pusieron inmediatamente a vociferar que la guerra no es necesaria; pero antes, sin duda, no lo gritaban: disparaban, violaban a las muchachas aldeanas y apaleaban a los ancianos». Y los prisioneros siguen marcha que te marcha, haciendo ruido con sus calderetas y cantimploras. Van en multitudes; llevan cuerdas y trozos de alambre en lugar de cintos; se arrebujan en mantas de colores abigarrados. Entre risas, las mujeres exclaman: «¡Estos tíos son verdaderos gitanos!».

Las divisiones al mando del general Trufánov comenzaron la ofensiva una mañana nebulosa. Hacía frío. En el momento designado, la calma, que en la niebla parece mayor, fue sustituida por el tronar de los cañones y el horripilante aullido de las baterías de morteros de la Guardia. Apenas cesó el cañoneo surgieron de la niebla los tanques rusos. Los carros pesados ascendieron impetuosamente las escarpadas pendientes de las colinas; la infantería iba montada en ellos o los seguía a paso ligero. La niebla ocultaba el movimiento de los carros y de la gente, y desde el observatorio

no se veían más que los pálidos fogonazos de la artillería. La cota central fue asaltada por el batallón al mando del teniente Babáyev. Los primeros en alcanzar la cima fueron el suplente de Babáyev, teniente Matusovski, los tenientes Makárov y Iolkin, y los combatientes Vlásov, Fomín y Dodojin. El sargento primero Kondráshev irrumpió en un fortín rumano y empezó a machacar a los ametralladores a culatazos. Los rumanos levantaron las manos. Cuando la niebla se disipó, desde el puesto de mando se pudo ver que la cota central, entre la falda y la cresta, hormigueaba de capotes grises rusos. Los cañones pesados rumanos emplazados en las vaguadas y en las contrapendientes de las colinas se acallaron uno tras otro. Y cuando sonaron los timbres de los teléfonos de campaña y los enlaces llegaron corriendo con los partes de los jefes de compañía y de batallón, en los que se comunicaba que las tres cotas dominantes habían sido tomadas al asalto por la infantería, los tanques y regimientos motorizados irrumpieron impetuosos por la brecha abierta en el dispositivo enemigo.

Seguimos las huellas de los tanques en ofensiva. A lo largo de los caminos yacen cadáveres rumanos y cañones abandonados, camuflados con hierba seca de la estepa y con sus bocas apuntando el este. En las vaguadas vagan unos caballos que arrastran los tirantes cortados; los camiones destrozados por la artillería despiden un humo negruzco; en los caminos están tirados los cascos con el escudo real rumano, millares de cartuchos, granadas de mano y fusiles. Ante nosotros, un fortín rumano. Al lado de un nido de ametralladora vemos un montón de vainas cubiertas del hollín de la pólvora. En la trinchera de comunicación blanquean unas hojas de papel, unas cartas y la tierra parda de la estepa que, empapada de sangre, ha adquirido un color de ladrillo. Allí mismo están tirados unos fusiles con sus culatas destrozados por las balas rusas. A nuestro encuentro siguen llegando multitudes de prisioneros. Antes de enviarles a la retaguardia se les cachea. ¡Qué aspecto más ridículo y miserable tienen estos montones de prendas de mujeres aldeanas, encontradas en los macutos y bolsillos de los rumanos! Hay pañolones de ancianas, pendientes, ropa interior, faldas, pañales y blusas de colores abigarrados. En el macuto de un soldado se han encontrado veintidós pares de medias de lana y en el de otro, cuatro pares

de chanclos de goma de mujer, ya hechos trizas. Cada vez vemos más camiones y cañones abandonados. Encontramos a cada paso coches capturados que se desplazan hacia nuestra retaguardia. Hay entre ellos camiones y autos lujosos, carros blindados de transporte y coches del Estado Mayor.

Llegamos a Abganérovo.

Una campesina vieja nos habla de los tres meses vividos bajo los ocupantes.

–Nuestro pueblo está todo vacío. No se oye cacarear ni una gallina, no canta ningún gallo. No ha quedado ni una sola vaca. Los rumanos, esos pavos reales, lo han limpiado todo. Han apaleado a todos nuestros hombres sin excepción: a unos por no haber salido al trabajo; a otros por no haber entregado el trigo. En Plodovítaia han vapuleado al alcalde cuatro veces. Se han llevado a mi hijo inválido, y con él a una niña y un chiquillo que aún no ha cumplido los diez años. Ya hace cuatro días que les lloramos. ¿Dónde estarán, Dios mío?

La estación ferroviaria de Abganérovo está abarrotada de trofeos arrebatados a los alemanes. Hay aquí decenas de cañones pesados y centenares de piezas de artillería de campaña que, enfilados en distintas direcciones, parecen estar mirando perplejos alrededor. Se ven largas filas de camiones conquistados al enemigo, con los emblemas de sus divisiones y caprichosamente decorados con nombres femeninos. Las vías de la estación están repletas de trenes conquistados por nuestras tropas. Los alemanes habían logrado ya cambiar los carriles, y en los vagones de los convoyes mixtos de carga puede uno leer los nombres de muchas ciudades y países conquistados por los hitlerianos. Hay aquí vagones franceses, belgas y polacos, pero cualquiera que sea el idioma en que está hecha la inscripción, cada uno de los vagones lleva pintada el águila imperial negra, símbolo de la esclavitud y la violencia. Hay en la estación convoyes cargados de harina y de maíz, de minas y de obuses de artillería, de grasa envasada en grandes latas rectangulares; hay vagones abarrotados de botas de fieltro sintético con gruesas suelas de madera, de gorros de piel de cordero, de aparatos técnicos, de reflectores. ¡Qué aspecto más mísero y

deplorable tienen los vagones de carga convertidos en vagones sanitarios, con sus literas hechas apresuradamente y cubiertas de trapos sucios! Nuestros combatientes sacan de allí los sacos de tela sintética llenos de harina y los cargan en sus camiones. Cada saco lleva impresa un águila negra.

Al anochecer proseguimos nuestro viaje. Marchan las tropas, se balancean los negros fusiles antitanque, pasan corriendo impetuosamente unos cañones arrastrados por pequeños y poderosos automóviles. Los tanques avanzan con un gruñido sordo, los regimientos de caballería pasan al trote. Un viento frío que levanta el polvo y arrastra secos cristalillos de nieve se pasea por la estepa aullando y abofeteando a la gente. Los rostros de los soldados rojos, curtidos por el cruel viento invernal, han tomado un tinte amoratado. No es en absoluto fácil combatir con semejante tiempo, pasar las largas noches de invierno en la estepa, bajo los efectos de este viento penetrante y helado; no obstante, los hombres marchan animados, con la cabeza en alto, cantando. Esto es la ofensiva de Stalingrado. El estado de ánimo de las fuerzas es extraordinariamente bueno. Todos, empezando por los generales y terminando por los soldados rasos, viven con el sentido de una gran responsabilidad, de la gran importancia de lo que está ocurriendo. El espíritu de la sensatez grave y sobria se deja ver en todas las operaciones militares, en la conducta de los jefes. En los Estados Mayores desconocen el descanso: han desaparecido las nociones de día y noche. Los jefes de las unidades y de los Estados Mayores trabajan con precisión, de modo serio e intenso. Se oyen voces tranquilas que dan órdenes breves. El éxito obtenido es grande, es indudable; no obstante, todos están dominados por un solo pensamiento: el enemigo está cercado y no se le debe permitir romper el cerco, es preciso aniquilarlo. Los hombres del frente de Stalingrado dedican su vida entera al cumplimiento de esta importante misión. Confiamos en que la ofensiva de Stalingrado será digna de la gran defensa de Stalingrado.

Stalingrado,
28 de noviembre de 1942

El Consejo Militar

Cuando se entra en los blindajes y en las viviendas subterráneas de los jefes y de los soldados rojos, de nuevo le entra a uno el deseo apasionado de guardar para la posteridad los magníficos rasgos de esta existencia sin igual. Estas lámparas y tubos de chimeneas hechos con vainas de proyectiles; estos vasos elaborados con balas de los proyectiles que se ven en las mesas junto a las copas de cristal; este viejo cenicero de loza con la inscripción: «Mujer, no hagas enfadar a tu marido», junto a una enorme granada antitanque; esta bombilla eléctrica opalina en el «despacho» blindado del jefe del ejército, Chuikov, y la sonrisa de éste cuando dice: «Tenemos hasta brillantes arañas de cristal. Para algo vivimos en la ciudad»; este tomo de Shakespeare en el despacho subterráneo del general Gúrov y las gafas con montura metálica que han quedado sobre las páginas abiertas; este puñado de fotografías metidas en un sobre con la dedicatoria «a mi papaíto», encima de un mapa lleno de signos rojos y azules; este despacho subterráneo del general Krilov, con una modesta mesa escritorio sobre la que lleva a cabo su magnífico trabajo de jefe del Estado Mayor; todos estos samovares y gramófonos, estos azucareros azules familiares y estos espejos redondos con marco de madera colgados de las paredes arcillosas del subterráneo: toda esta vida, todos estos pacíficos utensilios sacados del fuego de los edificios en llamas; este piano en el puesto de mando del batallón de ametralladoras, con el que tocaban bajo el estruendo de los ataques alemanes; este elevado y noble estilo de las relaciones de unos con otros, esta sencillez y franqueza de los hombres ligados por lazos de sangre, por la memoria de los caídos, por los grandiosos trabajos y sufrimientos de los combates de Stalingrado. Cuando el jefe del 62.º ejército habla con el enlace y cuando el enlace se dirige al jefe del ejército, cuando el telefonista entra en el departamento del jefe del Estado Mayor a comprobar cómo funciona el aparato, cuando el jefe de división Batiuk da una orden a un combatiente, cuando el capitán de la compañía comunica al jefe de

regimiento Mijáilov el parte con los resultados del combate nocturno, en cada cosa y en cada movimiento, en cada palabra, en cada mirada se siente este estilo especial de elevada dignidad, estilo que aúna en sí la más férrea y la más implacable disciplina, cuando a una sola voz miles de hombres se lanzan a la muerte, y la fraternidad y la igualdad de todos los hombres de Stalingrado: generales y soldados. ¡Que estos rasgos, que este estilo no quede sin destacar por quien haya de escribir la historia de la batalla de Stalingrado!

Mucho se ha escrito sobre cómo se creó la gran defensa de Stalingrado, cómo se cimentó. Fue la gloria de nuestros hombres, la gloria de su valentía, de su resistencia, de su abnegación.

Entre los muchos factores que determinaron el éxito de nuestra defensa ocupa uno de los puestos de honor la hábil dirección del 62.º ejército. Sobre ella hay mucho que contar a nuestro lector. El jefe del ejército, Chuikov, el miembro del Consejo Militar, Gúrov, y el jefe del Estado Mayor, Krilov, fueron no sólo el cerebro de la operación, sino también el eje espiritual de la defensa de Stalingrado. Para mandar el 62.º ejército no bastaba con un pensamiento militar claro y sereno, no bastaba con una voluntad inquebrantable y tenaz. En esta gran hazaña fue necesario poner todo el corazón, toda el alma. Y las severas órdenes de los días de octubre no eran dictadas únicamente por el cerebro: también las dictaba el corazón. Y estas órdenes dictadas por el corazón encendían a los hombres como una llama, les impulsaban a realizar hazañas sobrehumanas, llenas de abnegación y perseverancia, pues en aquellos días las grandes gestas humanas no bastaban para resolver las tareas que tenían ante sí los combatientes del 62.º ejército.

El Consejo Militar compartía con los soldados rojos todas las penalidades de la defensa. Ocho veces cambió de emplazamiento el puesto de mando del ejército. En Stalingrado sabían lo que significaba el cambio del puesto de mando. Quería decir que sobre él habían caído toneladas de bombas y que se encontraba bajo el fuego directo de los automáticos. Cuarenta combatientes del personal del Estado Mayor perecieron en los blindajes del Consejo Militar. Hubo una noche terrible en que las llamas de

miles de toneladas de petróleo se alzaron desde los depósitos incendiados por las granadas alemanas y, rugiendo, se precipitaron sobre los blindajes del Consejo Militar. Las llamas se elevaban a una altura de ochocientos metros. El Volga ardía cubierto de petróleo inflamado. La tierra estaba en llamas, diluvios de fuego se precipitaban desde lo alto de la abrupta quebrada. Al jefe del Estado Mayor, que estaba trabajando en su blindaje y que sólo se dio cuenta de que todo ardía a su alrededor por la insoportable temperatura, le pudieron sacar en el último minuto a través de un río de fuego. Toda la noche la pasó el Consejo Militar en una estrecha faja de la ribera, entre las oscuras llamaradas rugientes. El jefe de una división de la Guardia, Rodímtsev, mandó al lugar del incendio a un grupo de combatientes. Al volver le comunicaron que el Consejo Militar se había trasladado. «¿A la orilla izquierda?», les preguntó. «No –le contestaron–; más cerca de las líneas de fuego.»

Hubo días en que el Consejo Militar se encontraba más cerca del enemigo que los puestos de mando de las divisiones y hasta de los regimientos. Los blindajes se estremecían como si se encontraran en el centro de un potente terremoto. Parecía que las gruesas vigas del entibado se cimbrearan como juncos elásticos, la tierra oscilaba bajo los pies y hubo que empotrar en el suelo las mesas y las camas, como en los camarotes de los barcos durante una tempestad. Sucedía a veces que los vasos y las copas se hacían añicos debido a la constante y rapidísima vibración. Las emisoras de radio no funcionaban, pues el continuado bombardeo estropeaba las lámparas. Los oídos ya no reaccionaban ante aquel estrépito, parecía como si dos agujas de acero se hubieran introducido por el pabellón del oído y se clavaran en el cerebro. En medio de esta tensión se pasaban el día, y durante la noche, cuando el bombardeo se apaciguaba, el jefe del ejército, Chuikov, daba órdenes a los jefes de división sentado ante el mapa. Gúrov, con su aire tranquilo y cordial, aparecía inesperadamente en las divisiones y regimientos. Krilov continuaba su trabajo sobre los mapas, los planos y las tablas, escribía informes, comprobaba miles de cifras, pensaba. Y todos miraban el reloj y, con un suspiro, decían: «Pronto amanecerá y de nuevo tendremos jaleo».

Éstas eran las condiciones en que trabajaba el Consejo Militar del 62.º ejército. Cuando le pregunté a Chuikov qué había sido para él lo más penoso en esta batalla, me respondió sin titubear:

–Las horas en que quedaban interrumpidas las comunicaciones con las tropas. Imagínese usted que hubo días en que los alemanes destruyeron todas las transmisiones telefónicas con las divisiones; la radio dejó de funcionar debido a la trepidación de la emulsión de las baterías. Enviábamos a un oficial de enlace, lo mataban; enviábamos a otro, lo mataban. Todo temblaba y retumbaba a nuestro alrededor, y sin comunicaciones. Vivíamos esperando la noche, cuando al fin podíamos enlazarnos con las unidades... Para mí no ha habido nada más horrible ni más atormentador que esta sensación de amordazamiento e incertidumbre.

Conversábamos con el jefe del ejército en una larga noche de diciembre. A veces Chuikov prestaba atención y decía:

–Escuche usted; todo está tranquilo. –Y añadía con una sonrisa–: Palabra de honor, es aburrido.

Es un hombre alto, de rostro grande, moreno, con algunas arrugas, cabellos rizados, nariz grande y aguileña, gruesos labios y voz enérgica. Chuikov, hijo de un campesino de Tula, me recordaba no sé por qué a los generales de los tiempos lejanos de la primera guerra patria. Hace mucho trabajó en un taller de talabartería de Petrogrado, donde elaboraba espuelas con «sonido argentino». Durante la guerra civil, a la edad de diecinueve años, mandaba un regimiento. Desde entonces es militar.

Para este hombre, la defensa de Stalingrado no era solamente un problema militar, por mucha importancia estratégica que tuviera. Sentía y vivía todo el romanticismo de esta batalla, su cruel y sombría belleza, la poesía de la guerra, la poesía de la defensa a vida o muerte, a la que obligaba con órdenes férreas a jefes y soldados. Para él esta batalla por Stalingrado era el triunfo y la gloria supremos de la infantería rusa. Cuando las negras fuerzas de la aviación, de los tanques, de la artillería y de los morteros alemanes reunidos por Von Bock, Todt y Paulus, que avanzaban en el sentido del eje principal, desplomaban todo su peso sobre nuestra línea de defensa; cuando el sol desaparecía entre nubes de humo negro y los

cimientos de granito de los edificios se desmenuzaban como si fuesen de arena; cuando las resquebrajadas paredes maestras de las casas trepidaban a causa del estruendo de los motores de las divisiones de tanques y parecía imposible que quedara nada con vida en este infierno, entonces surgía de la tierra la inmortal infantería rusa.

Sí, toda la fuerza de la técnica alemana chocó aquí con el soldado de la infantería rusa, y Chuikov, para quien esta tierra regada de sangre era más cara y más bella que todos los jardines del paraíso, decía: «¿Cómo? ¿Derramar tanta sangre y elevarse hasta las alturas de la gloria para después retroceder? ¡No, eso nunca sucederá!». Enseñaba a los jefes a valorar al enemigo con juicio sereno y sensato. «No es tan fiero el león como lo pintan», decía, aunque sabía que algunos días el león alemán era verdaderamente feroz en la dirección del eje principal. Sabía que la apreciación rigurosamente exacta del enemigo es una de las condiciones fundamentales de la victoria, y decía: «Sobrestimar al enemigo es perjudicial, subestimarle es peligroso». Hablaba con los jefes sobre el orgullo de ser militar ruso y les decía que el buen oficial antes deja que le corten la cabeza que la inclina ante las granadas alemanas. Tenía fe en el valor del militar ruso. Severo entre los más severos, no tenía la menor compasión con los cobardes y alarmistas.

Esta misma fe en la fuerza de la infantería rusa vivía en el general Krilov. En esta fe basaba su complicado trabajo, sus cálculos, sus previsiones. El destino le había reservado la suerte de ser desde el primer hasta el último día el jefe del Estado Mayor del ejército que defendió Odesa; después, jefe del Estado Mayor del heroico ejército que durante siete meses defendió Sebastopol, y por último, jefe del Estado Mayor del 62.º ejército que defendió Stalingrado. Este sereno y reflexivo militar de habla comedida y sosegada, de movimientos y sonrisa suave es quizás el general con mayor experiencia del mundo en la defensa de ciudades.

Esta ruda ciencia la aprendió entre el humo de los incendios y el tronar de las explosiones. Aprendió a trabajar metódicamente, a meditar sobre complicados problemas, sobre las intenciones del enemigo, a concebir en todos sus detalles maniobras y planes en circunstancias infernales, en las

cuales ningún hombre de ciencia sería capaz de concentrarse en su pensamiento ni un minuto.

A veces le parecía que los combates de Sebastopol no habían terminado, sino que continuaban aquí, en Stalingrado; que el estruendo de la artillería rumana ante Odesa se fundía con el zumbido de los aviones que volaban en picado sobre las fábricas de Stalingrado. En Odesa los combates se desarrollaban en los alrededores de la ciudad, a quince o dieciocho kilómetros; en Sebastopol se acercaron a los suburbios en los distritos del Norte y de los Astilleros, pero aquí tenían lugar en la misma ciudad: en las plazas, en las calles, en los patios, en las casas, en los talleres de las fábricas. Aquí los combates tenían la misma terrible fuerza que los de Sebastopol, pero a mayor escala: las masas guerreras que tomaban parte en esta batalla eran incomparablemente mayores. Y aquí fue al fin ganada la batalla. Para Krilov no se trataba sólo de la victoria del ejército de Stalingrado, sino también de la victoria de Odesa y Sebastopol.

¿En qué consistió la táctica del enemigo en los combates por las tres ciudades? Los alemanes emplearon en las tres batallas el método de roer nuestra línea de defensa de forma metódica y continuada, y dividir nuestros dispositivos y aniquilarlos por partes, en aquellos casos en que conseguían dividirlos. En estos combates el cálculo principal se basaba en la fuerza de los motores, en la aplicación de enormes masas de máquinas de guerra, en el aturdimiento. Esta táctica, desde el punto de vista militar, era buena. No sólo buena, sino acertada, pero tenía un vicio orgánico que los alemanes no podían evitar: la desproporción entre la potente fuerza de los motores y la imperfección de la infantería alemana. Y la cuña de acero que penetró por esta brecha fueron las divisiones de tiradores rusos magníficamente armadas que defendieron Stalingrado con su firmeza, con su inmortal bravura. En Odesa Krilov comprendió verdaderamente lo que representaba esta fuerza, midió sus posibilidades en Sebastopol y fue testigo y participante de su triunfo a orillas del Volga, en Stalingrado.

Si dentro de un cuarto de siglo los hombres que mandaban el 62.º ejército se encuentran con los jefes de las divisiones de Stalingrado, este encuentro será un encuentro de hermanos. Los viejos se abrazarán, se

enjugarán las lágrimas y empezarán a recordar los grandes días de Stalingrado. Recordarán a Bolvínov, caído en combate, a quien querían con ternura los combatientes por haber apurado con ellos hasta las heces la amarga copa de la vida del soldado, a aquel Bolvínov, que, con el cinto lleno de bombas de mano, se arrastraba hacia las avanzadillas del enemigo y decía a sus soldados: «No hay otro remedio, muchachos, hay que resistir». Recordarán como Zhóludev, cuando quedó enterrado en el blindaje con todo su Estado Mayor, se puso a cantar: «¡Amo, hermanos, amo, hermanos, la vida!». Recordarán la conducción de agua en la que vivía Rodímtsev y recordarán cómo el día en que su división atravesaba el Volga, los auxiliares del Estado Mayor se metieron en los tanques y defendieron la travesía. Recordarán cómo Gúrtiev quedó sepultado con su Estado Mayor en una gruta y cómo sus amigos cavaron una salida. Recordarán que al jefe de división Batiuk, al ir a informar al jefe del ejército, le cayó una granada de gran calibre a los pies, que no explotó, y cómo Batiuk, meneando la cabeza siguió andando con una mano metida entre las solapas del capote. Recordarán cómo el general Gúrtiev llamó por teléfono a su amigo, el general Zhóludev y le dijo: «Resiste, amigo, no puedo ayudarte en nada». Recordarán cómo Gorishni y Liúdnikov se encontraron en la helada orilla.

Recordarán muchas cosas. Recordarán, claro está, cómo Chuikov les apremiaba y cómo se sentía la tensión del combate no sólo por el camino hacia el blindaje del jefe del ejército, sino también en el mismo blindaje. Mucho habrá para recordar. Será una entrevista solemne y alegre. Pero también habrá en ella una gran tristeza, ya que no asistirán muchos a los que no es posible olvidar, pues todos, jefes de ejército y jefes de división, no podrán dejar de recordar la gran gesta del soldado ruso que, con raudales de sangre, supo defender la patria.

Stalingrado,
29 de diciembre de 1942

El ejército de Stalingrado

El camino que conduce al batallón pasa por las vías férreas abarrotadas de trenes de carga, cubiertos de la nieve reciente caída durante la noche. Caminamos por un terreno baldío, sembrado de embudos abiertos por las bombas y los proyectiles. En la lejanía, sobre un túmulo, se divisan las oscuras sombras de los depósitos de agua donde están atrincherados los alemanes. Este solar está completamente a la vista de los francotiradores y observadores alemanes. Pero el combatiente delgaducho de capote largo que va a mi lado marcha calmoso, sin prisa, y explica en tono tranquilizador:

–¿Piensa usted que no nos ven? Sí, nos ven. Antes atravesábamos estos lugares a rastras y de noche, pero ahora la cosa ha cambiado: economizan los cartuchos y las granadas.

De pronto, mi acompañante me pregunta si juego al ajedrez y al instante me aclara que él es un ajedrecista de primera y que hubiera llegado a ser maestro titulado. Jamás había tenido la oportunidad de entablar una conversación sobre este juego tan abstracto y noble sintiendo que sobre mí tienen puesta la mirada alemanes que economizan las balas. Respondí a mi acompañante de un modo bastante distraído, mientras me dejaba llevar por el pensamiento de si serían lo suficiente ahorrativos aquellos alemanes atrincherados en los depósitos de acero y hormigón. Pero a medida que nos acercábamos a los depósitos, éstos se hacían menos visibles: se replegaban tras la cresta del túmulo.

Pasamos por los senderos que corren a través de uno de los talleres de una enorme fábrica de Stalingrado. A un lado quedan montones de chatarra, enormes cazos de los que se emplean para verter el metal fundido, chapas de acero y paredes derruidas. Los combatientes rojos están acostumbrados hasta tal punto a ver la destrucción que ha asolado el lugar, que pasan ante las ruinas sin fijarse siquiera en ellas. Por el contrario, provoca su interés y curiosidad algún cristal que por casualidad ha quedado intacto en la ventana

de la oficina destruida de la fábrica, alguna alta chimenea que no ha sido perforada por los proyectiles, alguna casita de madera que se ha salvado de milagro.

–Fíjate, ¡qué extraño! Una casita sana –dicen al pasar, y se sonríen.

Y en efecto, tienen un aspecto conmovedor estos raros testimonios de una vida pacífica que han quedado incólumes en el reino de la destrucción y la muerte.

El puesto de mando del batallón está emplazado en el sótano de un enorme edificio de cuatro pisos, una de las grandes empresas industriales. Éste es el punto más occidental de nuestra línea del frente de Stalingrado, que penetra como un cabo en el mar entre las casas y construcciones ocupadas por los alemanes. El adversario está allí mismo, al lado, pero los soldados rojos se dedican a sus faenas con tranquilidad y sin prisas. Dos de ellos sierran unos maderos; otro los parte con un hacha. Pasan combatientes con unos termos grandes. Apoyado en el saliente medio desmoronado de una pared está sentado un combatiente, que se dedica con ahínco a un trabajo de ajustador: repara una pieza de un mortero averiado. Reflexiona antes de tomar una determinación sobre los diferentes detalles de su trabajo, luego coge otra vez las herramientas y se pone a canturrear, lo mismo que un cerrajero en su taller.

El edificio muestra las huellas de la terrible labor destructora de los alemanes. En derredor resaltan las negras bocas de los embudos abiertos por las bombas alemanas «de quinientos». Las paredes y los techos de hormigón han sido derribados por las bombas de aviación que cayeron sobre ellos. El armazón de hierro, descoyuntado por la fuerza de las explosiones, pende y se dobla, lo mismo que una fina red de pescar rota por un enorme esturión. El muro que da al oeste ha sido destruido por la artillería de largo alcance y el del norte, de metro y medio de espesor, se ha venido abajo tras el impacto de un mortero de seis bocas. Un enorme tubo de granada de mortero, con las aletas de hierro de la parte superior abiertas como pétalos, yace en el piso de baldosas. Las paredes parecen picoteadas por las explosiones de los proyectiles ligeros y de las granadas. Pero aquí mismo, sobre el metal y la piedra desmenuzada por el fuego alemán, han

sido levantados nuevamente por las manos de los combatientes muros rojos con largas y estrechas aspilleras. Esta fortaleza destruida no se entregó. Se mantuvo firme como puesto avanzado de nuestra defensa y ahora apoya con su fuego nuestra ofensiva.

Y hoy, lo mismo que ayer, se desarrolla aquí una guerra cruenta y justa. En algunos lugares, las trincheras cavadas por el batallón se encuentran a veinte metros del enemigo. El centinela oye cómo por las trincheras alemanas andan los soldados, oye sus riñas, que aumentan cuando hacen el reparto de la comida, oye durante toda la noche cómo el centinela alemán brinca para hacer entrar en calor sus pies ateridos dentro de las pobres botas destrozadas. Aquí todo está batido por el fuego, cada piedra sirve de punto de referencia. Aquí hay muchos francotiradores, y aquí, en esas profundas y estrechas trincheras donde los hombres han cavado refugios y colocado hornillos con chimeneas hechas de vainas de proyectiles, donde se regaña con imperativo tono familiar al camarada que no quiere ir a cortar leña, donde se come apetitosamente con cucharas de madera el rancho traído en termos por las trincheras de comunicación, aquí, día y noche, reina la tensión de un combate a vida o muerte.

Los alemanes comprenden toda la importancia de este sector en el sistema de su defensa. No es posible asomarse ni un palmo del borde de la trinchera sin que se oiga inmediatamente el disparo de algún francotirador alemán. Aquí no ahorran las balas. Pero la pétrea y helada tierra, en la que están profundamente hundidos los alemanes, no les podrá salvar. Día y noche se oyen los golpes de picos y palas: nuestros combatientes van avanzando paso a paso, abren la tierra con su pecho y se acercan cada vez más a la cota dominante. Y los alemanes presienten que está cercana la hora en que ni el francotirador ni el ametrallador les podrán salvar. Les produce espanto aquel ruido de palas, quisieran que cesara aunque sólo fuera por un momento, por un segundo.

–¡Ruso! ¿Quieres fumar? –gritan.

Pero los rusos no responden. Entonces, el ruido de los picos y las palas queda apagado por el retumbar de las explosiones: los alemanes quisieran ahogar con los estampidos de sus granadas ese horrible y metódico trabajo

de los rusos. En respuesta, desde nuestra trinchera vuelan también granadas. Pero apenas se disipa el humo y se acalla el estrépito, los alemanes vuelven a oír aquellos golpes de sepulturero. No, esta tierra no les salvará de la muerte. Esta tierra será la muerte para ellos. Cada vez más, por horas, por minutos, los rusos se acercan venciendo la pétrea rigidez de la tierra invernal…

Pero henos de nuevo en el puesto de mando del batallón. A través de una pared destruida en la que se ha conservado un letrero: «Cerrad la puerta. Luchad contra las moscas», pasamos a un profundo sótano. Aquí, sobre la mesa, hay un rojizo samovar de cobre. Los soldados rojos y los jefes descansan sobre colchones de muelles, traídos de las casas vecinas destruidas.

El jefe del batallón, capitán Ilgachkin, es un joven chuvaco alto, delgado, de ojos negros y frente morena y amplia. En su cara, en sus ojos ardientes, en sus palabras se percibe el fanatismo y el frenesí de los habitantes de Stalingrado. Él mismo dice:

–Estoy aquí desde septiembre. Y ahora no pienso en nada más que en ese túmulo. Desde que me levanto por la mañana hasta la noche. Incluso cuando duermo lo veo en sueños. –Y golpeando con el puño la mesa, agrega agitado–: ¡Tomaré el túmulo, lo tomaré! El plan está trazado de tal modo que no puede caber en él ni un solo error.

En octubre, él y el combatiente rojo Riepa estaban absorbidos por una idea: derribar a los Junker 87 con el fusil antitanque. Ilgachkin realizó unos cálculos bastante complicados; teniendo en cuenta la velocidad inicial del proyectil y la velocidad media del avión, elaboró todo un cuadro para la corrección del tiro y así se construyó un «cañón antiaéreo» fantásticamente ingenioso. Clavaron en la tierra una barra de hierro, sobre ella colocaron un buje y en el buje encajaron una rueda de carro; el fusil antitanque fue fijado con unas rejas a los radios de la rueda, mientras que el cuerpo del fusil se encontraba entre ellos. E inmediatamente, el delgaducho y nostálgico Riepa derribó tres bombarderos Junker 87 alemanes.

Ahora, del fusil antitanque se ocupa el famoso francotirador de Stalingrado Vasili Záitsev. Le ha adaptado el colimador del fusil de

precisión porque quiere destruir las ametralladoras alemanas colocando la bala por la misma aspillera. Y estoy convencido de que lo logrará. Záitsev es un hombre silencioso, del que en la división se dice: «Nuestro Záitsev es un hombre culto y modesto: ya ha matado a doscientos veinticinco alemanes». Goza de gran aprecio en la ciudad. A los jóvenes francotiradores educados por él los llaman *saitchata*,[2] y cuando se acerca a ellos y les pregunta: «¿Tengo razón o no?», todos le responden a coro: «Sí, Vasili Ivanóvich, tienes razón». Ahora Záitsev está consultando con los técnicos, dibuja, piensa, hace anotaciones.

Aquí, en Stalingrado, se encuentra uno con mucha frecuencia a personas que no sólo dan en la guerra toda su sangre, toda su alma, sino también todo el poder de su inteligencia, toda la intensidad de su pensamiento. Cuántas veces he tenido ocasión de encontrar tanto a coroneles como a sargentos y simples soldados que, día y noche, tienen centrada la mente en una sola cosa, hacen cálculos, trazan planos, como si estos hombres que defienden la ciudad hubieran hecho suya la obligación de inventar algo y realizar experimentos aquí, en los subterráneos de esta ciudad en la que poco tiempo atrás se ocupaban de ello en los espaciosos laboratorios de institutos y fábricas muchos célebres profesores e ingenieros.

El ejército de Stalingrado combate en la ciudad y en el terreno de las fábricas. Y lo mismo que en otros tiempos los directores de las gigantescas factorías de Stalingrado y los secretarios de los Comités de Radio del Partido se sentían orgullosos de que precisamente en su distrito, y no en cualquier otro de la ciudad, trabajase un célebre stajanovista, así hoy los jefes de las divisiones se sienten orgullosos de sus hombres famosos. Batiuk, riéndose, cuenta con los dedos:

–El mejor francotirador, Záitsev, es mío; el mejor morterista, Besdidko, es mío; el mejor artillero de Stalingrado, Shuklín, es también mío...

Y lo mismo que en otros tiempos cada distrito de la ciudad tenía sus tradiciones, su carácter, sus particularidades, ahora las divisiones de Stalingrado, iguales en gloria y en méritos, se distinguen la una de la otra por múltiples particularidades y rasgos característicos. Ya hemos escrito acerca de las tradiciones de las divisiones de Rodímtsev y Gúrtiev. En la

gloriosa división de Batiuk es habitual el tono de generosa hospitalidad ucraniana y de benévola y cariñosa ironía. Allí les gusta contar cómo Batiuk estaba parado junto a un blindaje cuando las granadas alemanas, silbando una tras otra, caían en el barranco, junto al jefe de artillería que intentaba salir de su refugio subterráneo; y mientras corregía el tiro en broma exclamaba:

–¡Dos metros más a la derecha! Bien. ¡Un metro a la izquierda! ¡Jefe de la artillería, cuidado!

También allí bromeaban hablando del legendario virtuoso en el disparo de mortero pesado, Besdidko. Y éste, que no conoce un solo fallo, que lanza las granadas con una precisión incluso de centímetros, se ríe y se enfada a la vez. Besdidko mismo, una persona de melodiosa y suave voz de tenor, de pícara sonrisa ucraniana, que tiene en su haber 1.305 alemanes muertos, bromea cariñosamente a costa del jefe de la batería, Shuklín, que con un cañón dejó en un solo día fuera de combate catorce tanques enemigos.

–Disparaba con un cañón, precisamente, porque sólo tenía uno.

Aquí en el batallón son aficionados a las bromas, a contar anécdotas cómicas los unos de los otros. Cuentan cómo se producen los inesperados choques nocturnos con los alemanes, cuentan cómo pescan las granadas alemanas que caen en el fondo de la trinchera y cómo las vuelven a lanzar a las trincheras alemanas, cómo «debutó» el día anterior el «tontaina» de seis bocas, incrustando los seis proyectiles en los blindajes alemanes; cuentan cómo al pasar el enorme cascote de una bomba de una tonelada, que fácilmente hubiera podido matar a un elefante, le cortó a un combatiente lo mismo que una navaja el capote, el chaquetón guateado, la guerrera y la camiseta, y no le hizo el más leve rasguño en la piel ni le hizo derramar una sola gota de sangre. Y al contar estas historias la gente se ríe, y uno mismo encuentra todo esto tan cómico, que no puede por menos de reír.

En el departamento contiguo del subterráneo de la fábrica están instalados los morteros de una compañía. Desde aquí se dispara, desde aquí observan al enemigo, aquí cantan, comen, escuchan la gramola.

Un fino rayo de sol penetra a través de una chapa que cubre la ventana del sótano. El rayo trepa lentamente por la pata de la cama, acaricia un

borceguí del que allí duerme, juguetea con un botón metálico de su capote, luego llega a la mesa y, cuidadosamente, como si temiera una explosión, roza una bomba de mano que está junto al samovar. Sigue trepando más arriba, lo que significa que el sol se va poniendo ya y que se acerca la noche invernal.

Por lo general dicen: una noche de calma. Pero esto no se podía decir de aquella noche. Retumbó un largo sonido, luego se oyeron frecuentes explosiones de gran fuerza y todos los que estaban en el sótano dijeron a la vez: «Es el seis bocas». A continuación se oyeron las mismas explosiones, y después un ruido lejano y prolongado. Y pasados unos instantes resonó una detonación aislada. «El nuestro de largo alcance bate desde la otra orilla», dijeron los que estaban allí sentados. Y aunque el tiroteo no cesaba ni un momento y la llegada del anochecer sólo se había podido apreciar en el oscuro y frío sótano porque el rayo de sol se arrastraba cada vez más arriba y ya se había acercado al techo negro y ahumado, aquélla era, a pesar de todo, una tarde tranquila.

Los combatientes rojos pusieron la gramola.

–¿Qué disco escuchamos? –preguntó uno de ellos.

Varias voces respondieron a la vez:

–El nuestro, aquel...

En ese momento sucedió algo extraordinario. Mientras el soldado estaba buscando el disco, pensé: «Qué bien estaría escuchar aquí, en este negro y ruinoso sótano, la *Canción Irlandesa* que tanto me gusta». Y, de pronto, una voz solemne y nostálgica entonó: «Tras la ventana brama la tormenta...». Por lo visto, esta canción era muy del agrado de los combatientes. Todos estaban sentados en silencio. Diez veces, por lo menos, repitieron el mismo estribillo: «Señora muerte, le rogamos que espere tras la puerta...». Estas palabras y la ingenua y genial música de Beethoven sonaban aquí con una fuerza indescriptible. En la guerra el hombre pasa por muchos sentimientos: ardientes, felices, amargos, conoce el odio y el hastío, conoce la pena y el miedo, el amor, la compasión, la venganza. Pero rara vez en la guerra visita a las gentes la melancolía. Mas, en estas palabras, en esta música concebida por un corazón grande y apesadumbrado, en este condescendiente y

burlesco ruego: «Señora muerte, le rogamos que espere tras de la puerta...», se encerraba una fuerza indescriptible, una noble melancolía.

Y aquí, como nunca, experimenté el goce de la grandiosa fuerza del verdadero arte, sentí la alegría de que la canción de Beethoven fuera escuchada con tanta solemnidad, como una misa, por los soldados que hacía ya tres meses se enfrentaban con la muerte en este edificio arruinado, mutilado pero no entregado a los fascistas.

Al son de esta canción, en la semioscuridad del sótano, evoqué en mi memoria el recuerdo solemne, palpable, de las decenas de hombres que defendieron y defienden Stalingrado, de los hombres que expresaban toda la grandeza del alma popular. Recordé al sargento Vlásov, severo, implacable, que comandó la travesía del río. Recordé al zapador Brizin, un hombre arrogante, moreno, de bravura a toda prueba y que luchó él solo contra veinte en una casa de dos pisos vacía. Recordé a Podjánov, que después de herido no quiso que le llevasen a la orilla izquierda. Cuando empezaba el combate, salía del subterráneo en que se encontraba la compañía de sanidad y, arrastrándose hasta la línea de fuego, disparaba su fusil. Recordé cómo el sargento Viruchkin, bajo un fuego intensísimo, retiraba los escombros del Estado Mayor de la división, que había quedado enterrado en la fábrica de tractores. Cavaba con tal furia e ímpetu que hasta le salía espuma de los labios, y sólo a la fuerza lograron apartarle de allí por miedo a que cayese muerto a causa de aquel esfuerzo sobrehumano. Recordé cómo hacía sólo algunas horas Viruchkin se había lanzado sobre un camión de municiones envuelto en llamas y había apagado el incendio. Y recordé también que el jefe de la división, el general Zhóludev, no tuvo tiempo de expresar su agradecimiento a Viruchkin, pues éste fue alcanzado por una granada alemana. Puede ser que en el flujo de la sangre guardara, heredada de sus antepasados, aquella bravura de guerrero que le hacía olvidarse de todo y lanzarse en ayuda de los caídos en desgracia. Puede ser que precisamente por eso dieran a su familia el apellido Viruchkin.[3] Recordé a Vólkov, un combatiente del batallón de pontoneros. Herido en el cuello, con un omoplato fracturado, recorrió un trayecto de treinta kilómetros, a trechos arrastrándose, otros en los autos que cruzaban del hospital a la travesía, y

cómo lloraba cuando lo llevaron de nuevo al hospital... Recordé a aquellos que murieron entre las llamas en la barriada de la fábrica de tractores, pero no abandonaron las casas envueltas en llamas y dispararon hasta la última bala. Recordé a aquellos que lucharon por la fábrica Barricada y por el túmulo de Mamaeiv, a aquellos que resistieron los ataques de los tanques alemanes en el parque de las Estatuas. Recordé el batallón cuyos hombres sucumbieron todos, desde el jefe hasta el último combatiente, defendiendo la estación ferroviaria de Stalingrado. Recordé el ancho y apisonado camino que conduce al barrio de los pescadores, situado a orillas del Volga, el camino de la gloria y de la muerte, las silenciosas columnas que marchaban por él en medio del ardiente polvo de agosto, en las noches de luna de septiembre, durante los temporales de octubre, a través de las nieves de noviembre. Marchaban con paso pesado los tiradores de fusil antitanque, automáticos, infantes, ametralladores, y guardaban un silencio austero y solemne; sólo se oía el ruido de sus armas y el crujido de la tierra bajo sus fuertes pisadas.

Y de pronto me acordé de una pequeña carta escrita por manos infantiles, una cartita que descansaba junto a un combatiente muerto en un fortín. «Buenos días, o puede ser que buenas noches. Salud, papaíto. Te echo mucho de menos. Vuelve pronto. Ven a casa. Quisiera verte aunque sólo fuera una hora. Te escribo y las lágrimas se me escapan de los ojos. Te escribe tu hija Nina.»

Recordé a aquel padre muerto. Seguramente estaría releyendo la carta en su hora final, y aquella cuartilla arrugada quedó allí, junto a su cabeza. ..

¡Cómo transmitir los sentimientos que me embargaban en aquellos momentos en el oscuro sótano de la fábrica que no se entregó al enemigo, cuando sentado allí escuchaba una canción solemne y melancólica y miraba las caras pensativas y graves de aquellos hombres que vestían el capote de soldados rojos!...

Stalingrado,
1 de enero de 1943

En el frente de Stalingrado

El 6 de agosto, el coronel general Yerémenko asumió el mando de las tropas del frente de Stalingrado. Aquellos fueron días duros y terribles. Un sol inclemente abrasaba la estepa: su ancha y turbia faz estaba velada por una nube de polvo liviano y seco. Ese polvo, levantado por millares de botas de soldados, por las ruedas de los carros y las orugas de los tanques y tractores, se elevaba alto, muy alto, y parecía que el despejado cielo se hubiera cubierto de una capa de plomo.

Los ejércitos se replegaban. Los hombres marchaban taciturnos. El polvo cubría su vestimenta, sus armas, se posaba en los cañones, en las lonas que cubrían las cajas de los documentos de los Estados Mayores, en las negras y esmaltadas tapas de las máquinas de escribir, en las maletas, los sacos y los fusiles caóticamente amontonados en los carros. Ese polvo seco y grisáceo penetraba en la nariz y en la garganta. Los labios, resecos, se agrietaban. Ese polvo penetraba en las almas y en los corazones, sembraba inquietud en los ojos de las gentes, circulaba por las arterias y venas y, por él, la sangre de los combatientes se tornaba gris. Era un polvo horrible: el polvo de la retirada. Corroía la fe, apagaba el fuego del corazón, se alzaba turbio ante los ojos del artillero y del infante. Había momentos en que los hombres, presa de angustiosos sentimientos, se olvidaban del deber, de su fuerza, de sus terribles armas. Los tanques alemanes avanzaban con estrépito por los caminos. Día y noche se cernían sobre las travesías del Don los aviones alemanes de bombardeo en picado; a poca altura de los trenes de campaña pasaban raudos los Messer con un estridente silbido. Humo, fuego, polvo, bochorno...

Había momentos en que a la gente le parecía que en aquel aire caliente que ellos aspiraban con los labios resecos no había oxígeno y que se asfixiarían en el polvo áspero y gris. Aquellos días, los rostros de los combatientes que marchaban por los caminos estaban tan lívidos como los de los heridos que yacían en los trepidantes camiones. Aquellos días, los

que marchaban arma al hombro sentían deseos de gemir y lamentarse como los que yacían, cubiertos de vendas sucias y ensangrentadas, sobre la paja en alguna aldea, esperando las ambulancias. El gran ejército del gran pueblo se retiraba.

Los primeros trenes de campaña del ejército en retirada entraron en Stalingrado. Por las alegres calles de la ciudad, junto a las lunas de los escaparates, junto a los quioscos pintados de azul que vendían refrescos de frutas, junto a las librerías y tiendas de juguetes, pasaban camiones llenos de heridos con rostro demacrado, coches de campaña con los guardabarros abollados, cajas agujereadas por las balas y la metralla, pequeños coches Emka con los parabrisas rajados por los impactos de las balas, coches con greñas colgantes de heno y maleza, coches cubiertos del polvo y del lodo de los caminos de la guerra. Y el aliento de la guerra quemó la ciudad, irrumpió en ella.

Un sello de inquietud apareció en el rostro de los habitantes de la ciudad. Parecía que todo era como antes y, sin embargo, todo había cambiado. Sólo las potentes fábricas continuaban vomitando negro humo. La industria de Stalingrado trabajaba día y noche. La fábrica Barricada y la de tractores se transformaron en el arsenal del frente de Stalingrado. Y a relevar a los caídos en la lucha cruenta y desigual, a relevar a los que habían muerto en Kotémikovo y Klétskaia, a relevar a los desaparecidos en las travesías fluviales, noche tras noche se dirigían al frente regimientos de artillería y batallones de tanques creados por el grandioso esfuerzo de nuestros obreros.

La guerra galopaba frenéticamente hacia Stalingrado. La ciudad se preparaba para convertirse en escenario de la guerra. Los Estados Mayores planeaban la defensa. Los cruces de las calles o los parques de la ciudad, en los que antes solían citarse los enamorados, eran marcados como posiciones tácticas ventajosas o, por el contrario, arriesgadas, con campo visual completo o limitado, expuestas más o menos al fuego, capaces de asegurar los flancos o reforzar el centro. La guerra llamó a las puertas de Stalingrado. Y aquellos entrañables caminos esteparios cubiertos de guindos silvestres, los barrancos, las colinas que aún conservaban los nombres que

les habían puesto los bisabuelos se transformaron en vías de comunicación; el terreno accidentado, en cotas: la ciento dos/cero, la ciento veintiocho/seis, la ciento treinta/cinco.

El mando alemán creía ciegamente en la fuerza del poderoso ariete concentrado en el eje del golpe principal. Creía que no existía en el mundo una fuerza capaz de enfrentarse con el cuerpo de aviación del coronel general Richthofen, con los tanques y la infantería de Von Bock. Los alemanes avanzaban hacia el Volga y Stalingrado; los alemanes se acercaban cada vez más a la ciudad, abriéndose paso por el sur desde Tsimliánskaia y Kotémikovo y por el noroeste desde Klétskaia. A los alemanes les parecía que la toma de Stalingrado y la salida al Volga eran problemas ya resueltos. Calculaban el plazo de un modo muy simple: tomaban la distancia que quedaba por recorrer y la dividían por el término medio de kilómetros que avanzaban a diario. Realizado este simple cálculo aritmético, Hitler anunció al mundo el día de la toma de Stalingrado.

Precisamente en aquellos graves días de la retirada de agosto llegó a la región de las aldeas incendiadas, a la región del humo, del fuego, del polvo seco y caliente, mientras en el aire turbio no se acallaba el ruido de los motores de las escuadras aéreas del coronel general Richthofen y la estepa entre el Don y el Volga se hundía bajo el peso de las columnas de tanques, de las divisiones de infantería y de los regimientos de artillería al mando de Von Bock, a esa región antes pacífica que se había transformado en infierno llegó el jefe del nuevo frente de Stalingrado.

Los alemanes, que pensaban sólo en cifras, suponían que aquel infierno humeante que habían creado no podía engendrar más que pánico, debilidad, apatía, falta de fe en un buen desenlace de la guerra para los rusos. Se frotaban ya las manos de satisfacción, pensando en que después de una continua retirada y de haber sufrido tantísimas pérdidas, allí, en las estepas donde vagan los camellos, cerca del desierto, los rusos, anonadados por sus reveses, no opondrían una seria resistencia ni defenderían la ciudad que se encontraba sobre la orilla alta y abrupta, teniendo a sus espaldas el kilómetro y medio de la anchura del Volga. En efecto, los rusos sabían que a

sus espaldas se encontraba un río ancho y de curso veloz, pero también sabían que precisamente allí se decidiría el destino de Rusia.

Después de los sangrientos combates librados a orillas del Donetsk septentrional, del Oskol y del Don, las tropas rusas llegaron extenuadas a las puertas de la ciudad del Volga; pero no había fuerza en el mundo capaz de hacerles retroceder un paso más. ¿Cómo se creó, cómo surgió aquella firmeza? ¿De dónde brotó aquella fuente que llenó de energía a los hombres al borde de la escarpada ribera del Volga?

Los alemanes esperaban que su ariete avanzaría de acuerdo con las leyes de la progresión aritmética. Habían comprobado dichas leyes en Polonia y Holanda, en Francia y Bélgica, en Yugoslavia y Grecia, donde, al quinto día, las columnas alemanas marchaban con una rapidez dos veces mayor que el primer día, y al décimo día, dos veces mayor que al quinto. En Europa, los alemanes marchaban como un alud de las montañas, pero en los accesos de Stalingrado lo hacían como un carro que sube una empinada cuesta pedregosa.

Y ahora quiero hablar de la cosa más maravillosa, basado en una gran fe en la fuerza del pueblo y en su amor a la libertad.

El coronel general Yerémenko es un cincuentón grueso, robusto, en el cual la falta de agilidad en los movimientos debida a la gordura se compagina con la ligereza y la rapidez. Cuando Yerémenko se cala las gafas para leer un documento o mirar en el mapa, se parece a un maestro de provincia que se recreara leyendo un libro en la escuela después de clase. Pero cuando empuña repentinamente el auricular del teléfono para decir al jefe de artillería: «¡Intensifique el fuego! ¡Ataque como un buitre, como un buitre, sin darle tregua al enemigo!», cuando con frases rápidas y concisas ordena trasladar varios regimientos de artillería de un sector del frente a otro, cuando manda que los antiaéreos abran fuego por sorpresa contra los aviones de transporte alemanes descubiertos en su ruta por la despoblada estepa, se siente y se ve que Yerémenko no es solamente el general de la defensa firme, granítica, sino también el de la maniobra ofensiva súbita y veloz.

El coronel general Yerémenko es un hombre de gran experiencia militar, que conoce la dura vida del soldado porque él mismo, en 1914, se lanzaba al ataque con la bayoneta calada y él mismo aniquiló a veintidós alemanes. Es un soldado convertido en general. Y cuando está dirigiendo una operación militar compleja, escuchando un informe o dando órdenes rápidas y breves, cuando conversa con algún general cuyas tropas han irrumpido en las trincheras enemigas y ordena a la aviación del frente que despegue hacia el combate, cuando de pronto descuelga el auricular y dice en tono enfadado: «¡Apresuraos, apresuraos a traer botas de fieltro!», uno comprende que para él la guerra es la realidad suprema de la vida, exenta por completo de ilusiones románticas.

–¿Quién quiere morir? –me preguntó con una risilla típica de su edad, y él mismo repuso–: Nadie.

Para Yerémenko, la guerra es la continuación de la vida, es la vida cotidiana. Las leyes de la guerra son leyes de la vida. No existen en ella los misterios kantianos de las «cosas en sí». Yerémenko valora a los soldados y a los generales con sencillez y sobriedad prácticas. Conoce las normas de conducta en la vida y en el trabajo de un padre de familia numerosa, que tiene la costumbre de quejarse de dolor de riñones, lo mismo que las de un jovenzuelo vehemente que no está acostumbrado a sopesar sus acciones.

–La mejor edad del soldado es entre los veinticinco y los treinta años –asegura Yerémenko–. A esa edad no se manifiesta aún el deseo de servir en el tren de campaña, no se piensa de continuo en la familia y ya se ha atenuado el ardor juvenil. Al combatir, el soldado necesita no sólo fundarse en su valentía; también debe valerse de la experiencia, la sensatez y la astucia que aporta la vida.

Yerémenko conoce las vicisitudes de la guerra, por experiencia y por sus muchos años de labor militar. Él, uno de los organizadores de la defensa de Smolensk, se encontró en más de una ocasión con las fuerzas principales del enemigo y, por primera vez durante la Gran Guerra, vio quebrarse los planes de los alemanes, alterarse los ritmos y confundirse los caminos de avance de las columnas de tanques y soldados alemanes, que parecían infalibles. En ello reconoció la fuerza de nuestra defensa. Comprobó la

fuerza de nuestra ofensiva cuando las tropas del frente de Kalinin que se hallaban bajo su mando rompieron las líneas del enemigo, ocuparon Peno, Andreapol y Toropets, y llegaron a las puertas de Vítebsk. Pero también conoció la amargura de los reveses y la fuerza traidora del enemigo durante la ruptura del frente por los alemanes en la dirección Briansk-Orel.

Conocía las veleidades de la fortuna militar, las eventualidades de la guerra y no consideraba aún derrotados a los alemanes en el período de nuestros grandes éxitos.

A la grandiosa epopeya de la defensa de Stalingrado le precedieron combates extraordinariamente enconados y heroicos en las estepas del sur de la ciudad. Al principio, los alemanes calculaban que desde allí se abrirían paso hasta la cuidad, pero fue allí donde tropezaron con un muro de resistencia férrea. Las tropas del general Shumílov rechazaban la presión del enemigo en una estepa llana, donde los alemanes podían desplegar ampliamente sus fuerzas, su aviación y sus agrupaciones de tanques. Allí, la guerra no se parecía en absoluto a la que se desarrolló después en las calles y plazas de Stalingrado. Parecía diferenciarse como la noche del día de los combates que se libraron en las calles de dicha ciudad. Pero aquí, en la estepa desierta, se manifestaron por primera vez las notables cualidades –la firmeza y el sublime espíritu de sacrificio– que caracterizaron más tarde todos los combates por Stalingrado. Aquí, en la estepa, todo era distinto que en la ciudad. Aquí acontecían sucesos sorprendentes que, al parecer, no guardaban ninguna relación con la lucha por la ciudad. Aquí, cierta vez, un centinela divisó a una liebre metiéndose en un campo minado que él vigilaba. Acto seguido, un zorro marrón grisáceo, con su espesa cola erguida, se lanzó en persecución de la liebre metiéndose también en el sector minado. El centinela vio cómo los dos animalillos –el perseguidor y el perseguido– volaron al tropezar con las minas. Quiso acercarse a ellos, pero también cayó gravemente herido por los cascotes de una mina que estalló al roce de su bota. Mientras tanto, rodeando el campo minado, que había sido descubierto, aparecieron unos tanques alemanes en el extremo opuesto. El centinela herido hizo unos disparos de fusil para avisar a sus compañeros de la presencia del enemigo. Aquí, en la estepa, comenzó la

batalla por Stalingrado. Aquí, los encargados de los cañones antitanque del sargento Apanásenko y de Kirill Guetman rechazaron los ataques de treinta tanques pesados. Aquí escribió su juramento, antes del asalto de un apeadero ferroviario ocupado por los alemanes, el obrero de la cuenca del Donetsk, Liájov. Aquí, en la estepa, pelearon los tanques KV del coronel Bubnov; pelearon de tal manera que hasta el día de hoy oímos hablar a diario de la maravillosa e invencible brigada de Bubnov. Aquí asaltaron una cota veinticinco combatientes de la Guardia de la unidad del coronel Denisenko; al quedar quince, echaron cuerpo a tierra por unos instantes y reanudaron el ataque; volvieron a tumbarse cuando quedaron seis y prosiguieron su avance; otra vez buscaron el amparo de la tierra cuando quedaban tres y otra vez se levantaron ansiosos de estrangular al enemigo. Era tal la fuerza de aquellos hombres, que el último sobreviviente de los veinticinco siguió adelante, llegó a la cumbre y abrió fuego de ametralladora contra el enemigo, resguardado tras un tanque alemán incendiado.

Aquí, en la estepa, los alemanes no lograron abrirse paso hasta la ciudad desde el sur. Entonces concentraron todas sus fuerzas en el recodo del Don, rompieron nuestra defensa en el caserío Vertiachi y llegaron, con una columna de tanques, al extremo norte de la ciudad, donde se encuentra la fábrica de tractores. Esto aconteció el 23 de agosto de 1942.

El plan de los alemanes presuponía la ocupación inmediata de las fábricas, de los puntos de travesía del río y, hacia el 25 de agosto, dominar por completo la ciudad de Stalingrado. Fue en aquel preciso momento cuando las fuerzas alemanas concentradas en el eje del golpe principal chocaron, cuerpo a cuerpo, con nuestro 62.º ejército.

Comenzó la gran batalla, cuyo curso seguían todos los pueblos del mundo con la respiración en suspenso.

El teniente general Chuikov fue quien asumió el mando del 62.º ejército en los momentos más decisivos de la batalla de Stalingrado. Chuikov se presentó en el puesto de mando del jefe del frente, instalado en un profundo sótano en el extremo oeste del Stalingrado en llamas. Desconocemos lo que Yerémenko le dijo a Chuikov al encomendarle esa dura labor. Aquella

conversación quedó entre ellos dos. El jefe del frente conocía a Chuikov desde hacía muchos años; le conocía por su participación en las maniobras militares de tiempos de paz y en las de la Gran Guerra. Conocía su valor, su indomable energía, su inquebrantable firmeza. Una vez marcado un objetivo, Chuikov no retrocedía. «Es un hombre que no se deja llevar por el pánico», decía el jefe del frente.

Grandiosa y dura fue la tarea que le tocó en suerte al general Chuikov. Pero su lema y el de sus ayudantes, Górojov, Rodímtsev, Gúriev, Gúrtiev y Batiuk, fue siempre «¡Resistir hasta la muerte!». Y demostraron su fidelidad a este lema en las inauditas pruebas a que se vieron sometidos en la batalla de Stalingrado. Lealtad a este lema demostraron los jefes de los regimientos y batallones, de las secciones y de los pelotones de las unidades que combatieron en Stalingrado. Lealtad a este severo y noble lema demostraron muchos millares de soldados que no retrocedieron ni un solo paso de la línea de defensa que ocupaban.

El general Chuikov y sus ayudantes compartían con los soldados todas las dificultades de la lucha. En Stalingrado no existía una zona militar escalonada en profundidad. La ciudad que como una estrecha franja se extendía a lo largo de unos sesenta kilómetros a orillas del Volga, no tenía zonas de retaguardia ni avanzadillas. El Stalingrado reducido a un montón de cenizas y escombros se trocó en ciudad-frente, ciudad-trinchera, ciudad-blindaje. Y en aquella trinchera en que día y noche se oía el estrépito de los disparos y de las explosiones, entre las llamas de los incendios y el rugido de los bombarderos alemanes, se hallaban el jefe del ejército teniente general Chuikov, los generales y coroneles, jefes de las divisiones y los soldados tiradores de automáticos, los zapadores, los antitanquistas, los artilleros y los infantes.

Cien días y cien noches trabajaron en ese infierno Chuikov y sus ayudantes. En ese infierno transcurría la puntual, acompasada e intensa labor de sus Estados Mayores; en ese infierno se trazaban los planes de las operaciones, se reunían consejos de oficiales, se adoptaban las decisiones, se escribía y firmaban las órdenes de combate.

Al chocar con la extraordinaria firmeza del 62.º ejército, los alemanes comprendieron que si emprendían un ataque simultáneo en todo el frente, no tomarían Stalingrado. Por ello, decidieron descoyuntar nuestra línea de defensa, clavar cuñas en las posiciones del 62.º ejército y partirlo de la misma manera que se parte un tronco con ayuda de cuñas cuando éste se resiste a los pesados golpes del hacha. Merced a esfuerzos fenomenales y a incontables pérdidas, los alemanes lograron hincar en tres lugares el filo de sus cuñas dirigidas hacia el Volga. Pensaban que tenían que vérselas con un cuerpo de estructura parecida a la de la madera, y que las cuñas hendidas partirían el 62.º ejército. Pero se equivocaron. Con las cuñas clavadas en su carne el 62.º ejército seguía, como antes, unido, subordinado a la voluntad de su jefe, indestructible, indivisible, completamente entero. Y eso les parecía un milagro: ¡un ejército que se encontraba aislado de los servicios de retaguardia por el Volga caudaloso y otoñal, un ejército en el que habían penetrado tres afiladas cuñas alemanas… ese ejército continuaba luchando como un organismo íntegro, perfecto y poderoso!

¿Cómo se puede explicar este milagro? Los alemanes se habían equivocado. No comprendieron ni pudieron establecer la estructura orgánica, interior, del 62.º ejército. Pensaban que se trataba de madera, pero lo que tenían ante sí era acero de alta calidad, acero formado de cristalillos microscópicos, ligados por las potentes fuerzas de la cohesión molecular. ¡Cada uno de esos cristales era acero! ¡Y no hay, no ha habido ni podía haber en el mundo una cuña capaz de partir ese acero!

El prolongado repliegue no había desmoralizado a nuestras tropas, como esperaban los alemanes. En el polvo de los caminos esteparios, en el resplandor de las llamas que devoraban las aldeas crecía la amargura, crecía la ira, crecía la voluntad de morir pero no someterse a la violencia, a la tenebrosa fuerza de los esclavizadores e invasores alemanes. Este severo sentimiento se hizo común en todos los hombres del frente, desde el jefe supremo hasta el último soldado. Y este sentimiento era la base de la defensa de Stalingrado.

Tanto los oficiales como los soldados comprendían la gran responsabilidad que había recaído sobre ellos por el destino de su pueblo.

Esta conciencia de que estaba impregnada toda la vida espiritual del 62.º ejército se manifestó en aquellas ocasiones en que soldados, cabos y sargentos, aislados a veces durante varios días de los puestos de mando, se hacían cargo ellos mismos de la dirección de sus unidades defendiendo hábil, astuta y sensatamente los puntos de apoyo, los blindajes y los edificios fortificados. Esta conciencia, en momentos graves y decisivos, transformaba a los soldados en jefes, privaba a los alemanes de la posibilidad de obstaculizar la dirección del combate, creaba una unidad monolítica.

Los hombres que combatieron en las filas del 62.º ejército ingresaron en la gran hermandad de la defensa de Stalingrado. Esta hermandad, más fuerte que los lazos familiares, unió a hombres de diversa edad y de diversas nacionalidades. Como símbolo de esta hermandad tengo hoy ante mis ojos la imagen de tres heridos que se dirigían con paso lento y trabajoso al puesto sanitario de urgencia. Anegados en sangre, marchaban abrazados, tambaleantes por la debilidad, y se detenían a cada paso. Y cuando uno de ellos perdía las fuerzas, los dos restantes casi le llevaban a cuestas.

–¿Sois paisanos? –les pregunté.

–No. Somos de Stalingrado –repuso con voz ronca y débil el soldado ciego que marchaba en el centro, con los ojos vendados con una gasa sucia y ensangrentada.

Fuerza grande y unificadora para aquellos hombres del 62.º ejército fue la fe mutua, sellada con sangre, que nació en los combates por Stalingrado.

–El primero y más importante de los principios del arte militar sobre el que yo me baso es la preocupación constante e infatigable por las tropas –afirmaba el general Yerémenko–. Ante todo, es preciso colocar a nuestras tropas en condiciones más ventajosas que las del enemigo, conocer constantemente al adversario, preocuparse del suministro normal de municiones, equipos, ropas. –Yerémenko sonrió picarescamente y añadió con sencillez campechana–: Bueno, y que no falte algo caliente y nutritivo para comer.

Esta constante preocupación, esta solicitud paternal la sintieron todas las tropas del frente. La sintió el teniente general Chuikov, jefe del 62.º

ejército, en los momentos más duros del combate, al recibir unas cartas breves y animadoras del jefe del frente y el potente apoyo de la artillería que se encontraba a disposición del mismo.

Esta preocupación constante la conoció muy bien el coronel Górojov, que se encontraba en el flanco derecho del 62.º ejército. Durante más de dos meses, sus tropas permanecieron aisladas de las vías de comunicación de la orilla derecha por dos cuñas alemanas. Comprimidas contra la orilla del Volga, se sostenían sobre un palmo de tierra. Y durante esos dos meses, en momentos de tensión sobrehumana, ¡cuántas veces oyó Górojov aquella voz tranquila y amistosa, cuántas veces recibió breves saludos y el apoyo de la potente artillería de largo alcance y de los morteros de la Guardia!

En todo el frente de Stalingrado había una fe mutua, desde el jefe del frente hasta el último soldado. Y su más sencilla expresión fueron las palabras de un soldado, dirigidas al coronel general:

–Hace mucho tiempo que le conozco, mi general. En el Lejano Oriente estuve sirviendo a sus órdenes.

Los soldados conocen al coronel general. Pero también él conoce bien a sus soldados. Siempre habla con gran respeto y cariño de los combatientes del frente de Stalingrado.

–Aquí, en Stalingrado –dice–, nuestro soldado rojo ha demostrado toda la fuerza y la madurez espiritual del pueblo ruso.

El enemigo no logró romper nuestra defensa de Stalingrado, la fuerte estructura del 62.º ejército no cedió a la monstruosa presión del ariete alemán. Las poderosas fuerzas de cohesión que unen los cristales del acero demostraron ser más eficaces que el mal que venció a Europa.

El 62.º ejército resistió y triunfó. ¡Llegó el día en que el general Chuikov y sus ayudantes Rodímtsev, Górojov, Gúrtiev y Gúriev ordenaron abrir fuego contra las tropas alemanas que se encontraban cercadas en el sector de Stalingrado! Llegó el día en que el 62.º ejército pasó de la defensa al asalto y participó en la ofensiva de Stalingrado. La ofensiva, cuyo plan se gestó en los calurosos y polvorientos días de agosto, en las duras y sofocantes noches en que hasta el Volga llegaba el reflejo de los incendios

de las orillas del Don, en que las llamas de Stalingrado encendían de odio los corazones de los soldados rojos, ¡esa ofensiva se realizó!

Ha quedado atrás la primera etapa de la batalla de Stalingrado, la batalla en la ciudad; la batalla durante la cual los obreros, al salir del recinto de los talleres para descansar, veían cómo los tanques alemanes rebasaban la colina y se dirigían a atacar nuestras líneas; la batalla durante la cual las lanchas blindadas de la flotilla del Volga entablaron combate con los tanques alemanes que aparecían en los muelles de Stalingrado; la batalla que se alzó con potentes alas sobre la estepa. ¡Tales cien días no había conocido el mundo! Allí en la estepa, las liebres, enloquecidas por el estruendo, se cobijaban en las trincheras de nuestros combatientes. Y los antitanquistas, acariciando los animalillos temblorosos, les decían:

–¡No tengas miedo, no permitiremos que los alemanes lleguen hasta aquí!

La primera etapa de esta batalla ha terminado. El coronel general Yerémenko está acostado en su cama de campaña, con su pierna herida sobre una almohada, e intercambia breves frases por teléfono con los jefes de los ejércitos.

El centro de los combates de Stalingrado se ha trasladado de las sombrías ruinas, de los estrechos callejones obstruidos por montañas de ladrillos, de los talleres fabriles a la vasta extensión de las estepas del Volga. ¡Sí, la primera etapa de la grandiosa batalla de Stalingrado ha terminado! Sus participantes esperan la merecida recompensa. Los coroneles Gúrtiev, Górojov y Saráiev han sido ascendidos a generales.

Millares de soldados y jefes han recibido condecoraciones.

Pero yo quisiera hablar de la mayor recompensa que se han ganado todos los soldados y jefes del frente de Stalingrado: el gran agradecimiento del pueblo.

En un recodo del Volga, cerca de una fábrica de Stalingrado, había una barcaza aprisionada por los hielos. En su bodega vivían seiscientos obreros con sus mujeres, madres e hijos que esperaban ser evacuados a la región del Transvolga. Cierta noche oscura y fría, en la bodega entró un hombre. Pasó entre los ancianos obreros de rostros sombríos, sumidos en tristes

pensamientos. Pasó junto a las ancianas que guardaban un apesadumbrado silencio; pasó junto a una joven con huellas de sufrimiento en el semblante, que el día anterior había dado a luz un hijo sobre el húmedo entablado de la bodega; pasó junto a niños que dormían sobre un montón de bultos. Se acercó a la lamparilla y se puso a leer en voz alta: «Días atrás, nuestras tropas, que se encontraban en los accesos a Stalingrado, pasaron a la ofensiva contra las hordas fascistas alemanas...».

Y –¡oh, milagro!– parecía que el viento libre del Volga hubiese penetrado repentinamente en aquel antro sombrío y asfixiante. La gente lloraba. Lloraban las mujeres, lloraban los severos maestros metalúrgicos, lloraban los taciturnos y canosos ancianos. ¡Sean esas lágrimas de agradecimiento la gran recompensa del pueblo para quienes llevaron sobre sus espaldas el horrible peso de la defensa de Stalingrado, para quienes con su sangre defendieron Stalingrado!

Diciembre de 1942

---

1. Héroe de la épica popular rusa.

2. Gazapillos. Juego de palabras relacionado con el apellido Záitsev, derivado de la palabra *saiats* (liebre).

3. Palabra derivada del verbo *viruchat*, que significa «salvar», «tender la mano a alguien».

Document Outline